LA EXPERIENCIA II

LA AGONÍA DE UNA MUERTE ANUNCIADA

TUS ACCIONES CONLLEVAN CONSECUENCIAS



ENRIQUE ANDÚJAR

Enrique Andujar

La agonía de una muerte anunciada

La experiencia II

Copyright © 2024 by Enrique Andujar

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52

53

54

55

56

57

58

59

60

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DE LA EXPERIENCIA?

Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO «LA AGONÍA DE UNA MUERTE ANUNCIADA»

ASESINATO AL AMANECER

UN AVANCE DE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LA NOVELA

1

2

CONTINÚA CON LA LECTURA DE «ASESINATO AL AMANACER»

1

Lo primero que creo que es importante recalcar —por si se da el caso de que prefieras dejar estas páginas antes siquiera de empezar a leerlas— es que esta historia trata acerca de una muerte.

Bueno, de una muerte cualquiera, no, evidentemente.

Esta historia trata acerca de MI muerte.

No voy a ponerme yo a narrar muertes ajenas.

Sería lo que me faltaba.

Y bueno, es posible que ahora estés pensando que muchas historias empiezan de un modo similar. Augurando un hecho dramático e irreversible que, sorprendentemente y de una manera un tanto emotiva, acaba por solventarse al final de la narración…

«Hoy es mi último día de vida…»

Y luego va y sobrevive.

«Estoy en el corredor de la muerte…»

Pero claro, solo lo está por un tema burocrático.

Sí, vale, está ahí físicamente, pero no es realmente un condenado a muerte.

Y como estas que he mencionado, hay decenas de historias similares.

Sin embargo, esta no es una de ellas.

Esta es la historia de cómo una persona con una vida plena viaja hacia el más absoluto de los infiernos para finalizar en una horrible y traumática muerte.

Así que, lo dicho, si decides seguir leyendo estas páginas, es porque tú mismo lo has decidido.

Te diría que luego te venga en gana.

2

La reunión no empezaba hasta las cinco y media de la tarde, así que había quedado con mis dos socios un poco antes para comentar algunas de las situaciones que nos podíamos llegar a encontrar.

Normalmente, todas eran bastante parecidas, pero bueno, éramos personas precavidas y valía la pena prepararlo todo al detalle.

Los dos socios con los que me vería un poco antes de las cinco eran Óscar Álvarez, el director financiero de todas las sociedades y administrador de cuatro de ellas.

Y Luis Gallardo, administrador de otras tres y el encargado de todas las negociaciones con los posibles nuevos inversores.

En mi caso, yo era la cabeza pensante que sobrevolaba las sociedades y el CEO de todas ellas.

No siempre lo era en los papeles, pero por supuesto que sí en lo que realmente importaba.

Luis llegó al restaurante en el que habíamos quedado a las afueras de Denia, lugar donde tendría lugar la construcción en el caso de que todo saliera bien.

El plan era llevar a cabo un enorme complejo de apartamentos junto al mar que sería increíblemente rentable. Algo parecido habíamos hecho en dos lugares distintos y habían salido a la perfección. O, al menos, eso era lo que decía en los papeles que les íbamos a mostrar.

Luis se apeó de un Porsche Cayenne que había alquilado para la ocasión. Algo importante a tener en cuenta cuando se acude a una reunión es qué cara se debe mostrar dependiendo de si lo que se quiere es pedir dinero, u ofrecerlo. Y eso era algo que Luis controlaba a la perfección.

Óscar había aparcado su coche a unas pocas manzanas de distancia y llegaba andando. El único coche que debíamos dejar ver era el Porsche. Y yo había llegado en taxi directamente desde la estación.

—Hola, Dani —me saludó todavía desde el coche con sus gafas de sol y su sonrisa de un millón de dólares.

Nos habíamos conocido en la universidad. Los tres, de hecho. Y aunque éramos totalmente diferentes, nos complementábamos a la perfección.

Luis, el simpático.

Óscar, el inteligente.

Y yo, el poli malo.

No me importaba.

Ese era mi papel y se me daba a las mil maravillas. Por esa razón, todas y cada una de las ideas que habíamos llevado a cabo habían salido de mi cabecita de capullo sin escrúpulos.

No respondí.

Solo me quedé mirándolo y esperé a que Óscar se nos uniera. Ya no quedaba demasiado tiempo y lo único que teníamos que hacer era esperar a que llegaran los futuros inversores.

Esta era ya la quinta reunión.

De hecho, toda la negociación previa ya se había llevado a cabo por Luis durante los últimos tres meses. Había sido dura, pero yo ya había aceptado todas las gilipolleces que esos memos no dejaban de pedir.

Nosotros pondríamos la infraestructura de la construcción y, de los inversores, que ahora iban a ser socios; algunos ponían el dinero y otros aportarían los terrenos donde se llevaría a cabo el complejo.

Si todo salía bien, todos ganábamos.

Y si algo salía mal…

Pues bueno, eso ya era otro cantar.

Me cabreaba tener que viajar hasta Denia solo para una reunión como aquella en la que no había mucho más que decir.

Ya estaba todo dicho.

Aunque y, a mi pesar, había que hacer acto de presencia.

Comimos bien, hablamos demasiado para mi gusto y quedó todo visto para sentencia. Se firmarían los contratos la semana siguiente.

Luis había acordado todo lo necesario y ahora quedaba la parte de hacerlo efectivo. Óscar se ocuparía de que la empresa que llevara a cabo la obra fuera otra de nuestras sociedades y Luis de que el dinero pasara de los inversores a las cuentas bancarias de la sociedad que se iba a crear para llevarla a cabo, repartida a partes iguales.

Treinta y tres por ciento para el dinero.

La misma cantidad para el valor del terreno.

Y lo mismo para la ejecución que nosotros realizaríamos.

Un tridente perfecto.

Nos despedimos de los futuros inversores al mismo tiempo que entre nosotros mismos y todos tomamos diferentes caminos.

Yo quería llegar a Valencia lo antes posible.

Le había prometido a Cecilia que hoy iríamos a ver no sé qué película de no sé qué director. Y después de que tuviéramos una gran discusión por culpa de mi falta de compromiso y atención en los detalles, pues me iba a tocar pringar durante algún tiempo. Al menos hasta que se le pasara el berrinche.

El tren de Denia a Valencia duró algo más de una hora y quince minutos. Cogí un taxi y, en otros diez minutos, ya estaba en mi casa.

El cine no empezaba hasta las diez de la noche, así que tenía poco menos de media hora para arreglarme y pasar a recoger a Cecilia a su casa. Por suerte iríamos en moto y en diez minutos llegaríamos al cine.

Todavía no nos habíamos ido a vivir juntos y justo ese era uno de los motivos que nos habían llevado al conflicto. A mis cuarenta y dos años mis prioridades no eran precisamente casarme y formar una familia.

En absoluto.

El objetivo que tenía marcado a fuego era el de convertir mis sociedades en un monstruo empresarial que me hiciera millonario.

No en alguien con un gran sueldo.

Ni siquiera con un sueldazo de la leche.

No.

Lo que yo buscaba era convertirme en un hombre que estuviera en posesión de acciones con un valor desorbitado. Los sueldos altos tienen un IRPF demasiado elevado como para que me resultara rentable. De hecho, ahora mismo, mi nómina era realmente baja.

Tenía coche de empresa, vivía en una casa propiedad de la empresa y utilizaba una tarjeta de la empresa para absolutamente todo.

Pero yo, como Daniel Ayala Santos, trataba de no pagar una mierda de impuestos. Total, ¿para qué?, ¿Para que hubiera más funcionarios como los inspectores de hacienda, que cobraban solo por abrir un expediente, ganaran o no el juicio? Dos veces me había tenido que enfrentar a esos mamarrachos y eran una panda de impresentables.

O como los policías, que colocaban los controles de velocidad en las putas rectas y no en los puntos donde había más accidentes.

Si es que como país nos merecemos lo que nos pase.

Ni de coña.

Ni un euro iba a parar a esa gente de mi bolsillo.

Y suficientes impuestos pagábamos como empresa.

Pero bueno, a lo que iba. Que mi prioridad no era formar una familia y eso mi novia lo llevaba regular. Sin embargo, parte del dinero con el que habíamos empezado a trabajar y parte del que todavía necesitábamos para continuar nuestros proyectos provenía de su padre, y claro, si no estaba contenta, pues igual a ese hombre le tocaba la moral.

Así que, lo dicho, tocaba pringar y ver una película en el cine.

—Llegas tarde —me soltó nada más llegué a su casa con una MWB Scrambler, una moto pagada por la empresa, evidentemente.

Por mi mente pasó responder que habían sido solo diez minutos.

¡Diez putos minutos!

Pero no…

Había que ser pragmático y era importante controlar la situación.

—Lo sé, perdona, el tren ha llegado algo más tarde de lo esperado.

Ella se quedó mirándome sorprendida.

Era posible que me hubiera pasado de simpático.

No era yo alguien que se disculpara con facilidad. Cuando no respondía a la mínima provocación, lo mejor que podía esperar en mi reacción era una mirada de superioridad u asco.

—¿Nos vamos? —dije de nuevo. No era plan de que pensara demasiado en mi comportamiento.

Pero joder… qué difícil es contentar a una mujer siendo diferente a cómo realmente eres. Sobre todo si cómo eres de verdad es mucho peor.

—Claro —dijo ella, no muy convencida—. ¿Cómo ha ido la reunión?

Si se lo explicara, no lo iba a entender… pero bueno, mejor hablar de eso que de cualquier otra cosa.

—Ha ido bien —contesté sin dar más explicaciones.

Pareció relajarse.

Eso era mucho más yo.

—De verdad que eres seco, eh —dijo ella siendo ella.

Alcé las cejas, como diciendo, pues sí.

No nos habíamos puesto todavía los cascos para subirnos en la moto cuando mi teléfono móvil sonó.

A esas horas nadie debería llamarme a no ser que fuera algo muy importante.

Y no me podía hacer ni una ligera idea de hasta qué punto podía llegar a serlo.

3

Miré el nombre de quien me llamaba tres veces.

Era muy extraño.

No era nada normal que mi hermana me llamara a esas horas.

Ya era muy raro que me llamara en cualquier momento del día, pero que lo hiciera por la noche era una anomalía a tener en cuenta.

—¿Quién es? —me preguntó Cecilia al ver cómo mi cerebro trataba de procesar la situación.

No contesté.

A Cecilia, quiero decir. Al teléfono sí, por supuesto.

Pulsé el botón de contestar y permanecí en silencio.

—Dani… —susurró con una voz rasgada y débil—. ¿Estás ahí?

No me quedó otra que contestar. Es lo que tiene cuando te hacen una pregunta directa.

—Sí.

—Es papá, le ha dado un infarto y está en el hospital.

Durante un instante mi corazón también se detuvo. Yo no soy una persona demasiado sentimental, no puedo evitarlo.

No es que no me importen las cosas o que me den igual.

Es solo que mi manera de afrontarlas es más pragmática que la de la media. No pienso en el problema sino en la solución y eso es lo que me ha llevado hasta donde estoy y lo que me llevará hacia mucho más alto.

Aparte del hecho evidente de que pienso que la ley de la Jungla es la ley de la vida.

Que ya es bastante difícil mirar por ti y los tuyos como para ponerte a pensar en el resto del mundo.

Siempre me ha parecido de lo más hipócrita querer ayudar a alguien al que te encuentras por la calle cuando no moverías ni un dedo por otra persona que está a miles de kilómetros de ti.

Las personas, en su gran mayoría, cambian de canal cuando ven una masacre en la otra parte del mundo. En cambio, si hay un accidente a dos manzanas, o qué decir de un atentado en su ciudad, todos se ponen histéricos.

¿La razón?

Que se ven ellos mismos reflejados en esa gente.

No pueden empatizar de la misma manera con el hambre en el corazón de África que con el cierre de una fábrica en el pueblo en el que viven o un incendio en su propia ciudad.

¿Empatía?

Puede ser.

Pero es una empatía egoísta y simple.

Para eso yo prefiero ser claro y conciso. Me importa una mierda la gente que no conozco o que no me gusta.

Me da exactamente igual una masacre en Sudán que un terremoto en Madrid.

Pero claro, el caso de mi padre era algo distinto…

Muy distinto.

Ese hombre era todo lo contrario a mí, pero joder, era mi padre. Él fue el que nos crió cuando mi madre murió de cáncer antes de que hubiéramos cumplido mi hermana y yo ni la mayoría de edad.

Aunque, al mismo tiempo…

Ese hombre era todo lo que yo no quería ser.

¿Un referente?

Sí, pero lo era exactamente de lo que yo debía evitar ser cuando creciera.

—¿Dónde está? —pregunté.

Y, tras la debida respuesta, arranqué la moto y Cecilia y yo nos fuimos directos al hospital.

Menudo momento para presentarle a mi familia, pensé.

Lo mejor de vivir en una ciudad como Valencia era que en moto te la cruzabas en menos de quince minutos. Llegamos al hospital, preguntamos por mi padre y nos dirigimos hacia la planta indicada en la que le estaban operando de urgencia.

—Dani… —farfulló mi hermana Carla nada más nos vio entrar y se me echaba a los brazos. No era yo muy dado a los abrazos, la verdad. Y menos con mi hermana, con la que llevaba prácticamente sin hablar desde hacía diez años—. Está muy mal, Dani, muy mal…

No reaccioné demasiado.

No sé si puse una de mis manos sobre su espalda o ni siquiera llegué a hacerlo. Antes de que nos apartáramos, llegó Pedro, su mediocre marido, con su trabajo de nueve a cinco en una oficina haciendo facturas por un salario de mierda.

—Hola, Daniel, lo lamento —dijo.

—Sí —contesté.

Poco después, Cecilia se dirigió a mi hermana.

—Yo también lo siendo mucho, soy Cecilia, por cierto —se presentó ella, antes de darle dos besos y que ella se los devolviera.

Y después al tonto de Pedro.

Claro que sí, besos para todos.

A no… que había más.

Faltaban los niños.

Entonces fue cuando dos enanos de entre uno y seis años… —No sé mucho de niños— Se nos acercaron y comenzaron a decir tonterías.

—¿Cómo está papá? —pregunté sin hacerles el menor caso.

—Está mal, Dani, no saben si pasará de esta noche.

Esa frase se me quedó clavada como una espinita en el pecho. Dolía, físicamente.

No tenía tiempo para eso. Ni para eso ni para todo lo que implicaba un funeral.

Ni para una herencia.

Y menos todavía para una como la que me tocaría comerme.

Ni mucho menos para el golpe sentimental que sentiría si mi padre moría.

¿Y si entraba en depresión?, ¿o si me entraba ansiedad?

No quería ni pensarlo.

Joder.

Menuda suerte la mía…

—Ya verás cómo sale de esta —dije un poco por decir algo. Era extraño que yo dijese algo por decir. Bajo mi punto de vista era mucho mejor el silencio, pero, si al menos con todo eso provocaba cierta lástima en Cecilia, valdría para algo.

Ella me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

—Claro que sí, ya verás cómo todo va bien —dijo como un maldito libro de autoayuda.

Los niños corrían de un lado para otro, mientras el inútil de su padre decía en voz muy bajita:

—Niños, parad, por favor.

¡Como si eso fuera mejor que no hacer nada!

Mientras tanto, mi hermana y Cecilia parecían observarse la una a la otra sin parar de hablar.

En un momento dado, un hombre de unos cincuenta años, con barba perfilada y pelos blancos en la nariz, apareció desde el final del pasillo directo hacia nosotros.

—¿Familiares de Daniel Ayala?

Sí, mi padre se llamaba igual que yo.

Bueno, más bien era yo el que me llamaba como mi padre.

—Sí —contestó mi hermana de inmediato—. Somos nosotros —dijo—, y me cogió de la mano.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero lamento decirles que no ha superado el infarto.

Los niños callaron y mi hermana soltó un grito sordo mientras Cecilia se me echaba al cuello a moco tendido, como si lo hubiera conocido en vida o algo parecido.

Yo me sentí triste y solo en ese momento.

De hecho, acompañado de toda la familia que me quedaba, jamás había estado tan solo.

4

Las siguientes horas fueron un auténtico suplicio.

Por un lado, estaba el hecho de que mi padre había muerto, que joder, era un palo.

No podía evitar que imágenes junto a él me asaltaran mientras el doctor nos contaba los pormenores de la situación. Ni los escuché ni los habría entendido.

Era un infarto.

Hasta ahí llegaba mi curiosidad y mi comprensión.

Y, por el otro lado, todo lo que implicaba su muerte.

Los niños se habían ido a casa en compañía de su padre.

Cecilia estaba algo apartada mientras mi hermana trataba de gestionar todos los pasos que había que dar.

El traslado, la funeraria, si queríamos entierro o incineración, si había o no seguro de decesos, y una cantidad ingente de cosas a tener en cuenta.

Menos mal que en esas cosas mi cabeza funcionaba a mucha velocidad y comenzaba a solucionar los problemas uno detrás de otro. Se me daba bien separar todas las partes de un problema para acatarlos de la mejor manera posible. Tampoco entraré en demasiados detalles respecto a esto.

A las dos horas ya nos habíamos ido a casa y quedado al día siguiente para ir al tanatorio. Yo habría querido quedarme solo, pero Cecilia había insistido en hacerme compañía esa noche y no tenía demasiadas ganas de discutir.

Así cedí sin mucho entusiasmo.

Mi hermana se despidió con un beso y Cecilia y yo encaminamos la moto y nos fuimos a mi apartamento de obra nueva en Peris y Valero, una de las avenidas más próximas al barrio de Ruzafa, una de las zonas que más había mejorado en todos los aspectos en los últimos años.

Nada más llegar, me di una ducha mientras Cecilia me esperaba en la cama, le di las buenas noches y, aunque Cecilia esperaba hablar acerca de mí y mis sentimientos, no le di demasiadas opciones. Me di la vuelta y comencé a perderme en mis pensamientos.

No había avisado ni a Luis ni Óscar de lo sucedido y debía hacerlo a primera hora de la mañana si no iba a dar más señales de vida durante varias horas. Seguro que insistirían en venir al tanatorio, incluso al funeral, pero yo lo último que quería era que modificaran nada de su agenda para eso.

Ya bastante tenía la empresa con perderme a mí durante ese tiempo.

Sabía que, por mucho que insistiera, vendrían igualmente, así que, ¿para qué discutir?

Les miraría mal y les echaría la bronca para que tuvieran claro que no me parecía lo correcto y aceptaría su compañía a regañadientes.

Tampoco me vendría mal, teniendo en cuenta que la otra compañía que tendría sería la idiota de mi hermana, el inútil de su marido, y los niñatos de sus dos hijos mellizos de edad indeterminada.

Y eso sin contar con todos los antiguos compañeros de trabajo de mi padre que mi hermana había insistido en llamar…

Me cabreaba muchísimo saber que no tenía tiempo que perder con todo eso. Pero todavía me enfadaba más el hecho de que la muerte de mi padre me estuviera afectando a un nivel más interno y personal. Sentía un dolor en el pecho que no había experimentado en mucho tiempo.

Algunos opinaban que la ansiedad era el resultado del exceso de trabajo y el hecho de enfrentarse a los problemas que esto acarrea.

Pero yo nunca había estado de acuerdo.

Desde que escuché a Jeff Bezos decir que la ansiedad no era lo que todo el mundo decía que era sino la culpa del trabajo que puedes hacer, pero que procrastinas, hizo que mi visión sobre la gente con ansiedad cambiara por completo.

No eran grandes trabajadores con más trabajo de lo que eran capaces de soportar, sino que no eran más que una panda de vagos que no hacían su maldito trabajo y su cuerpo se lo echaba en cara.

Se lo tenían bien merecido.

Pero, ¿entonces?

¿Qué era eso que sentía en mi pecho y mi estómago?, ¿por qué yo me sentía de esa manera?

Me di la vuelta hacia el lado en el que no estaba Cecilia y comencé a pensar mientras ella me acariciaba el pelo de la cabeza. Comprendía que únicamente quería ayudar, pero ya podría hacerlo desde su casa.

A los pocos minutos se quedó dormida con su mano todavía en mi cabeza.

Me aparté un poco, me levanté y me asomé a la ventana para que me diera algo de aire en la cara.

Por mi calle los coches nunca dejaban de pasar fuera la hora que fuera.

Ojalá tuviera en mi poder alguna pastilla que me hiciera caer redondo en el quinto sueño. Por desgracia, lo único de lo que disponía era de algo de alcohol y eso nunca funcionaba conmigo. Para que me entrara el sueño tendría que cogerme un ciego que no sería capaz de levantarme al día siguiente.

Cogí mi teléfono y revisé las llamadas.

Desde esa tarde no tenía ninguna de trabajo.

No era extraño por la hora que ya era cuando salí de Denia. Además, tanto Luis como Óscar sabían el marrón que tenía con Cecilia y que hoy tocaba pringar como un campeón. Y no había mucha más gente que me llamara a mí si podía evitarlo. En nuestras empresas, la primera opción era siempre Luis, luego, si eso, Óscar. Y muy mal tenía que estar la cosa si me tenían que llamar a mí.

Regresé a la cama y me pasé la noche en vela mirando al techo mientras rememoraba los recuerdos que tenía con mi padre.

Mi cabeza me decía que dejara de hacer el imbécil, sin embargo, algo dentro de mí me lo impedía con ahínco. Mi subconsciente me jugaba una muy mala pasada.

Al día siguiente, cuando desperté, Cecilia ya se había levantado y hecho el desayuno para ambos. Cuando me levanté y fui directo a la cocina, ella estaba ahí, sentada, mirando hacia el infinito, con mi ordenador frente a sus ojos.

Me miró con un odio patente en la mirada. Como si yo fuera su peor enemigo o la más horrible de las pesadillas.

—¿Qué pasa? —pregunté acercándome a ella.

—¿Que, qué pasa?, ¿que, qué pasa, hijo de puta?

Mal empezábamos.

—Si vas a ponerme los cuernos, al menos, podrías no ser tan gilipollas para poner las fotos de esa puta en tu escritorio en una carpeta con su maldito nombre.

Pero, ¿qué?

Eso era imposible.

Yo no había puesto una carpeta de nadie en mi escritorio. Y menos la de nadie con quien me hubiera acostado.

¿O sí?

No.

No era posible. Sí que recordaba haber recibido unas fotos algo subidas de tono hacía unos días, pero no las había dejado en el escritorio. Era cierto que no me había dado tiempo de pasarlas al disco duro que tenía en mi caja fuerte, pero sí que las había escondido algo mejor.

No contesté.

¿Qué podía decir?

—¿No vas a decir nada?, ¿quién es esa zorra?

—No sé de qué me estás hablando.

Contesté, tratando de ganar algo de tiempo.

¿Cómo eran las fotos?, ¿cómo demonios eran esas fotos?

Vale.

Yo no salía en ellas, de eso estaba seguro.

Las más comprometidas estaban a buen recaudo.

Estas solo eran fotos privadas de ella. En la ducha. Frente al espejo.

Y algunos en las que enfocaba culo, tetas y …

Bueno, que no eran para tanto y podía tener una explicación.

—De esto, hijo de puta.

Miré las fotos como si fuera la primera vez que lo hacía y no lo hubiera hecho durante cinco minutos y el pantalón por los tobillos apenas unas noches atrás.

—No sé qué es eso, Cecilia.

Mentira al canto.

—Le dejé el ordenador a Luis el otro día cuando viajamos a Sevilla. Tenía que trabajar desde ahí y evidentemente entró en su correo electrónico. Es posible que él las recibiera y se le olvidara quitarlas del escritorio.

Mi voz sonaba seria y rotunda. No como una excusa, sino como alguien confiado. Nadie que miente lo hace con confianza. Eso es lo primero que se debe de aprender para diferenciarse del rebaño.

Me miró con mucha desconfianza.

—Llámale si quieres, pero deja de quejarte de algo que no he hecho.

Nada más decir esas palabras, me di a vuelta y me marché. Debía enviarle un mensaje a Luis antes de que esa pirada lo llamara.

Porque lo haría.

De eso no tenía ninguna duda.

5

Una mujer vestida de negro observaba la pantalla de su ordenador con una atención digna de admiración.

Era algo necesario.

Su trabajo era demasiado importante como para que no se diese el caso y sus jefes habían confiado en ella para tal menester.

Y la verdad era que le gustaba.

Era consciente de la responsabilidad que implicaba, pero ese hecho, más que echarla para atrás, le parecía una motivación extra.

Tener el destino de las personas en sus manos era algo…

Casi erótico.

Los dossieres de los cazatalentos pasaban por sus ojos mientras ella apuntaba nombres en una lista sin dilación. De vez en cuando hacía alguna que otra anotación y seguía con su trabajo.

A las dos horas comenzó a advertir un ligero cansancio; sin embargo, no se detuvo, no podía permitírselo. Necesitaba al menos cincuenta nombres, de los cuales ir filtrando hasta convertirse en veinte.

Esos nombres serían investigados en profundidad y seguidos con esmero para tomar la decisión adecuada. Esa parte no le tocaría a ella. Cada empleado debía cumplir con su cometido y el suyo era la primera parte de la investigación.

Entonces su móvil sonó.

El mensaje provenía de uno de los jefazos y no decía nada más que un nombre. La explicación, en el caso de haberla, iría a parar a los investigadores. Ella solo tenía que meter ese nombre entre esos cincuenta.

Pero era muy extraño porque ese no era un nombre cualquiera.

En absoluto.

No querría ser ella quien tuviera que tomar la decisión.

Por suerte no lo era.

No se lo pensó dos veces.

Escribió el nombre en sus papeles y lo pasó a limpio.

Tenía una lista que enviar.

Pocos minutos después de que la mujer vestida de negro escribiera los cincuenta nombres y los enviara, un hombre vestido con una chaqueta marrón y un pantalón de pana, sentado frente a una pantalla de ordenador, en una ciudad distinta, aunque en el mismo país, recibía una parte de la lista.

De entrada se sorprendió.

Uno de los nombres que había en esa lista lo conocía.

De hecho, jamás se habría imaginado que pudiera encontrarse entre los elegidos.

¿De veras debía investigarlo?

Si estaba ahí la respuesta era evidente pero… No podía creerlo.

Junto al nombre había un dossier con la información inicial que debía comprobar. En este caso era inmensa.

No podía hacer nada al respecto. Le gustara o no, era su trabajo investigarlo.

Suspiró.

Ojalá pudiera verificar el nombre con sus superiores, pero no tenía acceso a ellos. Haría su trabajo y, si era un error, ya se ocuparía alguien de solucionarlo.

Se levantó de su asiento y se asomó a la ventana.

Valencia, le había tocado a él la investigación porque ese nombre se encontraba en su misma ciudad. Ya podía haber estado en cualquier otra parte del mundo, pensó.

Se planteó si debía empezar por ese nombre para quitárselo de encima lo antes posible o si sería mejor dejarlo para el final.

Se decidió por la primera opción.

Lo haría el primero y se aseguraría de saber todo lo que había que saber. En parte tenía curiosidad por conocer los motivos de su incursión en la lista de candidatos a **«***La Experiencia»*

6

Le envié un mensaje a Luis en el que le enumeraba paso por paso lo que debía de decir acerca de la chica.

Nombre, teléfono y dirección.

Si hacía falta que se presentara en su casa para explicarle la situación, que lo hiciera. Esa mujer haría lo que yo le dijera. Comía de mi mano como un gatito callejero.

Y ella era consciente de que si la cagaba lo perdería todo.

En menos de tres minutos, Cecilia me había seguido con el teléfono en la mano. Era evidente que llamaría a Luis en cualquier momento y solo me quedaba rezar porque viera el mensaje antes de decir algo que me delatara.

Posó la mirada sobre mí mientras marcaba su contacto.

Mi respiración se detuvo al tiempo que escuchaba el modo en el que ella hablaba con mi socio con palabras simples y claras.

Sí.

Claro.

Entiendo.

Entonces algo varió.

—Nos vamos al tanatorio. ¿Dani no te ha dicho nada? Sí, su padre… Claro.

Colgó el teléfono y se acercó, despacio.

O me soltaba una hostia o se me tiraba al cuello.

Resultó ser lo segundo.

—Perdona por haber desconfiado de ti. Ha sido ver esas fotos y me he vuelto loca, Dani, perdóname.

—No pasa nada —contesté sin darle demasiada importancia.

Menos mal que Luis había estado rápido.

Ni había sido la primera ni sería la última vez que lo necesitara. Por suerte, siempre podía contar con el eterno soltero.

—Sí que pasa, Dani, pero te lo compensaré.

Bueno, asunto arreglado.

Desayunamos, nos duchamos, nos vestimos y nos marchamos al tanatorio, donde ya nos estaba esperando la familia perfecta.

Y no solo estaban ellos. Después de la llamada de Cecilia con Luis, me estaba esperando lo peor. Y así fue.

Ahí estaban tanto él como Óscar perdiendo un tiempo precioso en algo que no era necesario.

Por suerte, no había nadie más de la empresa. Posiblemente, nadie lo supiera, pero tampoco se atreverían a perder tiempo efectivo de trabajo por algo como eso.

Solo esos dos.

Los únicos que no me tenían pavor.

—Lo siento mucho, Dani —dijo Óscar.

—Y yo, tío —añadió Luis.

Ninguno de los dos trató de acercarse a mí ni de darme un abrazo.

Me conocía bien.

Mejor que bien, de hecho.

Asentí. No era propio de mí decir más de lo necesario.

—¿Algún avance con la firma?

Los dos se miraron antes de contestar. A veces los sorprendía hasta a ellos.

—Va todo bien. Se hará la semana que viene sin problemas.

—Bien.

El tanatorio era enorme, y habría como cinco o seis fallecidos al mismo tiempo. Óscar y Luis comenzaron a hablar de algunos pormenores de la empresa y los forcé a irse a la oficina. Una cosa era que yo perdiera el día, y otra muy distinta que lo hicieran ellos dos también. Los acompañé a la puerta mientras hablábamos de la semana siguiente y de los problemas que había acarreado la operación anterior. Bueno, las dos o tres anteriores. La mayoría iban bien, pero siempre había alguna que flojeaba.

Algo lógico.

—Unas cuantas denuncias que no van a ir a ningún sitio. Nos aseguramos con los contratos para que no tuvieran nada que hacer.

—¿Y a nivel publicitario? —pregunté.

—A ver, siempre pueden montar barullo, pero bueno, era algo con lo que ya contábamos. Cada empresa tiene un nombre distinto y no debería afectar en nada a lo que ocurra con el resto.

Mientras hablábamos en la entrada del tanatorio, una mujer de no menos de setenta años, vestida de negro y cogida del brazo de un joven, se apeó de un coche y encaminó las escaleras del tanatorio municipal de Valencia. El lugar estaba algo apartado de la ciudad, pero muy cerca del cementerio. Quien tomara tal decisión había sido una persona práctica. Y eso yo lo respetaba.

—Me preocupa la firma de la semana que viene —dije sin apartar la mirada de la señora.

—No debería. Eso está todo hablado y más que hablado. Nadie va a jodernos —contestó Luis, metiéndose un cigarrillo en la boca.

—Eso espero.

Dicho esto, me di media vuelta y me marché, dejando a mis dos socios atrás. No estarían sorprendidos.

—Dani, la señora del seguro de decesos, me está preguntando un montón de cosas que no comprendo, por favor… —Me dijo mi hermana nada más llegar a la habitación.

Si es que era más tonta que las piedras.

No daba para más.

—¿Dónde está?

—Está por ahí. Me ha hablado de la póliza, y de que hay un dinero que…

—Ya hablo yo con ella.

Dicho esto, traté de irme rápido para que ella no me siguiera, pero no funcionó. Mi hermana, llorando a moco tendido, caminaba a mi lado en busca de la señora del seguro, como ella la

llamaba.

—Buenos días, lo lamento mucho, ¿Dani?, ¿Verdad?. Yo soy Claudia.

Para alguien a quien no conocía le habría dicho que me llamara Daniel, o Ayala, pero decir esas palabras habría implicado tener que decir muchas más y, para mí, el tiempo era mejor que la precisión.

Asentí.

—Muy bien, hay muchas cosas que le quería comentar, lo he hecho con su hermana, pero me ha dicho que era mejor que estuviera usted presente.

Sí, mucho mejor.

Asentí de nuevo.

—Perfecto, pues le comento. El seguro de su padre asciende a unos seis mil euros. Puede elegir distintas calidades y servicios y el resto se les devolverá, en el caso de haberlo. Hemos estado hablando de las flores, de un entierro en un nicho…

—Los nichos se alquilan, ¿no es cierto?

—Así es, el alquiler del lugar es de cuarenta años.

—Entonces, incineración.

—Pero papá… —Trató de decir mi hermana cuando yo la interrumpí.

—Dentro de cuarenta años no vamos a sacar los huesos de papá ni vamos a pagar de nuevo su alquiler. Se incinera y se pagan los gastos justos. Necesitaremos el dinero para la herencia. ¿Algo más?

El rostro de Claudia se oscureció.

No sabía dónde meterse.

—Pero Dani, no podemos hacer eso, por favor.

—¿Tú tienes el dinero para pagar lo que implica una herencia?, notaría, impuestos y demás.

—Pues no lo sé, puede que no.

—Y, ¿entonces?, ¿esperas que lo pague yo? —pregunté yo muy serio.

—Bueno, no… o sea, no lo había pensado…

—No sé por qué no me sorprende —añadí y, siendo muy yo, me di la vuelta y me marché. La mujer del seguro ya sabía lo que tenía que hacer—. Si necesitas algo más, que Carla te dé mi teléfono e iré gestionando todo con la notaría.

Con la cabeza a mil revoluciones, salí del tanatorio seguido de Cecilia.

Necesitaba aire fresco y pensar.

Desde esa mañana, mi mente lo había aparcado a un lado, pero necesitaba comprobar qué era lo que había ocurrido con esas malditas fotos.

Era totalmente imposible que estuvieran en el escritorio de manera casual.

Que yo no las había dejado ahí era algo evidente, pero, ¿quién había tenido acceso a mi correo?

¿Cristina?

No, no lo creía y, además, no era tan estúpida como para hacer algo así. Ella quería seguir teniendo el apartamento en el que vivía y todos esos lujos.

No, pero, entonces, ¿quién?

¿Podría tratarse de Luis?

Tenía que hablar con ambos lo antes posible.

7

Seis meses, dos días y catorce horas antes de que Daniel Ayala recibiera la funesta noticia de la muerte de su padre, un hombre vestido con un traje de precio medio del Zara entraba en las oficinas de una gran empresa de seguros.

No llevaba una gran racha en el trabajo.

Tampoco se podía decir que fuera mala, mala, pero buena, no era, desde luego.

Los problemas que tenía casa tampoco ayudaban, eso también era cierto.

El hombre vestido con un traje de precio medio, llevaba casado ocho años y tenía dos niños con la que era su mujer.

Él los quería con locura, pero claro, daban muchísimo trabajo, y un empleo como era el suyo, en el que su sueldo dependía de las ventas, pues claro, su cabeza debía funcionar como un reloj suizo. Y por «H» o por «B» llevaba unos meses con la cabeza regular.

Era posible que el hecho de haber apostado el dinero que tenían ahorrado para su futuro al póquer y haberlo perdido todo tuviera algo que ver con sus problemas mentales.

Como también era bastante probable que no ayudara el hecho de que su mujer se hubiera enterado y hubiera estado a punto de divorciarse de él.

Incluso que llegara a irse un par de meses con los niños a vivir con su hermana.

Por lo tanto, la suma de todas esas cosas provocaba que el trabajo del hombre vestido con un traje de precio medio del Zara no fuera precisamente brillante.

—Pase, Molina, pase —escuchó decir a la voz de su jefe desde el otro lado de la puerta de su despacho. Que lo llamaran a primera hora de la mañana a ver a su jefe, buena noticia no parecía.

El hombre vestido con un traje de precio medio del Zara, apellidado Molina, entró en el despacho y tomó asiento frente a su superior directo.

—¿Qué tal va todo por casa? —preguntó una vez estaban los dos frente a frente.

Molina tragó saliva antes de decir:

—Tenso, pero al menos siguen allí.

El jefe asintió con la cabeza mientras se rascaba la nuca con un bolígrafo.

—Bien, bien, después de todo, eso es lo importante, hay que seguir así.

Molina estaba totalmente de acuerdo, aunque claro, al mismo tiempo, sabía que todo dependía de que conservara ese trabajo y ya se estaba temiendo lo peor.

—Hemos estado revisando los resultados de los últimos meses y dejan mucho que desear.

—Lo sé, yo…

—Déjeme terminar.

—Claro.

—He peleado mucho para darle esta oportunidad, Molina, todos querían su cabeza. Agradezca que comprenda su situación, pero esta es su última oportunidad. Si la caga, no podré hacer nada por usted. ¿He sido claro?

—Clarísimo.

—Bien, pues vaya a trabajar. Y sonría, que eso es lo que da clientes.

Mucho más tranquilo, aunque a la vez sintiendo el abismo cerca de sus pies, el hombre vestido con un traje de precio medio del Zara salió del despacho de su jefe y se dirigió al suyo propio, desde donde trabajó toda su jornada laboral con una motivación renovada.

Al terminar, se despidió de todos sus compañeros, bajó a la calle y se subió en su coche —Un Citroën Picasso que tenía más años que sus hijos— y se marchó a casa con la sensación del trabajo bien hecho.

Al llegar, una muchedumbre se apretujaba en el portal. Parecía una reunión de vecinos.

Que él supiera no estaba programada.

Algo malo había pasado.

Y estaba en lo cierto.

Aunque no podía prever hasta qué punto su primera impresión era cierta.

8

Al día siguiente, lo primero que hice fue plantarme en el piso que la empresa pagaba en la zona de la Av. de Francia. Un apartamento con vistas al río que decidí comprar para la mujer que llevaba siendo mi amante durante unos cuantos meses.

No sabría decir el número exacto.

Tampoco importaba.

Antes de ella había habido otras.

Unas cuantas, de hecho.

—¿Sabes algo de esto? —pregunté nada más cruzar el umbral de la puerta con las fotografías que Cecilia había encontrado en mi ordenador. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para andarme con rodeos.

—Claro que sé algo de eso, yo misma te las envié —contestó de inmediato mientras se mantenía a cierta distancia. Lo que más me gustaba de esa mujer era que era capaz de leer mi estado de ánimo. Bueno, una de las cosas que más me gustaban de ella.

Las otras… bueno, no vienen a cuento.

—Ya…, pero lo que yo quiero saber es por qué estaban en el escritorio de mi ordenador —insistí después de dar un paso y adentrarme en el apartamento. Cuanto menos tiempo pasara en el rellano, mejor.

—Y a mí, ¿qué coño me estás contando? Yo no he estado en tu casa en mi vida, ¿qué crees que he hecho, meterme en tu casa a escondidas y poner las fotos de mi culo para que tu novia, la millonetis, las vea?

Decirlo en voz alta provocó que lo que yo sabía que era evidente lo fuera todavía más. Era absurdo pensar que nada de eso pudiera haber resultado posible. Lo único que me había llevado hasta ese punto era que ninguna posibilidad que se me ocurría tenía ningún sentido.

Suspiré, bueno, pues tendría que seguir pensando en posibilidades.

—Supongo que no.

—¿Qué supones que no? Serás capullo, anda, lárgate de aquí y no vuelvas si no es con un anillo o un ramo de flores para compensar toda esta mierda.

Podría haber dicho que mi padre había muerto.

O que estaba preocupado por la empresa.

O que no tenía ni idea de dónde habrían salido esas fotografías y me atormentaban por dentro.

Pero si hubiera dicho alguna de esas cosas, yo no habría sido yo. Y si Cristina hubiera preguntado o si se hubiera preocupado por mí, ella no habría sido ella.

Me cerró la puerta en las narices y bajé a la calle en el ascensor. Tenía dos llamadas perdidas. Una era de mi hermana, que iba a ignorar, y la otra era de Luis, que debía de contestar.

Antes de llegar a llamar, me llegó un mensaje de WhatsApp.

«Hola, Dani, ha habido un problema con la firma de la semana que viene. No te habría dicho nada si no fuera importante, llámame cuando puedas».

Una ola de calor me recorrió la espalda.

Enfado, preocupación, nervios, ansiedad…

Maldición.

—¿Qué ha pasado? —pregunté nada más escuché la voz de Luis al otro lado del teléfono.

—Parece que alguien les ha dicho que no somos de fiar y algunos de ellos tienen dudas acerca de la operación —contestó con tono serio.

—¿Qué opina Óscar?

—Que no sabe quién puede haber sido, va a tratar de averiguarlo antes de que nos reunamos con ellos, pero que son demasiados cómo para que pueda asegurarme que realmente es posible saberlo.

—Joder, ¿qué les han dicho exactamente?

—No lo sé, no han sido tan claros, solo me han dicho que algunos de ellos tienen dudas porque les ha llegado cierta información sobre nosotros.

—Dile a Óscar que peine internet en busca de lo que sea.

—Ya lo ha hecho y no hay nada.

Suspiré.

Eso solo podía significar una cosa.

—Manda a alguien de confianza que busque entre todas las compras o fusiones que hayan salido mal.

—Define mal —dijo Luis. Solo él se atrevería a decirme algo como eso.

—Cualquiera que se sienta jodido después de tratar conmigo.

—La lista no será corta, Dani.

—Pues que empiece ya —zanjé.

—Muy bien, como tú quieras. La reunión será en dos días para hablar de sus dudas, ¿cuándo es lo de tu padre?

—Eso no importa, dime sitio y hora y allí estaré —dije antes de colgar la llamada y volverme hacia el portal. Lo único que podría alegrarme el día sería subir a ese apartamento que tanto dinero me costaba cada maldito mes y practicar sexo sucio con mi amante.

Por muy enfadada que estuviera, no se negaría si le insistía.

Así que subí al apartamento y abrí la puerta con mi llave.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó cuando llegué a la habitación mientras se desvestía y dejaba caer el batín sobre el suelo, dejando a la vista sus preciosos pezones rosados.

9

En cuanto el hombre vestido con un traje de precio medio del Zara, apellidado Molina, entró en el portal, su mujer se acercó hacia él y le dijo:

—Toni, han convocado una reunión extraordinaria de vecinos, parece que ha habido una inspección y hay algo que no ha ido bien.

¿Cómo no?

¿Cómo podía ser que un día fuera bien en la vida del hombre vestido con un traje de precio medio del Zara, ahora conocido como Antonio Molina?

Visto lo visto, eso era imposible.

—He dejado a los niños arriba con una peli.

Antonio asintió antes de buscar con la mirada al presidente de la comunidad, que iba acompañado de un hombre que no conocía.

—Juan, ¿qué ocurre? —le preguntó.

—Ahora, Antonio, en nada llega todo el mundo y comentamos —contestó el mentado presidente de la comunidad sin siquiera dedicarle una mirada. Seguía junto a ese hombre que debía ser un inspector de «algo» y ese «algo» no era bueno para sus intereses.

De eso estaba convencido.

A los cinco minutos ya estaban todos y el presidente se dirigió a sus convecinos.

—Siento haberos convocado con tan poco tiempo, pero la situación bien lo merece. Cómo ya sabéis, periódicamente se ha de hacer una comprobación rutinaria del estado del edificio, sobre todo en casos como este que ya va teniendo unos años. La verdad es que hasta ahora nunca había habido ningún problema, pero esta vez y, por desgracia, las noticias no son nada buenas. Doy la palabra al arquitecto que hemos contratado para que nos dijera hasta qué punto esto es mala la situación.

Antonio no se esperaba menos.

—Muy buenas tardes a todos.

Eso lo sería para él, pensó Antonio apretando los dientes.

—Después de que durante la inspección rutinaria saltaran las alarmas respecto al estado de ciertas partes del edificio, no quedó más remedio que hacer una revisión en profundidad y, por desgracia, está todo lleno de termitas. Este edificio es de los años treinta y la estructura es básicamente madera.

Algunos de los rostros que observaba Antonio parecían no comprender las palabras del arquitecto.

Lo que decía era una verdadera putada.

—¿Exactamente qué quiere decir con eso? —preguntó la vecina del primero, una mujer que casi había comprado la vivienda sobre plano.

—Quiere decir que hay que reconstruirlo por completo.

—¿Por completo?

—¿Una reforma integral?

—¿A qué se refiere con por completo?

—Por desgracia hay que tirar el edificio abajo y volverlo a construir de cero. Cualquier otra solución no garantizaría la supervivencia de la estructura.

Ahora sí que todo el mundo comprendió a la perfección lo que insinuaba ese hombre. Tirar abajo el edificio implicaba una suma desbordante de dinero.

Eso lo sabía hasta el más lerdo de entre los presentes.

—Dios mío —farfulló la mujer de Antonio con la mano sobre sus labios.

—Este es un muy grave problema que debemos afrontar como conjunto y tomar una decisión —dijo de nuevo el presidente de la comunidad

—¿Pero de cuánto dinero estamos hablando? —preguntó el vecino de quinto A.

El arquitecto permaneció unos pocos segundos a la espera de una respuesta lo más cercana posible a la realidad.

—Sobre los trescientos mil euros.

—Bueno, ¿y eso a cuánto saldría por piso?

—Eso es lo que costaría por piso. Unos trescientos mil euros por piso para reconstruir todo el edificio. Y eso contando solo con la estructura, sin cocinas, ni baños, ni, por supuesto, muebles.

La voz del arquitecto dio paso a un silencio sepulcral.

Y no era para menos.

Acababan de morir todos sus sueños e ilusiones en un solo instante.

10

—Esto me parece mal, Dani, muy mal, papá se merece algo mejor —dijo mi hermana mientras el ataúd de mi padre se adentraba tras unas cortinas de color negro en dirección al horno crematorio.

—Papá ya ni siente ni padece, no creo que le importe en exceso que no nos hayamos gastado una pasta en su funeral. Bueno, no, que yo no me haya gastado una pasta en su funeral —contesté sin apartar la mirada de las cortinas.

A mi alrededor había personas llorando, otras tristes y algunas simplemente aburridas.

Yo no estaba entre ellas.

En mi caso, tenía sentimientos encontrados.

En mi interior había pena, joder, no soy un monstruo, pero sobre todo sentía ansiedad y no comprendía el motivo.

Carla estaba sentada a mi lado, llorando a moco tendido, la muy…

Y los niños… esos pedazo de desgraciados, no paraban de hablar y dar golpecitos con los pies.

Maleducados.

Una vez saliera por esa puerta, no volvería a ver ni a mi hermana ni a esos mocosos en lo que me quedaba de vida.

Estaba muy cerca de girarme y decirles cuatro cosas, pero alcancé a controlarme. Ante todas las cosas, me considero un hombre pragmático y tal reacción carecía de sentido

Lo último que necesitaba era ser el hombre que pierde los nervios en el entierro de su padre.

No, no me lo podía permitir.

Necesitaba salir cuanto antes y tratar de trazar un plan para el día siguiente.

No podíamos perder el contrato de esa urbanización. El crecimiento planeado dependía de ello.

Y a mi maldito suegro no le gustaría que su dinero no diera el rendimiento que le había prometido.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó Cecilia nada más salimos por la puerta y encaminábamos el pasillo—. Estás muy serio.

Pues claro que estaba serio, anda que no tenía cosas en las que pensar…

—Sí, estoy bien, solo algo afectado.

¿De veras había dicho yo eso?

Me miró y me sonrió, pensando en el lado humano que estaba conociendo de mí.

Ingenua.

—¿Qué quieres hacer ahora? Hacemos lo que tú quieras.

—La verdad es que necesito trabajar un poco. Me ha llamado Luis con un problema muy grave de la firma que teníamos la semana que viene y tengo que tratar de arreglarlo como sea antes de mañana.

—Bueno, si eso es lo que tienes que hacer, está bien —dijo algo desanimada.

Para ella era una locura pensar que el trabajo pudiera ser lo que más necesitara en ese momento, pero claro, ella no lo entendía, ¿cómo podría?

Ella había nacido en una cuna de oro.

Y así había salido.

Sin ambición.

Sin fuerza.

Sin sentido del esfuerzo y de lo conseguido por uno mismo.

—Sí, la verdad es que es lo que más necesito en este momento.

—Pues no se hable más —cedió—, pero en cuanto estés mejor salimos por ahí que te vendrá bien, y luego vamos a mi casa.

Bueno, tampoco era un mal plan.

Si lo de mañana salía bien, me lo plantearía.

Y si salía mal…

No quería ni pensarlo.

—Por cierto, mis padres me han dicho que te dé el pésame de su parte. Están fuera del país, pero les habría encantado estar aquí para acompañarte.

Seguro que sí.

—Diles que se lo agradezco.

—Eso haré, y mi padre me ha dicho que cuando vuelva quiere hablar contigo de esa propuesta que le hiciste.

¡Bingo!

Salía del tanatorio después de despedirme de Cecilia y me dirigía a mi moto, cuando mi hermana me alcanzó.

—¿Ibas a irte sin despedirte?

—Ese era más o menos el plan, sí, ¿necesitas algo? —contesté sin darme la vuelta.

—Joder, Dani, ¿ni siquiera ahora?, ¿ni en este momento te puedes comportar como una persona normal? —me preguntó con lágrimas empañando su mirada.

¿Qué se contestaba a eso?

Al menos no estaba Cecilia presente, prefería que no me conociera tan bien.

—Llevamos años sin tener relación y esto no va a cambiarlo.

—Pero, ¿por qué no? Somos hermanos, Dani, eres mi familia y, como parte de ella, debes formar parte de mi vida. Me gustaría que conocieras a mi marido y a mis hijos. Que nos viéramos en Navidad y comiéramos los domingos.

¿Estaba de broma?

No había pasado con nuestros padres vivos y quería hacer todo eso ahora que estaban muertos.

Debía de haber bebido de más.

O eso o quería aprovecharse de mi futura grandeza.

Qué mujer más simple.

—Mira, Carla, eres mi hermana y eso significa algo. No mucho, pero sí algo. Si te pasa algo, podrás contar conmigo si está en mi mano ayudarte, pero no esperes nada más de mí. No tenemos nada que ver, nada de nada y eso no va a cambiar. Que seamos familia es algo que no depende de nosotros, por eso no es tan importante. La gente que importa es la que eliges y no la que te toca solo por salir del mismo útero.

Su cara fue un poema.

Y la de su marido ni os cuento.

Ahí la dejé, pasmada.

Me di la vuelta, me subí en la moto y me marché a casa.

Tenía mucho que procesar y pensar.

11

Dos semanas después de que el hombre vestido con un traje de precio medio del Zara, apellidado Molina, se encontrara con la reunión de vecinos en el portal de su casa, llegaba del trabajo con el ánimo por los suelos.

No era para menos.

Después de todo lo ocurrido con las malditas apuestas, se iban a quedar sin casa y pagando una hipoteca de nada.

Pagando religiosamente mes tras mes, por nada de nada.

Y eso sin contar con el hecho evidente de que necesitarían un lugar en el que dormir.

Su cabeza no estaba donde tenía que estar y esa situación no ayudaba a su trabajo.

No le iba peor que antes, pero tampoco mejor.

Y sentía la mirada de su jefe en su cogote a cada instante.

Día tras día.

Y tras día.

—Hola, Toni —saludó su mujer, nada más entró por la puerta.

—Papá, papá.

Los dos pequeños renacuajos de casi seis años llegaron hasta la puerta y le abrazaron cada uno por una pierna.

¿Qué podía hacer Antonio con tal de ayudarles?

Si no tomaba las riendas de la situación, en poco tiempo estarían viviendo debajo de un puente. O peor todavía, en casa de sus suegros.

No.

Ni hablar.

Por encima de su cadáver.

Este último pensamiento provocó que la semilla de una idea se formara en su mente.

¿Y si él moría?

Como vendedor de seguros, hacía mucho tiempo que disponía de un seguro de vida que podría solucionarles la vida a sus hijos.

Vivirían una vida cómoda y sin complicaciones.

Podrían hacer lo que quisieran en su juventud.

Un mundo lleno de oportunidades se abriría ante ellos.

Aunque lo harían sin su padre a su lado.

¿Les compensaría?

Todavía con su mente a toda máquina, los enanos hablaron de nuevo.

—Ha estado antes aquí el presidente hace un rato, papi.

—Pero no el presidente de verdad, eh papá, solo el de la comunidad.

—Menos mal que me lo has aclarado, hijo mío.

—De nada, papá.

Se adentraron en el salón, donde la mujer de uno y la madre de los otros dos, miraba por la ventana obnubilada hacia el exterior.

—¿Qué quería Juan? —preguntó una vez llegaron los tres tras la espada de la mujer.

—Hacer una oferta, ha ido de piso en piso hablando con todos los vecinos, luego te cuento, ahora hay que cenar.

Si Antonio estaba pensando seriamente en la muerte, la actitud de su mujer no era mucho mejor.

Ni siquiera después de que él perdiera todo su dinero y lo dejara para irse con su hermana, la había visto de esa manera.

Una vez los niños estaban acostados, tras el respectivo cuento y los dientes lavados, Antonio y su mujer regresaron al salón y se sentaron uno enfrente del otro, a la espera de las malas nuevas, porque buenas, Antonio estaba convencido de que no iban a ser.

—Hay una empresa que nos hace una oferta por el piso, por todos los pisos. Van a montar aquí sus oficinas y están dispuestos a hacer frente con los gastos que conlleva la reconstrucción.

—Pero eso es una buenísima noticia, ¿por qué tienes esa cara?

—Porque lo que ofrecen no es ni siquiera lo que nos quedaría de pagar de la hipoteca, Toni, aparte del hecho de que, o firman todos los vecinos, o no hay venta. O todos o ninguno.

—Menos de lo que nos queda de hipoteca… —farfulló regresando a la realidad de una bofetada—. ¿Cuánto menos?

—Algo más de ochenta mil. O sea que nos veríamos en la calle y con una deuda de casi cien mil euros. Y todavía tenemos que dar las gracias.

—Mejor de ochenta que de trescientos, Sofía.

La mujer del hombre vestido con un traje de precio medio del Zara, apellidado Molina y nombrado Antonio, se llamaba Sofía.

Desde siempre.

—Mis padres me han dicho que pueden ayudar con la deuda, ya sea de ochenta o de trescientos mil —dijo Sofía muy rápido, como si fuera un tema del que no quisiera hablar.

Mal asunto.

—¿Y dónde está el pero? —preguntó con más miedo que curiosidad.

—Que solo lo harán si me separo de ti.

Ahí estaba.

Tragó saliva tratando de analizar la situación.

Hacía un solo instante que había estado pensando en la muerte para ayudar a su familia. Por mucho que le doliera, el hecho de alejarse de ella era algo que tendría que ser capaz de soportar.

Por su bien.

Por el bien de los tres.

—Hazlo —dijo al fin con una lágrima recorriendo su mejilla —. Hazlo, Sofía. Sepárate de mí y permite que tus padres te ayuden.

Ella levantó la mirada que hasta entonces había permanecido fija en el suelo.

—Hay otra condición, Toni —farfulló casi sin voz—. No podrás volver a ver a tus hijos. Jamás.

12

La verdad era que la lista de personas que querrían joderme era bastante larga. Bueno, no, más bien podríamos decir que era la hostia de larga.

Había amantes, exnovias, excompañeros, personas con las que había hecho negocios que no habían terminado del todo bien…

Había de todo.

Pero la gran pregunta no era quién quería joderme, sino quién se atrevería a llevarlo a cabo.

Era cierto que no había tenido lo que era necesario para hacerlo de frente, sino que había metido mierda por la espalda, pero aún por esas…

¿Quién tendría lo que había que tener para hacerlo realidad?

Amenazas las había tenido a cientos, pero claro, las personas que llegaban a cumplir ciertas cosas eran muy escasas.

Porque claro, o lo que le has hecho supera los límites de lo humano, o siempre van a tener algo que no quieren perder como para llevarlo a cabo.

Pero bueno, como ya he dicho, en este caso solo se había ido un poco de la lengua.

Comencé a elaborar una lista de personas que podrían estar detrás de todo esto.

Al los veinte minutos tenía quince nombres apuntados en mi libreta.

Personas que podrían tener contra mí algo más que una pequeña inquina.

Nombres que habían llegado a amenazar mi integridad física.

Busqué algunos de ellos y traté de sacar información acerca de su situación actual.

Una exnovia a la que había engañado con su hermana durante meses y que nos había pillado en su cama con su ropa puesta era una opción más que razonable.

Pero estaba tan feliz viviendo en Francia.

Descartada.

Un antiguo socio con el que habíamos construido un edificio y al que habíamos forzado a vender su parte por menos de la mitad de su valor real.

Un segundo candidato a la altura.

Tenía mucho que perder, una mujer y cuatro hijos. Y seguía teniendo dinero suficiente como para vivir con desahogo.

Como mucho era un sospechoso poco probable.

Siguiente.

La amante a la que había dejado cuando conocí a Cristina. No estaba muy contenta en ese momento tras perder todas esas comodidades.

Busqué información sobre ella, pero dudaba mucho que resultara ser la culpable. En su caso, antes habría hablado con Cecilia o Cristina, nunca habría entrado en temas de trabajo.

Tampoco los entendía.

Descartada.

Aunque pensar en Cecilia me llevó a hacerlo también en las fotografías que había encontrado de Cristina en mi ordenador.

¿Era posible que pudieran estar ambas cosas relacionadas?

Si ese era el caso significaba que alguien quería putearme sin ningún escrúpulo.

Sin embargo, me parecían actos muy distintos como para tratarse de una misma persona.

Seguí investigando un poco más sin darle más vueltas.

Todavía quedaban unos cuantos nombres por comprobar.

Abrí un Excel en mi drive y fui escribiendo los nombres de todos ellos y valorándolos por posibilidad.

Rojo, poca.

Amarillo, intermedia.

Y verde, mucha.

Y no tenía ni un maldito verde.

O los que había se descartaban solos tras una mínima comprobación.

O no estaba siendo eficiente…

O algo se me estaba escapando.

Tras un par de horas de investigación y de dar vueltas a la cabeza, decidí que ya era hora de pasar a otra cosa. No iba a conocer el nombre del bocazas en ese momento.

Sin embargo, debía saber qué decir al día siguiente.

Aunque claro, eso era complicado sin saber de qué información disponían los inversores.

Esa era su ventaja y no estaba acostumbrado a salir en segundo lugar.

El proyecto era bueno y las posibilidades de error pequeñas. Realmente había poco riesgo en su inversión. Al menos a primera vista. Y cualquier cosa que pudiera ocurrir estaba muy oculta en la letra pequeña.

Me recosté en el respaldo.

¿Qué habrían visto o qué era lo que les habrían contado?

Un ruido en el interior de mi cuarto me alertó. Me levanté con más preocupación que miedo y agarré lo primero que pillé, que en este caso era un flexo de acero.

—¿Hola? —pregunté como un idiota. Como si alguien me fuera a contestar. Sí, soy yo y vengo a joderte—. ¿Hay alguien ahí? —insistí.

Nadie contestó.

Seguí caminando hasta entrar en la habitación y mirar a mi alrededor. Justo en el momento en el que la puerta de mi apartamento se cerró de golpe.

Me volví, acobardado y miré en dirección a la puerta.

El corazón me golpeaba el pecho desde su interior, como un martillo pilón.

¿Qué habría ido a hacer allí quien fuera que había entrado?

¿Y por qué razón no me había hecho nada?

¿Y quién demonios era?

Este era dar un paso más.

Entrar en mi casa por la noche conmigo en el interior.

Tenía que haber alguien que no tuviera nada que perder.

Alguien que me odiara con todas sus fuerzas y me deseara toda clase de mal.

Y entonces caí.

Sí que lo había.

No lo había considerado porque nunca pensé en que hiciera algo tan burdo como lo de las fotos.

De esa persona, en caso de atreverse a llegar a ese punto, esperaba algo mucho mejor.

Y entrar en mi casa de noche y conmigo dentro comenzaba a encajar con mi suposición.

Lo investigaría nada más terminara la reunión.

Cerré la puerta con llave y me fui a la cama. Aunque no dormí en toda la noche ni solté el flexo de entre mis dedos por absurda precaución.

Nadie volvió a entrar durante la noche.

13

Al día siguiente de que la mujer del hombre vestido con un traje de precio medio del Zara apellidado Molina y llamado Antonio le dijera que la única posibilidad de que sus padres le ayudaran con la enorme deuda que quedaría una vez derruyeran el edificio, había convocada una junta de vecinos para tomar la decisión tan importante que sobrevolaba por las cabezas de todos ellos.

No había pegado ojo en toda la noche.

Sabía que debía aceptar las condiciones de sus ya ex futuros suegros.

No merecía nada mejor.

Si no hubiera perdido todo su dinero, la situación actual sería una putada, pero algo salvable.

En cambio, él mismo se había ocupado de que ahora resultara insostenible.

Y no iban a pagar ellos por sus errores.

Eso jamás.

Así que iba a aceptar la oferta de los padres de Sofía.

Venderían el piso, aceptarían los ochenta mil euros para pagar la deuda y se quedarían a cero.

Y luego ya vería él cómo aportar el dinero para que tuvieran la vida que debían de tener.

Si lo hacía en vida o de manera póstuma, ya era una decisión que tomaría en el futuro.

Nada más salir del trabajo, fue directo a casa, se cambió de ropa, se dio una ducha y acudió a la dirección que les había brindado el presidente de la comunidad. Sofía ya estaba ahí esperando a que diera comienzo la junta de vecinos. Una vez había recogido a los dos enanos y llevado a casa de sus padres para que merendaran y vieran un rato la tele, se fue directa para que ambos pudiéramos estar presentes en la reunión.

Aunque, y para sorpresa de Antonio, no lo hizo sola.

—Hola, Antonio —saludó Fernando, el padre de Sofía. Un hombre de setenta años, trabajador, alto, aunque no demasiado bien parecido.

Un pequeño empresario que se había pasado la vida entera en el interior del horno del que era propiertario en el barrio del Cabañal.

Un hombre que había hecho dinero a base de trabajo, sudor, lágrimas. Y sobre todas las cosas, de no haber visto a sus hijas más que unos pocos días al año durante toda su niñez y adolescencia.

Alguien que jamás podría perdonar y mucho menos entender nada del comportamiento de Antonio respecto al dinero.

Y él lo entendía.

¿Cómo no iba a hacerlo?

—Hola, Fernando —contestó él sin ser capaz de mirarle a los ojos.

Sofía, en cambio, no dijo nada.

Que hubiera tomado su decisión respecto a su futuro no implicaba que no le resultara algo terriblemente duro para ella.

Porque claro, Sofía quería a Antonio.

Lo hacía con toda su alma desde hacía muchos años.

Y una vez perdonado su inmenso error, iba a darle la espalda por una razón que ni siquiera era culpa suya.

Pero, por otro lado, tampoco le habían dejado otra opción.

Y el propio Antonio le había implorado que aceptara los designios de sus padres.

—Buenas tardes a todos, como ya os fui comentando ayer a todos y cada uno de vosotros, parece que nos ha surgido una oportunidad para salir del enorme problema en el que nos encontramos. Hace un par de semanas, durante la inspección del edificio, se nos comunicó que este está infestado de termitas y las implicaciones que este hecho tenía sobre su estructura.

—Y nuestros bolsillos —añadió entonces uno de los vecinos del quinto.

—Sí, y sobre nuestros bolsillos, claro está. Evidentemente, el problema era enorme y las opciones no demasiadas. Sin embargo, siempre hay una solución.

Antonio mantenía su atención sobre las palabras del presidente de la comunidad. Un hombre de unos cincuenta años, con un trabajo de profesor de gimnasia en un colegio privado. Su mujer, bajita, gritona e histérica, no había pegado un palo al agua en toda su vida. Y sus hijos… qué decir de sus hijos.

Pero al mismo tiempo, estaba pendiente de la reacción de su todavía suegro, que parecía no confiar en nuestro presidente. Aunque bueno, era un hombre desconfiado por naturaleza.

—La empresa Inversiones Inmobiliarias SL, nos ha propuesto comprar todo el edificio y de esa manera librarnos de nuestro problema. Aquí tenemos presentes a dos de sus socios para que nos comenten su oferta y cuáles son sus planes. Luis, por favor, tienes la palabra.

Entonces un hombre de entre treinta y cuarenta años, con el pelo hacia detrás, una sonrisa perfecta y vestido con una camiseta básica y una americana por encima, se colocó frente a todos.

—Buenas tardes, vecinos, yo soy Luis Gallardo y soy el director comercial de IIV SL. Llevamos bastante tiempo en la ciudad y queríamos cambiar nuestras oficinas desde la marina y acercarnos más hacia el centro.

—Si el que viene a hablarnos es el director comercial es que tiene algo que vender —susurró mi suegro entre dientes.

—Vuestro presi nos ha comentado el problema que tenéis en el edificio, y bueno, creo que podríamos ayudarnos mutuamente. Por nuestro lado, podemos construir aquí nuestras oficinas, y por el otro, no tenéis que enfrentaros a la barbaridad de dinero que implica la obra. Creo que ya os lo comentó ayer, pero bueno, estoy aquí para dar toda la info que pueda. El dinero que se pagaría por piso es de ciento cincuenta mil euros. Es cierto que es una cantidad bastante inferior al precio de mercado que tendría un piso de estas características y ubicación, pero tenéis que tener en cuenta que el dinero que no vais a poner vosotros para la construcción, lo tendremos que poner nosotros, que si no me equivoco, ronda los trescientos mil. Eso hace la suma de que nuestro coste es de cuatrocientos cincuenta mil euros, más gastos de gestión.

—Por piso —dijo una voz desde detrás del presidente. Otro de los socios de la empresa.

—Por piso —repitió Luis Gallardo, haciendo énfasis en sus palabras—. Por lo que, si además no los vamos a vender, sino que son para nosotros, es una inversión altísima. De hecho, Óscar, nuestro director financiero, aquí presente —dijo señalando hacia dónde provenía la voz —, insiste en que es una muy mala operación, pero el CEO ha insistido y esta es la oferta que os tengo preparada. Si tenéis cualquier duda, este es vuestro momento. Ah, sí, se me olvidaba. Como es evidente, la oferta solo es válida si se venden todos los pisos. No podemos hacer nada con un edificio si no es totalmente nuestro.

—Yo tengo una —dijo mi suegro con los brazos en jarras.

—Por supuesto, adelante, por favor —contestó sin perder la sonrisa.

—¿Quién fue el que encontró a quién?

—No entiendo lo que quiere decir

—¿Cómo os enterasteis de que este edificio tenía este problema? ¿El presidente fue a vosotros o vosotros a él?

Luis fue a abrir la boca pero todo se quedó en un sonido muy parecido al hipo.

—Bueno, yo me puse a buscar opciones, claro está —dijo entonces el presidente, frotándose la barba—. Y bueno, ellos aparecieron, no sé exactamente en qué punto fue en el que se enteraron.

—Pero el caso es que así fue —dijo el segundo socio tomando las riendas de la situación—. Supimos que teníais un problema y aquí estamos con la solución. Tenéis una semana para decidir qué es lo que queréis hacer. Estaremos esperándoos a todos en la notaría. Ya os diremos hora y el día exacto. Si estáis todos, firmamos, y si no, pues mucha suerte con vuestra vida.

No hubieron muchos más comentarios tras la intervención del —según habían dicho— director financiero de la empresa.

De hecho, para Antonio, lo único que tenía relevancia era lo último que dijo su suegro antes de despedirse.

—No me gusta, Sofía. No me fio de ellos, todos es mucha casualidad. Demasiada.

14

Prácticamente no pegué ojo en toda la maldita noche. Cada vez que el viento golpeaba la ventana o que algún vecino provocaba el menor ruido, me despertaba sobresaltado con el flexo entre mis dedos, dispuesto a estrellarlo contra quien fuera necesario.

Podría haberme ido a casa de mi amante, de mi novia, o incluso haberme cogido una habitación en un hotel, pero mi mente seguía tan ocupada como preocupada por la inminente reunión con los inversores.

Sin ellos no saldría adelante la operación y era un paso muy importante para nuestro futuro.

Me di una ducha sustancialmente más larga de lo que para mí suele ser normal. Dejé que el agua cayera por mi cuerpo mientras trataba de pensar en respuestas a las preguntas que me fueran a efectuar.

En una situación normal no sería yo el que llevara la voz cantante, de hecho, solo hablaría en el caso de que llegara a ser necesario.

El problema radicaba en que todo indicaba que sí que iba a hacer falta mi intervención. Óscar y Luis eran buenos, incluso brillantes, en muchas cosas, pero reaccionar ante un problema de esa magnitud no era una de ellas.

Cuando salí de la ducha, mi corazón se detuvo un instante.

Escrito con un pintalabios rojo, alguien había escrito la palabra muerte sobre mi espejo empañado de bao.

Desnudo y desprotegido, me tapé con la toalla y cerré la puerta de golpe antes de llamar a la policía.

La situación se me estaba yendo de las manos y había que tomar las pertinentes medidas.

Aguardé hasta que el timbre sonó unos pocos minutos más tarde. Antes de eso, había enviado un mensaje a Luis informándole de que iría directamente a la reunión y que no podría quedar antes para comentar los pormenores. De eso se podían encargar ellos dos solos.

—Policía nacional —informó uno de los agentes nada más les abrí la puerta todavía en toalla. No había salido del cuarto de baño hasta escuchar el timbre. Menos mal que había entrado con el móvil—. Nos han dado un aviso de que alguien había entrado en su domicilio.

El agente que habló en primer lugar era un hombre entrado en años, con barriga de no privarse una birra y escaso pelo cano.

—Así es.

Ambos agentes, el veterano señor y su compañera, una joven pelirroja que rondaría el ecuador de la veintena, me observaron vestido con toalla.

—Estaba en la ducha y cuando he salido he visto esto —dije después de dirigirme al cuarto de baño y enseñarles el texto que me habían dejado.

—Bien, ¿ha oído la puerta después?

—No, me he quedado aquí dentro, he puesto el pestillo y he llamado a la policía —contesté.

—Ha hecho bien —dijo por primera vez ella mientras observaba el espejo con atención—. Es pintalabios.

—Hay que coger una muestra, es posible que haya alguna huella dactilar.

—Muy bien, yo os dejo aquí y me voy, que tengo mucha prisa —informé antes de salir del cuarto de baño—. Haced lo que necesitéis y cerrad al salir.

—Lo lamento, señor Ayala, pero debemos tomarle declaración. No podrá irse en unas cuantas horas.

—Eso es imposible, tengo una reunión a la que no puedo no asistir.

—No, señor Ayala, soy yo el que lo lamenta, pero un allanamiento no es ninguna tontería. Necesitamos saberlo todo y está en su obligación de colaborar con nosotros.

—Colaboraré en lo que sea necesario en cuanto acabe la reunión.

—Señor Ayala —intervino entonces su joven compañera—, alguien ha entrado en su casa mientras dormía y le ha dejado un mensaje amenazante cuando se estaba duchando. Creo que no es consciente de la gravedad de la situación.

Maldición.

Me dije a mí mismo con un cabreo del demonio. Si no salía de inmediato, no llegaría a la reunión y no era algo que me pudiera permitir.

¿Qué tenía en la cabeza para haber llamado a la policía sin haberlo pensado antes?

Vale, la primera respuesta que me venía a la mente era que tenía miedo, pero el miedo no debería no dejarme pensar con frialdad.

Ese no era yo.

Debía estar concentrado y actuar de la manera más pragmática posible.

—Puedo contestar a las preguntas que queráis, pero de la manera más rápida posible, si no es así, me echaré atrás con la denuncia sin problema alguno.

—No puede hacer eso —contestó el mayor de los dos mientras se apartaba del espejo y se acariciaba un bigote de morsa—. Una vez se ha comprobado la veracidad de lo que ha dicho en la llamada que, por cierto, ha sido grabada, debemos seguir con el pertinente protocolo.

—Bueno, pero puedo decir que he sido yo, o que ha sido mi novia gastándome una broma.

—Si fuera el caso de su novia, tendría muy poca gracia. Y si es usted el que ha mentido, se enfrentaría a una denuncia falsa y debería asumir las consecuencias.

Yo ya había pasado por eso en alguna que otra ocasión y normalmente no compensaba en absoluto el riesgo. Podía tratarse de pena de prisión de seis meses a dos años y una multa de doce a veinticuatro mil euros, si se imputaba un delito grave. Cosa que sería en el caso de mentir deliberadamente y largarme de allí cagando leches.

Pero claro, por el otro lado, no acudir a la reunión sería perder una operación de cientos de millones de euros.

En esta ocasión era una posibilidad a barajar.

Puse mi cerebro a trabajar.

En el caso de resultar culpable no sería solo la multa.

La posibilidad de prisión, aunque nunca llegara a entrar en ella, implicaba tener antecedentes penales, algo que sería un arduo inconveniente de cara al futuro.

Ambos agentes me observaban mientras barajaba los pros y los contras.

Me decidí.

—Lamento mucho haberos hecho venir hasta aquí para nada, pero mi pareja me acaba de decir que ha sido ella como una broma. Es cierto que no entiendo la gracia, pero así ha sido. Si necesitáis que ella vaya a contar lo mismo, nos citáis y lo haremos sin ningún tipo de problema.

—Señor Ayala, creo que no es consciente de la situación. Alguien ha entrado en su casa y lo está amenazando.

—Ya he dicho que ha sido mi novia, ahora, por favor, debo irme —dije poco antes de que los tres abandonáramos mi apartamento.

Las palabras de esa poli pelirroja todavía recorrían mis neuronas cuando los tres pisamos la calle. En ese momento, no pude evitar mirar en todas direcciones por si alguien me estaba observando.

Era consciente de que era más una paranoia que otra cosa pero no fui capaz de evitarlo.

—¿Está seguro de su decisión, señor Ayala?

—No es una decisión, es lo que ha pasado —contesté con firmeza.

Llegaba muy tarde.

Volví a la realidad de un bofetón. Di dos pasos hacia delante y me coloqué a la búsqueda de un taxi con los dos agentes a mi espalda, insistiendo en mi mala decisión.

Yo sabía que no era una buena idea dejar a un acosador sin investigar, pero era una cuestión de prioridades.

Nunca lo entenderían.

Solo eran unos polis.

—Espero que no se arrepienta de esto, señor Ayala.

Y yo también, pensé.

Y yo también.

—Si cambia de idea, llámenos a este número —dijo mientras me daba una tarjeta y un taxi se paraba frente a nosotros.

Me guardé la tarjeta en el bolsillo y entré en el taxi.

Nunca pensé que realmente llegara a utilizarla.

No sabía lo equivocado que estaba en ese momento.

15

El hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana llevaba ya un par de días investigando ese nombre que tanto le extrañaba haber encontrado.

No disponía de demasiado margen.

Los tiempos eran muy claros en la empresa para la que trabajaba y no podía permitir que hubiera retrasos.

Una mujer y dos hombres salieron del edificio que el hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana estaba vigilando.

Uno de ellos tendría unos cuarenta años, el pelo negro y un ligero toque de condescendencia en sus movimientos.

Frente a este, un hombre mucho más mayor, con bigote canoso y poco pelo, le hablaba mientras el primero trataba de coger un taxi.

Y, a su lado, una mujer en la treintena, con el pelo pelirrojo y los ojos claros, los observaba a ambos desde la distancia.

Había dado con el nombre a vigilar y había salido de esa casa.

Tenía que subir a comprobar ciertas cosas.

Finalmente, un taxi paró frente al portal y el hombre entró sin dilación y lo que parecía mucha prisa mientras los otros dos esperaban y observaban con cierto resquemor.

¿Qué habría ocurrido?

Había muchas cocas que el hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana no comprendía.

Demasiadas.

Y esa sensación no le gustaba lo más mínimo.

En absoluto.

Se acercó con mucho sigilo para que no lo pudieran ver y trató de escuchar la conversación que mantenían el hombre mayor y la mujer pelirroja.

Ellos paseaban hacia lo que parecía ser su coche a paso lento, así que el hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana caminó tras su espalda.

—Volverá, ya verás —decía el hombre mientras se sacaba un cigarrillo y se lo encendía con un mechero con el logotipo del Real Madrid.

Ella no contestó, simplemente asintió con la cabeza antes de despedirse junto a un Toyota rojo.

El hombre se adentró y dijo adiós con la mano mientras ella seguía caminando.

El hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana no había sacado nada bueno por el momento. Tendría que regresar al apartamento ahora que no había nadie.

No tenía llave pero tampoco le hacía ninguna falta.

Aguardó a que subiera un vecino que venía de hacer la compra y la siguió hacia el interior. No cogió el ascensor, dejó paso a la señora con sus bolsas y encaminó las escaleras con saltitos de dos en dos.

Cuando llegó al piso de destino, extrajo una ganzúa y en menos de dos minutos estaba dentro. Por suerte, habían salido con prisa suficiente como para no haber cerrado la puerta con llave. Esa cerradura habría sido imposible de abrir sin hacer un destrozo y habría quedado patente su intervención.

Por suerte para él no se había dado el caso.

Si ese hombre siempre dejaba la puerta de esa manera, era más que lógico que le hubieran entrado durante los últimos días.

Ahora debía de comprender el motivo para que eso hubiera llegado a ocurrir.

Todavía le faltaba mucha información por recopilar para terminar de completar el puzzle.

El apartamento era espacioso y decorado de manera minimalista. Solo blanco y negro.

Con un gusto que dejaba patente que no lo había hecho él, sino que había pagado a alguien para que eligiera cada elemento tanto decorativo como funcional de la casa.

Una televisión de sesenta pulgadas se mantenía anclada a la pared tras un pequeño socavón iluminado frente a un sofá demasiado grande para un piso de una persona. Cuadros que parecían pintados por niños pero que valdrían una fortuna, decoraban el pasillo que daba a la habitación, donde esperaba una enorme cama deshecha.

El hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana fue haciendo fotografías de todo lo que iba viendo y encontrando, hasta que llegó al cuarto de baño.

Y ahí estaba.

Por fin había dado con algo.

Escrita sobre el espejo en rojo de pintalabios, estaba la palabra muerto, lo que implicaba una evidente amenaza hacia su persona.

Aunque para él todo lo que entraba provocaba más preguntas que respuestas.

Debía realizar más averiguaciones para llegar a alguna conclusión razonable. Realizó una fotografía al espejo, revisó los cajones y las pertenencias del propietario y tomó una muestra del espejo con la esperanza de sacar una huella dactilar, aunque podía hacerse una idea de la persona responsable de la amenaza.

Pronto lo confirmaría.

16

—Si llegas a esta dirección en menos de diez minutos, te doy cincuenta euros —dije mientras revisaba mi móvil. Tenía cinco llamadas perdidas.

—Hecho —contestó con brillo en la mirada el taxista, un joven con gafas y acné que ya estaría pensando en qué hacer con ese dinero extra.

Nada más las palabras salieron de su boca, pegó un acelerón que tiró todo mi cuerpo hacia detrás. Si la policía lo pillaba a esa velocidad, esos cincuenta euros se le iban a quedar muy cortos. Pero bueno, él sabría.

No paraba de mirar mi teléfono por si había alguna noticia con la conversación con esos polis en mi mente, dando vueltas. No parecían muy preocupados de que les hubiera mentido en la cara. De hecho, me habían dicho que si cambiaba de idea, los llamara.

Ojeé su tarjeta, decía inspector Sánchez.

De la mujer no sabía el nombre.

Era cierto que se había presentado, pero no me había quedado con él. Muchas cosas tenía ya en la cabeza. Al menos Cecilia no me había llamado todavía esa mañana, sería lo que me faltaba, la verdad.

El taxi corría a toda velocidad mientras yo ojeaba un móvil en el que parecía no haber nada.

Espera un momento.

No podía ser.

Sin red.

¿Cómo que sin red?

Revisé el teléfono hasta percatarme de que el problema era que no tenía tarjeta. Y sin tarjeta SIM no había ni WhatsApp, ni llamadas, ni nada de nada.

Vamos, que pasara lo que pasara en la reunión, no me habría enterado.

¿Cómo podía ser?, ¿Habría sido el intruso?

Si ese era el caso, su plan era mucho más profundo de lo que había imaginado. Lo que quería era joder mi operación empresarial, y eso implicaba un conocimiento mucho mayor de lo esperado acerca de mí y los míos.

Tenía que llegar cuanto antes a esa maldita reunión para asegurarme de que todo iba como tocaba.

La tarjeta no estaba por ningún lado. El muy cabrón se la había llevado o la había tirado por ahí y me había dejado totalmente incomunicado. Me sentía como en la maldita edad de piedra, sin ninguna forma de comunicación.

¡Joder, joder, joder, joder, joder, joder, joder!

Las fotos de mi amante a Cecilia podrían ser una putada aceptable.

El hecho de entrar en mi casa y dejar un mensaje amenazante en el espejo ya empezaba a tocarme la moral.

Pero tratar de joder una operación como la que tenía entre manos era ya algo imperdonable. Joder, hasta los cabrones, tenemos que ponernos límites.

Si no, todo se convierte en la ley de la selva.

El chaval siguió a toda velocidad, pilló la Gran Vía y se adentró en el centro por Plaza España, hacia Colón.

La verdad es que la reunión ya podía haber sido en un lugar menos transitado. Y más ahora, con todas las zonas peatonales que habían cerrado por todo el centro para que no entrara la gente en coche.

Era imposible circular.

Nos detuvimos detrás de un autobús que no avanzaba porque el semáforo estaba en intermitente y el de peatones en verde y no dejaban de pasar.

Y pasaban y pasaban y pasaban…

Ojeé el taxímetro, que iba por los diez euros, le solté un billete de cincuenta junto a uno de veinte y me lancé fuera del vehículo sin decir una palabra.

Las acciones contaban más que las palabras y no creía que fuera a tener problemas con mi falta de simpatía.

Tampoco me importaba.

Miré de nuevo mi móvil por obtusa inercia y comencé a correr hacia el despacho en el que se llevaría a cabo la reunión.

Debía haber empezado hacía solo quince minutos, así que, por muy mal que fuera, todavía había tiempo para darle la vuelta.

El edificio era antiguo y lujoso.

El propietario disponía de varios edificios en la ciudad que alquilaba a notarías y despachos de abogados. Nosotros estábamos más a las afueras, hacia la zona de puerto, rodeado de Startups y empresas jóvenes y tecnológicas; sin embargo, con determinados inversores la imagen era muy importante y alquilábamos un despacho para las reuniones. Esta era una de esas veces.

El portero me saludó con la mano mientras yo pasaba a medio trote y entraba en el ascensor.

Vale, vale, ya estaba.

Tenía que relajarme y dejar de sudar.

Llegué a la planta y entré directo en el baño para lavarme la cara y asearme un poco.

Al terminar, me dirigí hacia la sala de reuniones donde me deberían estar esperando todos mientras conversaban animadamente.

O eso creía yo, porque, al llegar, me percaté de que únicamente estaban Óscar y Luis, sentados sobre la mesa y los pies en una silla, mirando hacia el infinito.

No sabía cómo podía ser, pero llegaba tarde.

17

Justo siete días después de que dos de los socios de la empresa que quería comprar el edificio hiciera una oferta en firme, todos los vecinos se encontraban en la notaría.

Y todos ellos estaban dispuestos a firmar.

Al menos los presentes.

Porque uno de los pisos se había negado en rotundo, aconsejado por un pequeño empresario hostelero de setenta años.

—No me gusta, Sofía. No me fio de ellos, todos es mucha casualidad. Demasiada.

Habían sido sus palabras nada más, el director financiero terminó su oratoria y todos abandonaban el edificio.

Pero no fue lo último que dijo, no, señor.

Durante los días siguientes y por mucho que Antonio trató de convencerlo, su opinión no dejó de hacerse más y más fuerte. Hasta el punto de llegar a dónde él más temía.

—Si firmas, no te damos ni un euro, Sofía. No voy a dejar que vuelvas a cagarla.

Todos dirigieron la mirada hacia el abuelo de la familia.

Su propia mujer, sentada en su sillón, vestida con un pijama rosa de gatitos.

Su hija, de pie, con los brazos en jarra, llorando a moco tendido y con los nervios a flor de piel.

Y Antonio, vestido con el traje del trabajo, todavía con su maletín sobre las manos y un cabreo del demonio.

—¡Eso sí que no, joder!

Entonces todas las miradas pasaron del patriarca al futuro expatriado, con curiosidad y sorpresa.

—Fernando, vale que me responsabilices a mí de lo que pasó y de cómo la cagué. Vale que para salvar a tu hija y a mis hijos tenga que alejarme de mi familia. Vale que no solo la obligues a ella a divorciarse de mí, sino que también me fuerces a mí a rechazar la custodia compartida para ayudarles a ellos. Todo eso es de ser un pedazo de hijo de la gran puta, pero pase. Pero que ahora sigas, y sigas, y sigas, forzando la máquina. O todo el mundo hace todo lo que quieres, o no le das a tu hija tu puto dinero, ¿durante cuánto tiempo, eh?, ¿Con cuántas cosas más vas a volver con la misma mierda?, ¿o es esta tu excusa para tenernos a todos cogidos por los huevos?

El rostro de Fernando se encendió como el fuego ante un buen vaso de gasolina. Se levantó de su sillón y, con el dedo alzado, abrió la boca como si fuera a morder un enorme trozo de cerdo asado.

Sin embargo, la voz que se escuchó no fue la suya, sino que Sofía se le adelantó.

—Creo que mi padre tiene razón, Toni, yo tampoco me fio de ellos.

La mueca desencajada de Fernando se tornó en sonrisa.

—¿Qué?, ¿por qué? Sofía, yo solo quiero lo mejor para ti y los niños. Si no aceptamos la compra, nos quedaremos sin nada. No, sin nada, no, mucho peor, con una deuda del banco de más de doscientos mil euros. No podemos afrontar algo así, Sofía.

—No, tú no puedes afrontar algo así —intervino entonces Fernando con tono serio—. Yo le he dicho que no venda y, si me equivoco, seré yo quien lo pague. ¿A ti qué más te da si pago ochenta o doscientos mil euros, eh?, ¿en qué cambia eso a tu futura vida? Ve, lárgate a jugarte el dinero en alguna partida de póquer antes de que te despidan por inútil, ya no formas parte de esta familia.

Antonio permaneció un instante a la espera de que Sofía dijera algo, pero, al no darse el caso, recogió el maletín del suelo y caminó hacia la puerta. Ya no había mucho más que decir o que hacer allí.

Fernando tenía razón.

Ahora solo tenía que buscar la manera de ayudarles desde la lejanía.

Dar con el modo de aportar la mayor cantidad de dinero posible para Sofía y los niños.

Y ya tenía más o menos una idea clara de lo que debía de hacer para llevarlo a cabo.

Y lo primero de todo, sería firmar la venta igualmente.

Por un lado, tanto él como Sofía tenían la posibilidad de firmar uno en nombre del otro. Al menos por el momento.

Y todavía caminando hacia la puerta tenía claro que eso era lo que había que hacer.

Por mucho que su suegro se las diera de millonario, Antonio sabía que no era el caso. Era posible que pudiera hacer frente a los ochenta mil euros, uniendo toda la liquidez de la que disponía y vendiendo una gran cantidad de acciones. Pero también sabía que para alcanzar los más de doscientos mil euros que quedaban de hipoteca, no le quedaría otra que vender hasta su casa.

Y no lo podía permitir.

Cuando Antonio llegó al ascensor, este se abrió sin que él llegara a pulsar el botón. Dos sonrisas mayúsculas aparecieron tras sus puertas, junto a unos labios sellados con pegamento.

La hermana mayor de Sofía, más que partidaria de las ideas de su padre.

—Hola, enanos.

—Papá, papá —dijeron los dos casi a la vez—. ¿Te quedas a cenar?

Hacía demasiado que no se veían y ellos no eran capaces de comprender unos motivos que se escapaban por completo a su entendimiento.

—No, papá no puede quedarse —dijo su cuñada sin dejar que Antonio llegara a contestar.

No le iban a dejar ni eso.

—No, papá no puede quedarse —dijo esta vez él—. Pero nos veremos pronto.

La tristeza de Antonio se hizo si cabe mayor al ver la reacción de sus hijos.

Pero todavía fue peor, al ver la mueca de «ya veremos si os volvéis a ver» que llevaba la hermana de Sofía pintada en la cara.

Todavía con el corazón desolado, alcanzó la calle con las ideas cada vez más claras.

Y, una semana después, entraba en una notaría del centro con tres apellidos por nombre más que dispuesto a poner su firma en negro sobre blanco.

Saludó a sus todavía vecinos y se sentó en una salita de espera desde donde uno por uno irían, entrando a ver al notario. Las compras eran por piso y, por lo tanto, tenían que ser por separado.

Cuando llegó su turno, se levantó y se dirigió hacia donde lo conducía una mujer rubia y alta, con unos tacones todavía más altos.

La notaría era elegante y formal. Con todas las paredes de madera oscurecida, despachos acristalados a ambos lados del pasillo y una recepción con al menos cinco personas.

—Por aquí, señor Molina, por favor.

Justo después de esas palabras, la mujer abrió una puerta donde ya esperaban tres personas.

Los tres en la segunda parte de la treintena.

El primero y el único que se levantó a saludar fue Luis Gallardo, todavía recordaba su nombre.

—Buenas tardes, señor Molina, me alegro de que haya venido, ¿y su mujer? Tengo entendido que tenía ciertas reticencias con la venta.

—No ha venido, pero puedo firmar yo por los dos.

—Bueno, si es así, perfecto.

El segundo por la derecha era el que se había presentado como el director financiero de la compañía.

Y al tercero en discordia no lo conocía, pero lo miraba fijamente a los ojos sin decir palabra. No sabría decir la razón, pero algo le decía que era el que realmente estaba a mando de la situación.

—Siéntese, por favor.

Antonio obedeció y se sentó en la única silla que quedaba libre, que no era la que lideraba la mesa, que evidentemente sería para el notario.

A los pocos minutos apareció un hombre de más de sesenta años, con gafas, barba canosa y un traje caro pero feo como él solo. Este, un notario tartamudo, pese a lo irónico del hecho, fue leyendo la compraventa hasta que tanto los representantes de la compañía como Antonio hubieron firmado.

En ese momento, él se sintió bien consigo mismo, aunque la sonrisa del tercero de los tres empresarios parecía predecirle algo.

No sabría decir el qué.

Pero sí que sabía que no le iba a gustar.

18

—¿Dónde coño estabas? —preguntó Luis nada más entré por la puerta.

Era muy extraño que se atreviera a hablarme a mí de esa manera.

La reunión debía haber ido mal.

Muy mal.

—Cambiamos la hora a la que tú dijiste y vas y nos dejas plantados, joder Dani —añadió Óscar sin levantar la vista—. Se han ido todos. Nadie ha querido ni escucharnos.

Tardé un par de segundos en procesar la información recibida.

¿Cómo que la hora que había dicho yo?

—¿Cómo que la hora que he dicho yo?, ¿cuándo? La hora me la dijiste tú ayer y yo he llegado quince minutos tarde porque han entrado en mi puta casa.

La cara de ambos fue un poema.

—¿Cómo que han entrado en tu casa, Dani?, ¿estás bien? —preguntó Luis antes de bajarse de encima de la mesa.

—Eso da igual ahora, contesta la pregunta, ¿cómo que la hora que yo he dicho?

—Ayer me mandaste un WhatsApp a media noche cambiando la hora, no sabes la que he liado para convencer a todo el mundo de que viniera antes con tan poco margen. Eso ya de entrada no ha ayudado nada, joder.

—Yo no te he mandado nada…

Comencé a decir cuando me percaté de la situación.

Quien hubiera entrado a mi casa había enviado ese mensaje y también me había quitado la tarjeta.

—Claro que sí, mira, y luego encima ni me contestas. Me dices a las tantas de la noche que cambie la hora y pasas de mí, y luego no coges el teléfono ni apareces por aquí.

Di dos pasos y me senté en una silla mientras Luis ponía frente a mis ojos un mensaje en el que, efectivamente, yo adelantaba la hora de la reunión.

—Hay alguien que quiere joderme —dije sin más—. Pensaba que sería solo alguien despechado pero no, es algo más y está yendo demasiado lejos.

—¿De qué hablas?

—Yo no te escribí eso ni he cambiado la hora. Alguien entró en mi casa, te envió ese mensaje y quitó la tarjeta SIM para que no pudiera recibir ni tu contestación ni tus llamadas. Querían joder la operación deliberadamente. Y no solo eso, también dejó fotos de mi amante en mi ordenador para que Cecilia las viera. Y, evidentemente, fue quien filtró nuestros datos a los inversores.

—Joder, Dani, es que no sabes lo que ha sido esto. Tienen conversaciones nuestras, tienen datos, lo tienen todo. Estamos jodidos. No sé ni siquiera si tú hubieras podido hacer algo.

Sentía que el alma se me caía a los pies. No entendía quién era pero me estaba jodiendo la vida, pero bien.

—Pero, ¿quién podría estar haciéndonos esto? —preguntó Óscar, todavía con el culo pegado a la mesa.

—He tratado de rebuscar en nuestro pasado los nombres más probables y finalmente he dado con uno, pero no sé si esto es demasiado. Ese hombre no es nadie. Un simple palurdo que lo perdió todo por una mala venta.

—¿De quién hablas?, ¿qué operación?

—El edificio que compramos en el centro —dije antes de limpiar mi frente de sudor. Por el enorme ventanal podía observar la calle principal de la capital del Turia.

—Te refieres al edificio en el que fingimos un problema estructural y lo compramos por dos duros, para después venderlo por cinco veces su valor porque sabíamos que se iba a construir un hotel, ¿es ese?

—Sí, y no me mires así, ganamos una puta burrada con esa operación.

—Y jodimos a mucha gente también. Pero tiene razón Dani, nadie de esas familias sería capaz de esto. Por voluntad es posible, pero ¿de verdad crees que sería alguien capaz de llegar a tanto?

—¿Recuerdas lo que dijo ese hombre? —pregunté, muy serio.

—Dijo muchas cosas, Dani, y ninguna de ellas bonita.

—Dijo que mi familia moriría poco a poco. Que me destrozaría la vida desde dentro y que yo sería el culpable.

—Bueno, ya, pero son cosas que se dicen, ese hombre se acababa de quedar sin casa, porque además la hipoteca que se le quedó era más alta que el valor que le pagamos. Es normal que estuviera cabreado.

—Si alguien vende su casa por menos precio que su hipoteca se merece lo que le pase, por inútil —añadió Óscar.

—¿Y si lo de mi padre no fue un infarto? —dije de pronto. Lo había estado rumiando durante las últimas horas, pero cada vez se hacía más real—. ¿Y si ese cabrón lo mató e hizo que lo pareciera?

—No puedes estar hablando en serio.

—No paran de pasarme cosas, una detrás de otra, y todo empezó con la maldita llamada de mi hermana, donde me contaba lo de mi padre. Primero fue eso, luego las fotos, luego la reunión y, por último, entran en mi casa. Y ahora vemos que es evidente que al menos esas dos cosas están relacionadas. Alguien quiere joderme y ese palurdo sin casa es el principal sospechoso.

Nada más dije esas palabras, ambos me miraron como si estuviera loco, aunque, al mismo tiempo, sabían que podía estar en lo cierto.

Yo me equivocaba muy pocas veces y ellos lo sabían.

—¿Y qué hacemos?, ¿lo buscamos? —preguntó Óscar dando un saltito desde encima de la mesa hasta el suelo.

—Claro que sí, y le reventamos a hostias, no te jode. ¿Has perdido la cabeza? —preguntó Luis a modo de respuesta.

—Esta mañana han venido dos inspectores de policía a mi casa por la intrusión. Me han dicho que si sabía algo nuevo los llamara.

—Vale, perfecto, pues llámales y les ponemos el vídeo, van a flipar con ese colgao.

—¿El video? —preguntó Luis con el ceño fruncido—, ¿qué video?

—Después de saber que sabían que les habíamos jodido bien jodidos, nos aseguramos que cualquier amenaza quedara grabada por si acaso.

—¿Y por qué yo no sabía eso? —insistió.

—Tú te ocupas de tu trabajo y nosotros del nuestro. No siempre puede ser todo blanco, capullo. A veces toca mancharse las manos, y si no eres tú, pues tendré que ser yo.

—Repite eso y te parto la cara, imbécil.

—Callaos, los dos —dije un segundo antes de que ambos cerraran la boca al instante—. Que alguno de los dos me deje su teléfono, tengo que hacer una llamada.

19

No había pasado ni un solo día desde que Antonio había firmado la venta de la casa que compartía con Sofía, cuando su vida volvió a torcerse.

Y esta vez sin aparente solución.

Aunque claro, es la definición de irreversible.

Que no se puede revertir.

Era evidente que Sofía se enteraría tarde o temprano, pero estaba convencido de que al final le agradecería su acción. Al fin y al cabo, lo único que había hecho había sido ahorrarle un dineral a su padre.

El plan de Antonio pasaba porque cogieran ese dinero, pagaran la hipoteca y con el dinero que él iba a proporcionarles por su seguro de vida, tuvieran un futuro despreocupado.

Sin embargo, los gritos provenientes del exterior de su oficina adelantaban que eso no iba a llegar a ocurrir.

—¿Dónde está?, ¿Dónde está Antonio? —preguntaba alguien a voz en grito.

Sentado frente a su pantalla de ordenador y al teléfono con un cliente, Antonio cortó la llamada con una disculpa y se dirigió hacia el pasillo. Junto a la entrada, en pie frente al chico de recepción, su todavía suegro soltaba improperios acerca de su persona con una cabizbaja Sofía a su espalda.

—¿Pero qué es esto? —preguntó su jefe saliendo del despacho.

—¿Dónde está Antonio? —repitió.

—Este no es lugar para montar una escena, no sé quién es usted ni me importa, pero si quiere dar con él, le llama y se van a discutir a otro lugar.

—Estoy aquí —dijo Antonio una vez había salido al pasillo y se acercaba a su suegro.

El director comercial se volvió hacia él con una vena al borde del colapso.

—¡Largaros de aquí, ya! Hay clientes.

Antonio iba a asentir, pero su suegro no se lo permitió.

—Tú, pedazo de idiota. Imbécil consumado, ¿qué has hecho? Eh, ¿qué cojones has hecho?

Antonio se esperaba una reacción regular por parte de su suegro, pero en absoluto algo ni remotamente parecido.

—Yo…

—Tú la has cagado, pero bien. Te has lucido, anormal. Que eres un anormal.

Su suegro seguía soltando todos los insultos que le pasaban por la cabeza, mientras que Sofía observaba el suelo con los brazos cruzados a su espalda y su jefe trataba de restar importancia al asunto con todos los ojos curiosos que había a su alrededor.

—Has firmado la venta en nombre de Sofía —evidenció con pesadez.

—Fernando, este no es el sitio ni el momento, pero sí, he firmado yo. Entre que le tengas que dar ochenta mil euros o sean más de trescientos mil, he preferido la primera opción. Siento haberte ahorrado tanto dinero.

—¿Que sientes…?, ¿qué sientes…? Mira…

Después de su última palabra respiró profundamente para tratar de calmarse.

—Lo que has hecho es vender un piso que vale casi medio millón de euros por menos de la mitad.

—Te olvidas de que el edificio está infestado de termitas y que hay que reconstruirlo por completo.

—No, Antonio, no.

—¿Cómo que no?

—Te dije que no me fiaba de ellos. Había algo que no me gustaba en esos hombres y en lo rápido que había ido todo. ¿Qué casualmente había pasado por ahí una empresa que quería comprarlo? Y una mierda.

—¿Qué quieres decir?

—Que era todo mentira, estúpido. Que el edificio está en perfectas condiciones y acaban de compraros las casas por una miseria. Que ellos mismos son los que han falseado el estado del edificio y que ahora se van a forrar a vuestra costa. Bueno, a la nuestra, gracias a ti.

La información recalaba en Antonio y se adentraba en su cuerpo como un fuego ardiente.

—¿Cómo puedes saber eso?

—He hablado con un amigo en el ayuntamiento y una inmensa empresa hotelera quería comprar el edificio a un precio de oro. Esos cabrones se enteraron y, sin meter un solo euro, solo van a comprar y a vender y a ganar millones como intermediarios. Un dinero que podía haber sido para vosotros, ya que podían haber pagado hasta un millón por piso. Y ahora la diferencia se la quedarán otros. Y todo por tu culpa.

—Pero todos los vecinos…

—Todos son una panda de idiotas, pero yo a ti te dije que no lo hicieras, y tú vas y lo haces y encima con la firma de mi hija. Eres una maldita lacra, Antonio. No quiero volver a verte ni saber de ti, jamás. Y no vuelvas a acercarte ni a mi hija ni a mis nietos en tu maldita vida. Al menos todo esto tiene un lado bueno y es que ahora podemos deshacernos de ti para los restos.

20

No fue hasta el tercer tono de llamada cuando una voz sonó al otro lado de la línea. Esperaba la rasgada y espesa voz del inspector bigotudo. Pero, para mi sorpresa, quien contestó a mi llamaba debía de ser su compañera, la pelirroja treintañera. Su voz era suave y ligeramente aguda.

—Inspectora Larson, dígame.

Larson, eso era. Lo había olvidado por completo.

Y eso que no era un apellido precisamente común.

—Soy Daniel Ayala, os he llamado esta mañana porque habían entrado en mi casa.

—¿Y ha cambiado de parecer respecto a su denuncia? Ya le dijimos que el momento de hacerlo era hace una hora y que, si hacía oídos sordos, tendría que enfrentarse a las consecuencias.

—Creo que conozco al intruso —dije con contundencia.

—¿Tiene alguna prueba?

—Por el momento no, pero hay algo que deberíais de ver. La misma persona que entró en mi casa, robó mi tarjeta SIM después de cambiar la hora de la reunión a la que debía acudir.

—Es alguien conocido, entonces —dijo antes de que se escuchara un susurro, como si estuviera comentando algo con su compañero—. Bien, quedamos en su casa en una hora, no llegue tarde.

—Bien.

La llamada fue corta y concisa, como a mi me gusta.

—¿Tienes tú el vídeo? —pregunté en dirección a Óscar.

—Sí, en un disco duro, en la oficina, dentro de la caja de seguridad.

—Pues ve a por él y nos vemos en mi casa.

Asintió y, sin decir una sola palabra, salió de la sala de reuniones.

Luis se quedó mirándome un instante, como diciendo: ¿en qué lío nos hemos metido?, pero no dijo nada. Una vez la situación con los inversores había pasado, su valentía puntual se había desvanecido a la misma velocidad a la que había llegado.

—Cuéntame qué ha pasado con los inversores.

Luis se sentó de nuevo sobre la mesa y bajó la mirada.

—Alguien les ha hablado del riesgo de nuestro contrato. Yo les hablé de todos los beneficios, pero nunca de lo que pasaría si algo fuera mal. Bien, pues les han enviado un caso concreto de una operación que fue mal.

—La del sur…

—Sí, ya habían metido el dinero y aportado los terrenos y el ayuntamiento al final no nos dio la licencia. Nosotros no habíamos metido ni un euro, pero muchos de ellos perdieron millones.

Estábamos cubiertos porque en toda operación hay cierto riesgo a asumir, pero claro, que nosotros no perdiéramos, nada no ayudó a que estuvieran contentos.

—Las denuncias no llegaron a nada.

—No, de cara a la ley no, pero nuestros mensajes prometiendo el oro y el moro y que después todo se fuera a la mierda no han ayudado esta mañana. Nadie va a poner ni un céntimo. Ni tampoco a ceder los terrenos, la operación está muerta, Dani.

Yo no era un idiota, todo lo que acababa de decir Luis lo tenía claro como el agua; sin embargo, el momento de decirlo en voz alta lo hizo todo mucho más real.

Sentí que el pecho se me contraía y no podía respirar, pero no podía permitir que Luis me viera en ese estado. Debía salir de ahí cuanto antes.

—Tengo que ir al baño —dije, antes de salir cagando leches en dirección a los lavabos.

Al llegar, comprobé que no había nadie y me dirigí hacia los grifos para lavarme la cara. Sentí que el cuerpo me pesaba y que perdía el equilibrio.

Mi corazón se contrajo como si lo apretaran con fuerza y los pulmones no podían coger aire.

Me ahogaba sin entender qué era lo que me ocurría.

Jamás había sentido nada parecido a la ansiedad.

Una cosa era el estrés que todo empresario siente cada maldito día de su vida y otra muy diferente era eso.

Normalmente, todo el estrés se me iba al estómago. Era comenzar una operación y no cagaba en semanas.

Pero esto…

Agarré el grifo para no perder el equilibrio y traté de coger aire mientras sentía que me desmayaba. Caí sobre el agua —o al menos lo que esperaba que fuera agua— que inundaba el espacio colindante de los grifos y comencé a sollozar sin dejar de tratar de coger aire por la boca.

Un horror.

Cuando desperté, me encontré con Luis y dos desconocidos que trataban de reanimarme.

¡Lo que me faltaba!

—¡Dani, Dani! —gritaba el muy imbécil.

Sí, que se entere todo el edificio.

Notaba que balbuceaba, pero mi cerebro ya comenzaba a funcionar. Aparté a uno de ellos con la mano y puse la otra sobre las baldosas para levantarme.

—No, no te levantes todavía, hemos llamado a una ambulancia.

¡Y una mierda!

Negué con la cabeza, aunque debo de admitir que no creo que resultara demasiado creíble visto desde fuera. En mi interior era un gesto autoritario… pero desde los ojos de Luis más bien debió de parecerse a un borracho que pide la última copa una noche de sábado.

—No… —farfullé—, nada de ambulancia…

—Pero Dani, has perdido el conocimiento, tienen que hacerte pruebas.

—Esto tiene pinta de un ataque de ansiedad, clarísimo —dijo una voz que no conocía, sería uno de los otros dos presentes—. ¿Ha pasado algo que pudiera provocarlo?

Si tú supieras…

—Sí, acabamos de perder una operación superimportante ahora mismo. Sí, es muy posible que haya sido el detonante.

¿De veras ese capullo le había contado eso a un maldito desconocido?

No, a un desconocido no, era alguien que trabajaba en las oficinas propiedad de uno de nuestros inversores.

¡Yo lo mato!

De hecho, mi instinto homicida ocasional me dio las fuerzas para decir por primera vez algo entendible.

—Calla la puta boca y levántame.

Me ayudaron a levantarme entre los tres y me observaron atentamente mientras me lavaba la cara. Les dije que estaba bien, que no pasaba nada, que haría meditación y no sé cuántas mierdas más hasta que se fueron y me dejaron a solas con Luis.

Cuando trató de decirme algo sobre un hospital, le di un puñetazo en toda la cara por imbécil.

Ahí ya me sentí mucho mejor.

21

Con las últimas palabras de su suegro todavía golpeando en sus entrañas, Antonio observó cómo su todavía mujer salía de su oficina sin dirigirle una sola palabra.

Si ya era evidente que su vida había terminado, todo lo recientemente acontecido acababa de confirmarlo.

Por esa razón tampoco le importó en exceso cuando su jefe dijo:

—¡Molina, a mi despacho, ya!

Ni tampoco le afectó demasiado cuando añadió, con la mano masajeando su frente:

—Esto ya ha sido el colmo, Antonio. No tengo ni idea de lo que ha pasado ahí fuera, pero ya no importa. Te di una oportunidad y tu rendimiento no solo no ha mejorado, sino que ha ido todavía a peor. Y después del numerito de ahí fuera, ya no puedo hacer nada por ti.

Antonio alzó la mirada hacia el que había sido sin lugar a dudas el mejor jefe que había tenido en toda su vida.

—Gracias por todo, sé que no te lo he puesto fácil.

La aceptación tan rápida de Antonio pilló a su jefe por sorpresa. Acostumbrado como lo estaba a los ruegos, súplicas o amenazas que siempre escuchaba cuando se encontraba en una situación similar.

—Lo siento mucho, Antonio, de verdad.

—Lo sé.

Dicho esto, Antonio abandonó el despacho de su ex jefe, recogió sus cosas, y se marchó directo hacia la casa que ya no era su casa.

Estaba enfadado.

No.

Estaba muy enfadado.

Y hundido.

Roto.

Destrozado.

Pero sereno.

Cuando no tiene nada que perder, una persona se vuelve peligrosa.

Y de la noche a la mañana, Antonio ya no tenía nada que perder.

Cuando llegó no había nadie.

Era lógico, no lo había pensado con la calma necesaria, pero ¿qué pensaba encontrar? Ya ninguno de los vecinos era propietario de ninguna de esas casas, así que como mucho podría encontrarse con unas obras que realmente no iban a llegar.

Sacó su teléfono y llamó a los pocos vecinos de los que tenía el contacto. No les contó demasiado, únicamente lo suficiente como para que todos ellos quedaran con él en una cafetería

cerca de la playa.

—Vale, di lo que tengas que decir —dijo uno de sus antiguos vecinos. Un hombre joven que había heredado la casa de sus padres.

—Os he hecho venir porque he averiguado algo acerca de la empresa que nos ha comprado nuestras casas.

—¿Algo más aparte del hecho de que ya nos ha pagado lo acordado? —preguntó entonces el presidente de la comunidad visiblemente nervioso.

—Sí, Juan, algo aparte de eso.

Antonio sentía la mirada de sus antiguos vecinos. Tres mujeres y dos hombres, entre ellos el mentado presidente.

Y entonces habló.

Narró palabra por palabra todo lo que le había contado su suegro. Cómo habían falseado las pruebas para comprar a un precio ridículo e, inmediatamente, venderlo a una enorme empresa hotelera por varias veces su valor.

Las caras de todos eran un auténtico poema.

Entre enfados, insultos y sollozos, terminaron con la narración.

—Tenemos que hacer algo —dijo entonces el joven vecino llamado Pedro.

—¿Algo como qué? —contestó el presidente. Ya hemos firmado, no hay nada que podamos hacer.

—Yo voy a ir a verlos.

—¿Verlos para qué? No vas a conseguir nada.

—Al menos deben saber que lo sabemos.

—Eso es absurdo. ¿Vas a ir a decirles que sabemos que nos están robando pero que no podemos hacer nada?

—Hay que llamar a un abogado —dijo entonces María, una de las vecinas que más tiempo había vivido en el edificio. Madre viuda de dos hijos adolescentes.

—Puedes probar, si quieres, pero no tenemos ninguna prueba. De cara a la ley, hemos vendido por voluntad propia, y siempre pueden decir que el técnico se equivocó.

—Eso es —intervino el presidente—. No hay ninguna prueba ni tenemos evidencias de que el técnico y la empresa se conocieran.

—Eso es cierto, pero, fuiste tú quien trajo al técnico a hacer esa inspección, ¿de dónde lo sacaste, juan? —preguntó Pedro, inquisitivo.

—Bueno, yo… O sea, busqué en internet.

—En internet, ¿dónde?

—Pues busqué técnicos de edificios, claro.

—Maldito mentiroso, tú lo sabías. Ellos fueron a ti para que nos la colaras pero bien —acusó Pedro, levantándose y acercándose al señor presidente de la comunidad.

—No, o sea, a ver, ellos vinieron e iban a hacerlo igualmente.

—No hubieran podido hacerlo si nos lo hubieras contado, cabrón.

—Eres un cretino.

—¿Cómo pudiste?

Todos los vecinos lo increpaban mientras Antonio guardaba silencio.

—Eso es que te han untado, pero bien, eh. A nosotros nos han pagado una mierda, pero a ti, ¿cuánto te han pagado?

—Es suficiente —dijo Antonio—. Podéis hacer o decir lo que queráis, pero, tanto esta rata de aquí, como esos estafadores, nos tienen cogidos y bien cogidos.

—¿Y qué hacemos?

—Vosotros no lo sé, pero yo voy a hablar con esos cabrones.

22

Media hora después de soltarle el hostión a uno de mis socios, ambos nos dirigíamos en su coche hacia mi casa.

Los dos nacionales llegarían de un momento a otro y no quería retrasarme.

Ya llevaba suficientes retrasos por un solo día.

Luis no había querido, o más bien, no se había atrevido, a decir una sola palabra durante el trayecto. Yo lo agradecía. No quería escuchar nada que no fuera lo que opinaban esos dos polis del vídeo que iban a ver y saber qué demonios harían al respecto.

Esto ya se había convertido en algo personal.

Si ese cabrón me había jodido la vida, yo se la iba a joder a él, pero bien.

Cuando pasamos con el coche, los dos ya me estaban esperando en el portal de mi apartamento mientras conversaban.

Óscar parecía no haber llegado todavía. Le dije a Luis que me dejara allí y que se fuera a buscar aparcamiento, y lo hizo sin rechistar.

—Hola de nuevo, señor Ayala, veo que ha cambiado de opinión respecto a la denuncia.

—No he tenido más remedio, visto lo visto, si vamos dentro, os lo cuento.

—Le seguimos —dijo el más mayor antes de dar un paso y seguirme hacia el interior del portal.

Cuando llegamos no les ofrecí nada de beber. Faltaría más. Me senté en el sofá y esperé a que cogieran dos sillas y se colocaran frente a mí. Bueno, eso hizo el del bigote de morsa. Su compañera pelirroja permaneció en pie con los brazos en jarra y los ojos puestos sobre mí.

—Muy bien, ¿ahora va a prestar declaración? Cuéntenos qué es lo que ha pasado esta mañana.

—No solo es esta mañana, es desde hace unos días. Pero lo que importa es…

—Todo importa.

Yo sabía que sí, pero también que había cosas más importantes que otras.

Y decirle a esta gente que tenía una amante no era una de esas cosas.

—Ayer por la noche entró alguien en mi apartamento cuando estaba yo dentro. Antes de que digáis nada, sí, podría haberme ido, podría haber llamado a la policía. Podía haber hecho muchas cosas pero no las hice. Cogí un flexo de metal y me fui a la cama. Cuando me he despertado esta mañana no había nadie ni había ocurrido nada más. O al menos, eso pensaba yo, porque cuando he salido de la ducha habían escrito eso en el cristal y ahí es cuando os he llamado.

—Eso es lo mismo que nos ha contado esta mañana, señor Ayala.

—Sí, la diferencia está en lo que ha ocurrido después. A ver, yo no soy una persona demasiado simpática.

—No me diga —intervino el inspector con cierto sarcasmo, lo que sacó una sonrisa a su compañera.

—Y… —le corté—, por lo tanto, puede haber gente que no esté contenta conmigo. Por lo que algo tan infantil como esto… pues bueno… podría llegar a pasar.

—Que entren en su casa no es ninguna tontería, señor Ayala —dijo la pelirroja mientras cruzaba los brazos por encima del pecho—. Ni nada que se pueda considerar infantil.

—Bueno, a lo que iba, que quien haya hecho esto, no solo ha entrado en mi casa; lo que ese cabrón ha hecho ha sido joderme una operación empresarial enorme.

Ambos policías permanecieron impasibles a mi explicación, esperando a que continuara.

—Cuando entraron ayer por la noche, enviaron un mensaje cambiando la hora de la reunión, y esta mañana, cuando han vuelto a entrar, me han quitado la tarjeta SIM para que no pudiera enterarme de nada y llegara tarde. Me han jodido la operación y eso solo puede ser alguien que sepa de esto. La mayoría no tendría ni idea ni de cómo empezar.

—Bien, cuando hablamos por teléfono, me comentó que tenía idea de quién podía ser, ¿por qué lo cree?

Antes de que llegara a contestar, sonó el timbre de mi apartamento.

—Porque hay un hombre que amenazó directamente con destruirme.

—Eso no es una prueba como tal, señor Ayala —intervino la pelirroja—. Además, si dice que le quitaron la tarjeta SIM esta mañana, ¿cómo nos llamó a nosotros desde el cuarto de baño?

Mientras abría la puerta, mi cerebro explosionó.

¿Cómo demonios no lo había pensado yo antes?

Era cierto, no podía haber llamado a la policía si ya hubieran quitado la SIM de mi móvil. Aunque, al mismo tiempo, en el taxi era evidente que ya no la tenía. Era imposible, no había habido margen desde que me he despedido de la policía hasta entrar al taxi, ¿cómo demonios lo habían hecho? Y, lo peor de todo, ¿para qué habían entrado dos veces en mi apartamento?, ¿Solo para asustarme? Era absurdo. Debía haber una explicación que…

—Señor Ayala, no me ha contestado —me devolvió a la realidad la mujer.

—Es cierto, eso no tiene sentido, pero en el taxi… —balbuceé mientras la puerta se abría y aparecía Óscar, seguido de Luis.

—Ya estamos aquí, pero bueno… —dijo el primero, poniendo sus ojos sobre la policía pelirroja—. ¿Qué tenemos aquí?

—¿Tienes el vídeo? —pregunté, necesitaba pensar y debía tener tiempo para ello.

—Aquí lo tienes.

—Pónselo mientras voy al baño.

—Sí, señor.

Nada más entré en el lavabo, el escrito en pintalabios rojo regresó a mí de un guantazo.

¿Qué es lo que quieres de mí, malnacido?

¿Y cómo estás jugando con mi raciocinio?

23

Antonio, dejando atrás al presidente de la comunidad, se adentró en uno de los enormes edificios de la Marina de Valencia en compañía de los otros cuatro vecinos.

El mentado presidente, una vez había salido a la luz su trato preferencial, que implicaba un precioso chalet en la sierra, había puesto pies en polvorosa y había desaparecido de sus vistas a la primera ocasión.

—Queremos hablar con los directivos de… ¿Cómo se llamaba la empresa? —empezó a decir Pedro una vez llegaron hasta una recepción que parecía trabajar para todas las empresas que estaban ubicadas en el edificio.

—Inversiones Inmobiliarias S.L. —contestó Antonio, serio.

—Eso, Inversiones Inmobiliarias SL.

—Muy bien, denme sus DNI y díganme con quién de todos de ellos desean hablar.

—Me da igual, cualquiera de ellos estará…

—Con Daniel Ayala —dijo entonces Antonio.

No quería hablar con intermediarios, lo que tenía que decir debía ir dirigido a la cabeza pensante de toda la estafa.

—Muy bien, pueden esperar ahí mismo —dijo señalando unos asientos blancos difícilmente cómodos que se miraban de a dos.

A los muchos minutos —setenta y dos, para ser más exactos— la chica de la recepción se disculpó por el tiempo de espera y los acompañó a través de interminables pasillos con vistas directas al puerto y a un interminable mar que terminaba en el infinito.

A diferencia de la sala donde les habían dado las malas nuevas del precio que les ofrecían por piso, esta vez era amplia y espaciosa. Una enorme habitación con un precioso escritorio que daba a una enorme cristalera.

Tras el escritorio, Daniel les miraba con suficiencia. Mientras que el director financiero, el tal Óscar, con los brazos en jarra y una sonrisa, aguardaba medio apoyado sobre la mesa.

—¡Eres un cabrón! —dijo Pedro nada más entrar por la puerta.

—¿Cómo has podido hacernos esto? —dijo una de las convecinas de Antonio.

—No sé a qué os estáis refiriendo, vuestro edificio se caía a pedazos y os hice una oferta justa, de hecho, creo recordar que me lo agradecisteis enormemente —contestó Daniel desde detrás de su escritorio con pasmosa tranquilidad.

Daba la sensación de que la barrera imaginaria que era ese trozo de madera, le otorgaba cierto grado de protección.

—Al edificio no le pasa nada, la empresa que hizo la inspección, mintió.

Entonces Óscar bajó los pies al suelo, se metió las manos en los bolsillos y dijo:

—¿Mintió o se equivocó?

—Vosotros la contratasteis para que mintiera y quedaros con nuestras casas por un precio ridículo.

—Mucho cuidado con lo que dices, esa es una acusación muy grave y más vale que tengáis pruebas —zanjó Óscar.

—Bueno… no, pero…

—Pero nada, estabais en una situación delicada y nosotros os ayudamos, si ahora va y resulta que el edificio está en perfecto estado, pues, es una suerte para nosotros. El universo ha premiado nuestra buena voluntad.

En ese momento y para mostrar la evidente desesperación con la que vivían todos ellos, una de las vecinas de Antonio se echó al suelo a llorar, desconsolada.

—Nos vamos a la calle, sin nada —farfulló.

—Sin nada, no, tenéis todos vosotros un cheque por un valor decente de vuestras viviendas, hay gente mucho peor. Comprad una casa en otro sitio y a vivir.

—No hay casas en el barrio ni por el doble de ese valor —dijo Pedro, pasando del enfado a una humillante aceptación.

—El mundo no se acaba en el barrio, de hecho, no se acaba ni en la ciudad. Hay muchos pueblos con un encanto especial —intervino Óscar de nuevo.

Antonio ya había escuchado suficiente.

Esos cabrones le habían jodido la vida.

Había perdido su casa.

Su trabajo.

Su familia.

Y se lo iban a pagar.

Se lo iban a pagar muy caro.

24

El agua comenzó a resbalar por mi rostro, como cuando un río alcanza una catarata y se desliza por las rocas.

Mis ojos, rojos como en una noche de desenfreno durante los años noventa en la costa mediterránea, me observaban con desesperación.

Mi cerebro, a punto de explotar, solo quería pillar a ese malnacido para comprender sus movimientos.

Esto ya no era una venganza, era una maldita partida de ajedrez.

Y, como en cualquier cosa que yo hacía en la vida.

Yo nunca perdía.

Cuando regresé al salón, percibí la mirada de todos los presentes. Luis lo hacía con miedo, el puñetazo que le había propinado tras mi ataque de ansiedad tardaría en olvidarse.

Óscar con cierta preocupación.

Yo no era de los que perdían la calma.

En absoluto.

El terror que podía llegar a provocar nacía de una tranquilidad pasmosa, que volvía loco a cualquiera.

Y los dos policías lo hacían con desconfianza.

No podía juzgarlos por ello.

Aunque lo hicieron por poco tiempo, pues no tardaron en virar la vista hacia la pantalla del ordenador que había plantado Óscar frente a ellos.

Una grabación en blanco y negro permitía la vista de una reunión en una sala pequeña y lúgubre. Recordaba la situación a la perfección.

Fue uno de mis golpes maestros.

Brillante como pocos, aunque debo admitir que de los más mezquinos.

Pero rentable.

Y eso era lo más importante.

Cuando se quiere presentar una oportunidad de negocio, se debe pensar a la grande.

Alquilar un enorme despacho en el centro, con maderas caras y muebles de diseño.

Hombres y mujeres trajeados que corren de un lado para otro y facturan cientos de euros la hora.

Sin embargo, cuando se quiere dar una mala noticia, se hace en un lugar como ese, que evoque desesperación.

Había unas veinte personas en el interior de la sala, todas ellas apiladas en incómodas sillas de plástico, algunas de ellas medio rotas por los lados. Al otro lado estaban Luis y Óscar, contando la situación.

Después de que todos ellos entendieran lo que implicaban sus palabras, lo agradecieron enormemente. El edificio en el que vivían se caía a pedazos y nosotros los íbamos a salvar. No íbamos a pagar el precio completo de sus casas; era lógico, pues el dinero que debíamos invertir a posteriori era enorme, o eso les dijimos. Por lo tanto, todos ellos debían aceptar un precio muy por debajo de mercado, pero que, si no lo hacían, se quedarían sin nada.

Entre lloros y sollozos, todos ellos, sin excepción, aceptaron la oferta que Luis les formuló y se les instó a que se lo pensaran durante una semana.

Hasta ahí todo bien.

—Ese no es el vídeo que buscamos —dije.

—Pero en este vídeo…

—En este saben el problema, pero la reacción vino varios días después —insistí, cortante y expectante por partes iguales.

Recuerdo bien lo que pasó después.

—Es cierto, esperad —dijo Óscar antes de cerrar el reproductor y buscar uno con una fecha posterior—. Creo que es este.

La sala esta vez era amplia y espaciosa; de hecho, era uno de nuestros despachos en la Marina de Valencia, con el mar de fondo tras una enorme cristalera iluminada por el sol.

En el interior estaba yo, sí, todos los días se graba absolutamente todo lo que hago y digo, por protección, aunque solo yo tenga acceso al contenido. Bueno, yo y Óscar, claro.

Dos hombres y tres mujeres irrumpieron en el despacho, cuatro de ellos a lágrima vida mientras gritaban improperios.

—¡Eres un cabrón! —decía uno.

—¿Cómo has podido hacernos esto? —decía una de las mujeres.

—No sé a qué os estáis refiriendo, vuestro edificio se caía y os hice una oferta justa, de hecho, creo recordar que me lo agradecisteis enormemente —contesté con pasmosa tranquilidad.

—Al edificio no le pasa nada, la empresa que hizo la inspección mintió.

—¿Mintió o se equivocó? —preguntó esta vez Óscar después de bajar los pies al suelo y despegar el culo de mi mesa.

—Vosotros la contratasteis para que mintiera y quedaros con nuestras casas por un precio ridículo.

—Mucho cuidado con lo que dices, esa es una acusación muy grave y más vale que tengáis pruebas —zanjó Óscar.

—Bueno… no, pero…

—Pero nada, estabais en una situación delicada y nosotros os ayudamos, si ahora va y resulta que el edificio está en perfecto estado, pues es una suerte para nosotros. El universo ha premiado nuestra buena voluntad.

La desfachatez de Óscar se me hacía incómoda hasta a mí. Una cosa era ser un cabrón y otra regodearte ante ello.

Una de las mujeres se echó al suelo a llorar, desconsolada.

—Nos vamos a la calle, sin nada.

—Sin nada, no, tenéis todos vosotros un cheque por un valor decente de vuestras viviendas; hay gente mucho peor. Comprad una casa en otro sitio y a vivir.

—No hay casas en el barrio ni por el doble de ese valor.

—El mundo no se acaba en el barrio, de hecho, no se acaba ni en la ciudad. Hay muchos pueblos con un encanto especial —intervino Óscar de nuevo.

En el vídeo no se veía pero le eché una mirada que decía que cerrara la puta boca. En la actualidad, en mi salón, Óscar parecía disfrutar con sus impertinencias; en cambio, era evidente que los dos inspectores no tenían especial simpatía por nosotros en ese momento. Incluso Luis, que de estas cosas se enteraba lo justo, parecía sorprenderse por las palabras de nuestro socio en común.

—Aquí solo veo un delito por su lado, señor Ayala —dijo la guapa pelirroja.

—No sea igual que esos memos, sin pruebas no hay delito —contestó Óscar.

—Siga mirando —dije sin apartar la vista de la pantalla.

Uno de los hombres de detrás empezó a reírse. Nada exagerado ni perturbador, simplemente una risa sutil y tonta, como cuando un chiste te hace gracia, sin ser desternillante.

Tragué saliva, tanto en el vídeo como en el interior de mi salón.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes?—peguntó el Óscar del vídeo.

—De vosotros dos.

Los otros presentes volvieron la vista, alucinados con la reacción de su otrora vecino.

—¿Y se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia?

—Cuando jodes a alguien, debes asegurarte de que lo haces hasta cierto punto, porque si te pasas, el problema pasa a ser tuyo.

Ambos nos miramos antes de devolver la mirada sobre ese hombre que nos observaba sin perder la sonrisa.

—Si a alguien que tiene dos casas la quitas una, pues bueno, está jodido, pero tiene algo que perder. Si le robas su coche, pues tiene una casa. Si le quitas a su mujer, igual tiene trabajo, o si le quitas el trabajo, igual tiene mujer, o casa. Pero si a alguien le quitas su casa y le dejas con una deuda de esa misma casa y, a la vez, su mujer se va porque se ha quedado sin casa y solo le queda el trabajo, está a un paso de no tener nada que perder. Y cuando alguien no tiene nada que perder, se vuelve muy peligroso. ¿Y te cuento un secreto? Yo no tengo nada que perder.

Recordaba la mirada de ese hombre como si hubiera sido ayer.

Habían pasado meses desde ese día y con el tiempo dejé de darle importancia.

Pero ahora, al verlo de nuevo, regresaba a mí de golpe.

—Tenéis dos opciones ahora mismo. Podéis devolverme mi casa y estamos en paz, o…

—¿O qué? —intervino Óscar nuevamente.

—O dedicaré el resto de mi vida de mierda a joderte —dijo, mirándome fijamente a mí. El muy cabrón sabía que, por mucho que Óscar fuera un bocazas, era yo quien estaba al mando y sus palabras iban dirigidas en mi dirección—. Me acercaré poco a poco y te iré destruyendo, provocando que lo pierdas todo. Tu familia morirá, tus amigos morirán y, solo cuando ya no tengas nada y estés en la más absoluta miseria, solo entonces será cuando acabe con tu sufrimiento y nos iremos juntos de la mano camino al infierno.

25

Después de escuchar las palabras amenazantes de ese hombre, en el interior de mi salón reinó el silencio.

La mirada del veterano de los inspectores se posó sobre la mía al tiempo en el que su compañera seguía conteniéndose para no decir algo así como: os lo tenéis merecido por cretinos.

—¿Por qué no me contasteis nada de esto? —preguntó Luis, ligeramente conmocionado.

—¿Y por qué no denunciaron la amenaza de ese hombre? —añadió el inspector Sánchez, ignorando por completo a mi socio.

—No le dimos más importancia…

—Y no querían mover la tierra después de haberles timado deliberadamente.

—Presuntamente —dijo Óscar con una sonrisa.

—Mire, señor…

—Álvarez.

—Álvarez, aquí no se está juzgando su evidente falta de escrúpulos, así que no me venga con gilipolleces. Ese hombre les amenazó porque ustedes le dejaron sin casa, punto —zanjó esta vez la pelirroja, que cada vez me parecía más atractiva.

—Y no querían que nada saliera a la luz, por lo que no denunciaron la amenaza.

—Me llegan muchas amenazas porque mi manera de trabajar es… digamos que lleva a ello. Y yo lo asumo. Pero esta es la primera vez que lo siento como real, su mirada me decía que no tenía nada que perder, y eso, como bien dice él mismo, es peligroso. Siempre que jodes a alguien, debes dejarlo con algo. Y esta vez no se dio el caso.

—Dani, no digas nada más —trató de decir Óscar.

—¡Cállate! —le corté antes de continuar—. Esperé un tiempo prudencial y no puedo decir que no estuviera asustado, de hecho, hasta mandé que lo siguieran.

—¿Que hizo qué? —preguntó la mujer.

—¿Que hiciste qué? —repitió Óscar—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo mandé seguir durante un par de semanas y no me pareció peligroso. Estaba en la mierda, sí, pero no hizo nada extraño, así que me olvidé.

—¿Y por qué piensas ahora en él?

Me quedé pensativo un instante.

Era consciente de que lo que iba a decir iba a sonar como una locura.

—Por mi padre —dije al fin.

—¿Su padre?, no entiendo la relación —dijo el más veterano de los dos inspectores de la ley mientras se rascaba la cabeza.

—Murió hace unos días de un infarto, y después de que entraran en mi casa, me jodieran la operación y …

—¿Y qué?

—Y dejaran fotografías comprometidas en mi ordenador —dije al fin, yo mismo me había metido en ese lío—. Pensé que igual su amenaza era real y había matado a mi padre.

—¿De qué índole eran exactamente esas fotografías, señor Ayala? —preguntó la mujer cuyo nombre no era capaz de recordar. Lo dijo con un tono de voz que no era capaz de dilucidar si era de interés o cierta perversión.

—Muy personal.

—Comprendo.

—¿Y de verdad cree que puede tener relación con la muerte de su madre?, ¿qué fue lo que le pasó? —preguntó el inspector Sánchez.

—Un infarto —contesté.

—¿Qué edad tenía?, ¿estaba enfermo?, ¿en buena forma?

—Tenía la edad y se cuidaba lo suficientemente poco como para que pudiera sufrir un infarto, pero ya has oído a ese hombre. Ha muerto justo antes de que empezara todo esto.

—Igual fue el desencadenante, se enteró y le pareció un buen momento para empezar a joderte. Aprovecha que la vida te da una hostia para darte dos más —opinó Óscar mientras posaba su mano en su mentón.

—Volvamos a lo de que siguió a ese hombre, señor Ayala, haga el favor —le cortó el inspector Sánchez.

Suspiré antes de contestar.

—Tras la amenaza, contraté a un investigador privado y lo siguió durante unas semanas hasta comprobar que no había nada que temer. Después de eso me olvidé de él hasta hoy.

—Lo investigaremos, necesitamos los datos de ese hombre, el vídeo y todo lo que tengan acerca de todos los estafados.

—Presuntos, estafados.

Óscar recibió las miradas reprobatorias de todos los presentes, incluido la mía.

A veces me encantaría reventar la cabeza a ese maldito imbécil contra la pared.

Ninguno de los dos inspectores se molestó en cambiar el término utilizado.

—Os los daremos. Óscar, dale el vídeo, ¿tienes los datos de ese hombre? Recuerdo que le di la información al investigador, pero ahora no recuerdo el nombre.

—Ese hombre lo amenaza como lo ha hecho en ese vídeo, contrata a un investigador para seguirlo y, ¿no recuerda su nombre?. Es usted un hombre extraño, señor Ayala.

—Por llamarlo de alguna forma —añadió su compañero con cara de asco.

—Tengo muchas cosas en la cabeza y ya me estoy cansando de tanto juicio. Estáis aquí para hacer vuestro trabajo, si soy o no un gilipollas no os importa.

—Muy bien —asintió el inspector Sánchez al tiempo en el que su compañera sonreía. Mientras tanto, Óscar extrajo la memoria USB del ordenador y la dejó sobre la mesa.

—Antonio Molina, ese era el nombre de ese hombre —dijo Óscar una vez había regresado junto a su ordenador y buscado durante unos segundos—. Puedo conocer la dirección en un momento, aquí está, se la he enviado a Dani.

—Yo la reenvío.

—Bien, lo investigaremos una vez haya realizado una denuncia en firme.

—Como quieran.

—Adelante, Lara, todo tuyo, mientras tanto, voy dando el parte a comisaría, quiero ver bien otra vez ese vídeo.

26

Después de que el hombre vestido con un traje de precio medio del Zara, apellidado Molina y con nombre Antonio, soltara las pertinentes amenazas a la persona culpable de todas sus desgracias —O, al menos, muchas de ellas—, salió del edificio y sin decir palabra, se largó caminando por la costa.

Tenía mucho en lo que pensar.

No había nada que decidir, ese tiempo había pasado hacía horas.

Lo que tenía que hacer era preparar sus movimientos.

Porque por mucho que ansiara venganza y que cada parte de su cuerpo le instara a cumplir sus palabras, lo más importante eran sus hijos.

Su seguridad financiera iba en cabeza en la lista y, para ello, lo primero sería que, una vez acabara con su vida, nadie dudara de que no había sido un suicidio.

Si existía la más mínima duda al respecto, la compañía de seguros haría todo lo posible para no soltar ni un céntimo.

Lo sabía muy bien.

Llevaba demasiados años trabajando para ellos, como para que no se diera el caso.

Podía fingir un accidente de coche. Estamparse de frente contra el coche de ese desgraciado y caminar de la mano hacia el infierno.

Lo descartó de inmediato. Demasiadas cosas podían salir mal en el transcurso.

Podía sobrevivir y quedar impedido, y de esa manera no solo no sería de ayuda para su familia, sino que se convertiría en un estorbo el resto de su vida.

Y lo peor de todo, ese desgraciado podría quedar con vida.

No, descartado.

Debía encontrar más y mejores opciones.

Pero, sobre todo, debía dejar pasar algo de tiempo.

Como el nombre de la película de spaghetti western del año 1971, dirigida por el director italiano Pasquale Squitieri y protagonizada por, entre otros, el famoso actor Klaus Kinski.

La venganza es un plato que se sirve frío.

Así que esperó.

Sin trabajo.

Sin familia.

Sin consuelo.

Solo con ira y tiempo.

Mucho tiempo.

Sabía, por lo que le había contado Pedro, que todavía no habían empezado las obras del edificio. De hecho, ni siquiera habían llegado a venderlo a la compañía de hoteles. Se planteó la

posibilidad de hablar con ellos y tirar de buena voluntad, aunque enseguida lo descartó.

No quería poner el foco en su persona antes de hacer todo lo que tenía que hacer.

Una noche, no serían ni las diez, salió a tirar la basura del pescado de su cena, cuando se percató de algo extraño.

Habían pasado apenas unos días desde la amenaza a Daniel Ayala y todavía no había llegado a diseñar un plan lo suficientemente bueno, cuando vio algo que no estaba donde debía.

Un coche rojo, aparcado a unos veinte metros de la habitación que había alquilado en un pueblo a las afueras.

Literalmente era todo lo que podía permitirse, con lo que tendría que pasar a su mujer por los niños todos los meses.

Y su nómina del paro tampoco es que fuera para tirar cohetes.

Ese coche llevaba allí toda la tarde, desde que había llegado cerca de las cinco.

Y no era residente.

Podría tratarse de alguien que visitaba a un familiar, aunque por alguna razón, Antonio lo dudaba.

Lo dudaba mucho.

Así que decidió comprobarlo por sí mismo.

Tiró la basura, regresó a la habitación y cogió las llaves de su coche.

Bajó de nuevo y se fue a dar una vuelta bajo las estrellas.

¡Y bingo!

Nada más subirse al coche y arrancar el motor, dos faros se prendieron en la distancia.

Fuera quien fuera el conductor de ese coche, lo estaba siguiendo.

¿Podrían saber lo que se proponía hacer?

Era más que probable.

A fin de cuentas, había amenazado directamente a su futura víctima delante de testigos.

La parte positiva era que el muy cabrón lo había tomado en serio.

Y hacía bien en hacerlo.

La mala era que ahora que debía esperar un tiempo prudencial antes de hacer ningún movimiento.

Lo aprovecharía para acudir al psicólogo. Entre otras cosas, antes de largarse al otro barrio, debía dejar patente que no tenía instintos suicidas.

Una de sus prioridades de mayor importancia era que nadie tuviera la menor duda acerca de su estabilidad mental.

27

Nada más el veterano inspector salió de mi comedor teléfono en mano, su compañera, la atractiva y joven pelirroja, se acercó a mí para observar mi teléfono.

Óscar me había enviado a mí la dirección del tal Antonio Molina de los cojones y necesitaba apuntar la información.

Nada más la sentí cerca, mi cuerpo reaccionó de forma inmediata.

Su olor era realmente alentador.

Y su respiración junto a mi mejilla provocó en mi un aumento en mi temperatura corporal.

—No tengo la dirección —informó apartándose de mi lado a voz en grito para que su compañero la escuchara desde el pasillo—. No tiene tarjeta, ¿recuerda?

—Yo se la paso directamente —intervino Óscar con el móvil en la mano—. Pero bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Óscar colocándose a mi lado—. Ese cabrón nos ha jodido una vez, pero no pueden dejar que lo vuelva a hacer.

—Lo primero sería hablar con él y ver si tiene cuartada, después, según lo que nos diga, haremos. También tendremos que hablar con su amante, señor Ayala.

Esto último lo dijo mirándome a mí directamente, con lo que me pareció una sonrisa picarona.

Aunque menuda gracia tener que meter a Cristina en esto, la verdad.

Lo único que sí me preocupaba era que no tuvieran que hablar con Cecilia. Y que si lo hacía, no sacar a relucir nada acerca de Cristina.

—Con Cristina, ¿por qué? —pregunté igualmente.

Si las fotografías que ella envió son las que estaban en su ordenador, habría que saber cómo llegaron hasta allí.

—Ya estaban ahí, solo que evidentemente no estaban en medio del escritorio con su nombre y un maldito cartel de «leedme, soy un adúltero»

Óscar soltó una carcajada mientras la mujer me miraba sin parpadear. Al mismo tiempo, Luis parecía totalmente ido, como si las revelaciones del día hubieran resultado demasiado para él.

Claro, él había estado excluido de las decisiones que no iba a poder soportar. Como bien había mencionado Óscar, para eso estábamos nosotros dos.

La inspectora, boli y libreta en mano, se sentó sobre una silla con las piernas cruzadas y dijo:

—Bueno, recapitulemos un segundo. Hace seis meses, ustedes tres engañan a una comunidad de vecinos para…

—Presuntamente.

La mirada que le dedica la inspectora a Óscar corta sus palabras de raíz.

—Para comprar sus viviendas por un cuarto de precio de su valor y venderlas a un precio todavía mayor que el de mercado a una empresa enorme de hoteles. Algunos de ellos se enteran

y aparecen en su despacho, señor Ayala, y suplican por sus casas, excepto uno de ellos, que muy sereno y tranquilo le amenaza a usted y a los suyos si no le devuelven su casa. Ustedes se niegan a hacerlo, pero usted manda a vigilarlo durante dos semanas. Bien, también necesito el número del detective, será importante conocer sus movimientos.

—Bien —contesté, tratando de que no perdiera el hilo. Me servía a mi también para poner en orden mis ideas.

—Después de eso se olvidan hasta hace unos días, cuando su padre fallece, que usted cree que puede estar relacionado, porque a partir de ese momento, comienzan a ocurrirle desgracias una detrás de otra. Su novia encuentra fotografías de su amante, los socios con los que están a punto de cerrar una gran operación se echan atrás, entran en su casa y lo amenazan de muerte.

—Cambian la hora de la reunión y me quitan la tarjeta SIM para que no pueda ponerme en contacto con mis socios. Eso evidencia que la entrada en mi piso está totalmente relacionada con el ataque deliberado a mis negocios. Igual que es evidente que quien entró en mi casa, también dejó ahí las fotografías. Lo único que no puedo estar seguro de que tenga relación es la muerte de mi padre, aunque claro, después de las palabras que usó ese hombre, no me extrañaría lo más mínimo.

—Y todo eso por un edificio que ni quiera hemos vendido —farfulló Luis con la mano sobre su pelo perfectamente peinado.

—¿Cómo dice?, ¿no se llegó a vender a la empresa hotelera? —preguntó la inspectora con la punta del boli colocado sobre el papel.

—No, de la noche a la mañana nos dijeron que habían cambiado de opinión y nos dejaron tirados. No es un gran problema porque, aunque no lo vendamos por el precio que nos ofrecían, que era una barbaridad, todavía seguimos ganando enormemente si lo vendemos a precio de mercado. De hecho, al final no haremos reforma alguna, se están vendiendo los pisos a particulares.

—¿Ya se están vendiendo? —pregunté entonces yo. De esa parte estaba bastante poco informado.

—Sí, ya hay tres vendidos, desde hace un par de meses. Falta el resto —contestó Luis de inmediato—. Pero de verdad, si lo llego a saber…

—Hubiéramos hecho lo mismo, coño, ¿o nos vamos a acojonar por un mindundi?

—Por el momento, ese mindundi, como tú lo llamas, ya nos ha jodido una operación cinco veces más grande que la de ese maldito edificio —no pude evitar soltar mirando directamente hacia Óscar. Su estupidez a veces me enervaba.

—Bueno, señores, de todo lo expuesto, ¿hay algo que no sea exacto o que falte por mencionar?

Todos negamos con la cabeza.

Bueno, casi todos.

—Yo sí —dijo entonces la voz del inspector Sánchez desde el umbral de la puerta—. Antonio Molina es imposible que esté detrás de todo esto.

Todos nos volvimos hacia él sin comprender nada de lo que ese hombre estaba diciendo.

¿Cómo no iba a tener nada que ver?

Ese inspector no tenía idea de lo que estaba diciendo.

—Porque lleva cuatro meses muerto.

O igual sí…

28

No podía ser.

Era imposible.

¿Cómo demonios iba a estar ese hombre muerto?

No tenía ningún sentido.

Nadie más podría haber llevado a cabo algo así contra mí ni tenía motivos para hacerlo.

Bueno, era posible que motivos sí que hubiera, pero había repasado todos los nombres de las personas que podían resultar sospechosas y no había nadie que cumpliera con todos los requisitos.

—Bueno, pues entonces hay que buscar otra línea de investigación —dijo entonces el inspector Sánchez, acercándose a su compañera—. Larson, ¿podemos hablar?

—Claro —dijo antes de partir tras los pasos de su compañero y perderse en el pasillo de mi apartamento.

Y ahí nos quedamos los tres, mirándonos como idiotas sin tener la menor idea de qué era lo que estaba ocurriendo.

Tenía que tomar las riendas de la situación.

¡Ya!

—Bien, no podemos seguir aquí los tres haciendo el idiota. Yo me quedaré con los inspectores hasta que no haya más remedio. Vosotros id a la oficina, hay muchas cosas que hacer.

—Pero Dani…

—Ni pero ni nada, Luis, tú encárgate, como sea de conseguir una nueva reunión con los socios de esta mañana. Utiliza la mejor de tus sonrisas, pero hazlo. Y tú, ve a la oficina y que nadie piense que pasa nada. Si ninguno de los tres aparece en todo el día, empezarán a hablar. ¿He sido claro?

Ambos asintieron sin demasiada confianza. Sobre todo, Luis, que seguía más para allá que para acá.

—Pues andando.

Luis suspiró antes de decir.

—No sé si voy a poder hacerlo, Dani, no sabes cómo estaban. La información que tenían era demasiado buena…

—Cuéntales la historia que más te guste, pero hazlo. Hay mil operaciones que han salido bien. Llama a los socios que están contentos y te lo llevas a ver a todos y cada uno de esos capullos y que le cuenten lo guapos, listos y buenos que somos. Que nuestro pis es mejor que la coca cola y nuestra mierda es chocolate suizo. ¡Ya!

—De acuerdo —dijo, y salió al instante. Sabía que no tenía nada más que hacer discutiendo conmigo en ese momento.

Volví la vista hacia Óscar, que, con las manos en alto, dijo, «Sí, sí, por mi todo bien, me largo»

Y hacía bien.

—Espera —dije—. Si ese hombre está muerto y no es quien está de todo esto, sea quien sea, va a seguir jodiéndonos.

—Así es.

—Y si es tan bueno como parece, ese cabrón acabará por encontrar la caja fuerte de la oficina, ¿ves por dónde voy?

—Sí, Dani, te sigo.

—Bien, ahí hay demasiadas cosas que podrían implicarnos, cuando llegues, sácalo todo, decide qué guardar y dónde, y destruye todo lo demás.

—¿Todo? Ahí hay vídeos con pruebas…

—Eso no, eso lo guardas, ¿me estás escuchando?

—Joder, es que no eres nada claro —se defendió alzando la voz.

—Estoy siendo todo lo claro que puedo ser con dos polis en mi puta casa, anormal.

—Vale, vale, perdona.

—Confío en que sabrás decidir qué tirar y qué guardar en el mejor sitio posible, paga una caja de un banco y que solo tengamos acceso tú y yo. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien —dije masajeándome las sienes.

Qué difícil era hablar con gente que estaba a otro nivel intelectual. Y eso que Óscar no estaba mal del todo.

Dicho esto, mi socio salió de mi habitación en dirección a nuestra oficina en el puerto.

Permanecí un segundo tratando de replicar toda la información que había nombrado la inspectora Larson.

Y una duda seguía dando vueltas por mi cabeza. Si quien había entrado en mi casa la primera vez, lo había hecho para quitarme la tarjeta, ¿cómo había podido llamar a la policía?

Realmente no había notado su ausencia hasta que me encontraba en el interior del taxi.

¿Podría haber sido el taxista? Joder, en ese momento, no le ponía ni cara a ese hombre.

Creía recordar que era joven y que se puso muy contento cuando le ofrecí más dinero por correr, pero ni de coña le reconocería si me lo cruzara por la calle.

Todavía con mis cavilaciones, busqué a los dos inspectores. Había tenido cosas mejores en las que pensar, pero ahora que ponía el foco en ello, no me hacía ni pizca de gracia que estuvieran correando por mi piso sin vigilancia.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó la inspectora Larson a su compañero desde el interior de mi despacho.

Nada más escuchar la pregunta, me detuve en seco y escuché desde el pasillo.

—Sí, Lara, me lo han confirmado.

—Joder…

—Sí, joder…

—¿Entonces no estaba el cuerpo? —preguntó de nuevo la pelirroja mujer.

—Solo encontraron dos dedos en el interior de la habitación que tenía alquilada, eso, y una cantidad enorme de sangre. Mucha más de la que se puede perder y seguir con vida, pero el cuerpo no apareció por ninguna parte.

—¿Entonces el caso sigue abierto?

—Sí, claro. Hablaron con la familia, con su jefe, vecinos, amigos, pero no hay sospechosos y el cuerpo sigue sin aparecer. No tienen nada, con la excepción de unas huellas no identificadas, que no están fichadas y que no corresponden a nadie de su entorno.

—¿Y qué piensan?

—Poco, saben que no tienen mucho de donde tirar y están cerca de arrojar la toalla. Creen que después de arruinarse y perder a su familia podría haberse metido en algo turbio. Incluso llegaron a pensar que realmente se había suicidado, teniendo en cuenta que su familia cobró un jugoso seguro de vida.

—¿Y tú?, ¿qué piensas tú?

—Pues pienso que, o bien se ha suicidado y ha querido que no lo pareciera para que su familia cobrara, o se ha metido en un lío de apuestas después de perderlo todo, o…

—¿O?

—O las huellas que no han identificado son de uno de estos tres elementos de ahí fuera.

Mis ojos se abrieron al escuchar esas palabras.

No podía ser…

No podía creer en serio que podíamos estar nosotros implicados en la muerte de ese hombre.

—No puedes creer en serio que ellos puedan estar implicados.

Bien dicho, pensé.

—Son unos desgraciados y unos impresentables, pero de ahí a unos asesinos, es mucho decir.

Eso ya me gustó menos.

—Además, ¿qué razón podrían tener para hacerlo?

—No tengo ni idea, Lara, pero tampoco hay nada más con que tirar. Necesitamos las huellas de ese hombre, y viendo que han entrado en su casa, no debería tener reticencias para proporcionárnoslas. Habla con él, tómale declaración y gánate su confianza. Habla con su amante y con cualquiera que él piense que sea importante hablar. Y consigue esas huellas. Sea como sea, consigue esas malditas huellas.

29

Después de que el hombre vestido con un traje medio de Zara, apellidado Molina y llamado Antonio, descubriera que alguien lo estaba siguiendo, decidió que debía aplazar un poco sus planes.

No debía llamar demasiado la atención.

Aunque lo que sí que podía hacer era ir generando una tapadera psicológica.

No podía permitir que se dudara de su estabilidad mental a la hora de pagar la cantidad pactada por el seguro.

Él nunca había acudido a la consulta de ningún psicólogo. No tenía nada en contra, pero tampoco lo había visto necesario, por lo que nunca se había llegado a dar el caso.

Así que buscó en internet y fue pasando por diferentes especialistas.

Uno estaba cerrado.

Otro de vacaciones.

Un tercero no le gustó el tono de su voz.

Y así hasta que llegó hasta la doctora Victoria Sorní Velázquez, que sin saber muy bien la razón, le gustó.

Podía deberse a su página web, sobria y elegante.

A su rostro amable e inteligente.

O la sonrisa con la que aparecía en la fotografía de su bibliografía.

Fuera lo que fuera, la doctora Sorní resultó la elegida para certificar el perfecto estado mental de Antonio Molina.

Cuando llegó, un chico joven y muy poco atractivo lo esperaba en la recepción. En la sala de espera no había nadie más.

Estaba él solo tratando de poner en orden sus pensamientos.

Al cabo de unos quince minutos, una chica de unos veinti muchos o treinta y pocos años salió y el recepcionista le hizo pasar con un gesto de cabeza.

Al entrar, un olor a hogar le golpeó con dureza.

Le hizo sentir bien de inmediato, como cuando un universitario vuelve a casa por Navidad y le espera la comida de su madre.

—Buenos días, Antonio —saludó la doctora Sorní sin preámbulos, directa al tuteo.

—Buenos días, doctora.

Desde ese momento, pasaron una hora en la que hablaron de todo un poco.

Desde sus problemas con el juego hasta el momento en el que perdió su casa y su familia en un abrir y cerrar de ojos.

La idea de Antonio era convencer a esa mujer de que estaba en perfecto estado mental. Sin embargo, lo que consiguió fue que acudiera a terapia para el control de juego.

¿Cómo lo hizo?

Antonio no lo sabía.

Solo sabía que tenía una reunión una semana después junto a un grupo de terapia y que no debía faltar a su cita.

Cuando salió estaba totalmente desconcertado.

No había perdido un ápice de odio hacia ese hombre que le había jodido la vida.

Ni había desistido en su idea de acabar con la vida de ambos, la de Daniel Ayala y la suya propia por el bien de su familia.

Pero bueno, si acudía a esa terapia y planeaba acudir a la siguiente, sería más difícil que sospecharan que su muerte había sido intencionada.

Porque claro…

¿Quién pide cita con el psicólogo antes de suicidarse?

Esperaba que todo el mundo pensara que nadie.

Y sobre todas las cosas.

Esperaba que el seguro pensara que ese no era el caso de Antonio.

30

Cuando sobreentendí que la conversación había terminado y que ambos inspectores iban a regresar al salón, me adelanté a medio trote y les esperé, impaciente.

—No tengo todo el día, inspectores, ¿ya han hablado todo lo que tenían que hablar?

—Disculpe, señor Ayala, era un tema policial que nada tiene que ver con su denuncia.

Claro…

—Así que no se preocupe.

Por supuesto que no…

—Muy bien, y sobre mi caso, ¿saben algo nuevo?

—Solo que ese hombre falleció hace unos meses y que, por lo tanto, no es nuestro hombre.

Ese maldito gordo se pensaba que yo era un maldito idiota. Si no quería decirme nada más, tendría que averiguarlo yo por mi cuenta.

—Mi compañera se quedará con usted por si hay algo nuevo que recuerde acerca de nombres o situaciones, además, es importante que hablemos con su amante.

—Con Cristina.

—Eso, con Cristina. ¿Sería posible que fueran ahora?

Creo que sería la primera vez que no me alegrara de ver a Cristina.

Y con la compañía que iría, ella tampoco se alegraría de verme a mí, eso seguro.

Todo esto era absurdo, si lo único que querían eran mis huellas, se las daría sin más. A fin de cuentas, yo no había matado a ese hombre.

Pero bueno, si mientras tanto, tenía la compañía de esa mujer y podía tratar de averiguar algo más, eso sería lo que haría.

—Claro, aunque antes necesito una tarjeta SIM, no puedo estar sin móvil.

—Hay cosas más importantes que…

—Ni puedo llamar a Cristina.

—A, bueno, eso sí. Larson acompaña al señor Ayala a comprar una tarjeta SIM e ir a ver a la señorita. Luego hablamos.

Ella asintió mientras él le hacía un gesto como diciendo «me cuentas si lo has conseguido»

Palurdo.

Dicho y hecho.

Nada más el inspector salió por la puerta, nosotros hicimos lo propio hasta alcanzar la calle.

—¿Usted tiene coche, señor Ayala?

—No, yo siempre voy en moto por ciudad, es mucho más…

—Bien, ¿dónde está?

¿Cómo?

¿Esa mujer quería venir en la moto conmigo?

Cogerme por la cintura.

Sentir su…

Bueno, vale.

—En el garaje, pero tengo que subir a por otro casco —dije dándome la vuelta.

—Bien, hágalo, le espero aquí.

En menos de cinco minutos ya habíamos salido del aparcamiento y buscábamos una tienda de una marca de móviles que no nombraré para no hacer publicidad gratuita. Una vez comprada y colocada en mi teléfono, comenzó a vibrar desesperado.

Decenas de llamadas.

De mi hermana.

De Cecilia.

Y por, supuesto, tanto de Luis como de Óscar de esa misma mañana, cuando no había llegado a tiempo a la maldita reunión.

Debía llamar a Cecilia, pero ese no era el momento oportuno.

Lo haría después de hablar con Cristina.

Busqué el número de Cristina y le mandé un mensaje, íbamos para allá.

Durante los escasos doce minutos que tardamos en ir desde el barrio de Ruzafa, hasta la zona de la avenida de Francia, sentía el modo en el que la guapa inspectora pelirroja me cogía por la cintura y se acercaba a mi espalda.

Aparcamos la moto encima de la acera y ambos nos dirigimos al moderno portal de la que llevaba varios meses siendo mi amante.

Me puse nervioso de una manera absurda y poco práctica. No porque fuéramos a hablar acerca de un muerto o de las fotografías que habían llegado a mi escritorio. Sino porque Cristina y la inspectora Larson se fueran a conocer.

Mientras circulábamos por la ciudad, Cristina me había contestado al mensaje con un, «aquí te espero» y yo, antes de subir, le contesté con un «no voy solo»

No quería que apareciera en lencería fina delante de la inspectora. Por mucho que esa imagen cumpliera algunas de mis fantasías.

La ceja enarcada en un ángulo imposible evidenciaba que Cristina no se esperaba la compañía que llevaba conmigo. Ambos pasamos al amplio salón del apartamento mientras ella me miraba con una cara que venía a decir:

«¿Me lo explicas o qué coño pasa?»

—Muy buenas tardes, señorita…

—Ortiz.

—Ortiz, hemos venido a verla por unas fotografías que hemos encontrado en el ordenador del señor Ayala.

Si las miradas mataran habría muerto al instante.

—Como ya le comenté al «Señor Ayala» yo no tengo nada que ver con eso. Yo se las envié, evidentemente, pero no sé nada más.

El apartamento estaba decorado en blanco y negro, con toques industriales, como las lámparas y las paredes. Cristina, con un batín blanco ligeramente transparente, aguardaba frente a la inspectora como en un duelo con pistolas mientras yo observaba el momento.

—Imagino, pero después de la denuncia puesta por el señor Ayala, es importante que veamos todas las posibilidades.

—¿Cómo?, ¿qué denuncia?

Nada más Cristina efectuó la pregunta, la inspectora Lara Larson se disculpó por una llamada de teléfono, que me pareció más que fingida, y salió al pasillo.

—¿Qué coño es esto, Dani? —me preguntó como un miura.

—Han entrado en mi casa esta noche y han dejado un mensaje amenazante en mi baño.

Tampoco había motivo para entrar en más detalles.

—¿Qué? No me jodas, ¿estás bien?

Estaría mejor si me dejaran un rato contigo a solas y te quitaras ese batín…

—Sí, estoy bien, pero lo primero en lo que pensé fue en esas fotos. Puede que quien las pusiera en mi escritorio fuera la misma persona.

Entonces ella, con los brazos cruzados por mero instinto, comenzó a caminar por la habitación de un lado para otro.

—Pero yo no tengo ni idea, Dani. Yo te las envié el otro día y no sé nada más. Aquí nadie ha entrado ni yo he…

—Ya suponemos que nadie ha entrado aquí, ni que usted es quien ha dejado las fotografías; sin embargo, si alguien más ha buscado en el ordenador del señor Ayala y las ha dejado a la vista, es porque alguien sabía de su existencia. Doy por hecho que el señor Ayala no las ha aireado así porque sí, sobre todo teniendo en cuenta que tiene pareja, así que necesito saber si lo comentó con alguien —dijo entonces la inspectora entrando el salón sin avisar.

—Claro que no, o sea, algunas amigas saben que tengo un… amigo especial que me paga cosas, pero no saben quién es, es lo primero del manual de la «otra», ¿sabe usted?. Yo le envié esas fotos porque él me las pidió y ya no sé nada más. Ni siquiera sé dónde las tengo, al ordenador no las pasé y, de hecho, las borré del móvil antes de llevarlo al servicio técnico.

—Espera, ¿qué?, ¿eso cuando pasó? —pregunté yo de inmediato.

—Pues, hará un par de días…

—Vale, es muy posible que las fotografías salieran de ahí, necesito que me diga el nombre de la empresa a la que acudió.

—Pero no me ha entendido, antes de ir borré las fotografías —repitió Cristina irritada.

La inspectora no contestó, simplemente me miró como diciendo: ¿se lo explicas tú o lo hago yo?

—Las imágenes que se borran permanecen en la memoria durante al menos un mes si no las borras definitivamente.

—¿Qué?, ¿y cómo se hace eso? —preguntó Cristina con los ojos repletos de temor.

—Ya te lo enseñaré —zanjé, no era ni el momento ni el lugar para tamaña memez.

—¿Pero quieres decir que han visto esas fotografías? Dios mío, esas y todas las que he borrado durante los últimos años.

Dicho esto se sentó hiperventilando.

—Señor Ayala, ¿las fotografías en su ordenador estaban a la vista?

—No, no había llegado a pasarlas al disco duro extraíble, pero no estaban nada a la vista. De hecho, estarían guardadas bajo contraseña.

—Bien, entonces está claro de dónde sacaron esas fotos. Señorita Ortiz, necesito el nombre de la tienda a la que llevó el móvil, por favor. Nos vamos para allá, ahora mismo.

31

Cuando salimos del apartamento de Cristina.

Bueno, no, más bien del apartamento que YO le pagaba a Cristina.

Ella todavía seguía dándole vueltas a lo que podrían haber visto en su móvil. De hecho, hasta estuvo a punto de venirse con nosotros para hablar con los técnicos y averiguarlo.

A saber lo que tenía guardado ahí dentro…

No quería ni saberlo.

Y menos iba a permitir que se viniera con nosotros en ese momento.

Ni de coña.

—Esto es un asunto policial, si quieres vas en otro momento y lo preguntas —le dije antes de largarnos de allí.

Habíamos sacado más de lo que hubiera imaginado de la conversación con Cristina. Aunque no dejaba de ser un hilo que podía no llevar a nada. Al fin y al cabo, también podrían haberlo localizado en mi ordenador. O haber entrado en casa de Cristina y sacado de su móvil directamente.

Pero bueno… por probar que no quedara.

Y además empezaba a gustarme la compañía de la inspectora.

Por lo que fuera.

Todavía estaba la puerta de su piso medio abierta cuando observé una ligera sonrisa en los labios de la atractiva inspectora.

¿A qué vendría?

¡Basta ya!, me dije a mi mismo. No podía ser tan estúpido.

La vida se me estaba yendo por la borda. Habíamos perdido una operación increíblemente rentable y alguien quería joderme la vida.

Tenía que dejar de pensar con la…

Bueno, ¡concéntrate!

—Yo te guío, tengo la dirección de la tienda —dijo nada más llegamos junto a mi preciosa moto.

¿Le gustaría a la inspectora Lara Larson?

¡Basta!

—Muy bien.

Estaba pasando mi pierna por encima del sillín cuando recordé que todavía no había llamado a Cecilia y no podía posponerlo por mucho más tiempo.

Si lo hacía, me daría la murga el resto del día.

Qué digo del día, de la semana, o del mes…

Decidí que la llamaría nada más salir de la tienda.

Sí, eso es lo que haría.

—Gire a la izquierda —me dijo la inspectora de súbito.

Y yo, con la mente dispersa, casi me estampo contra un autobús.

Sin más percances, llegamos junto a la tienda de reparación de aparatos electrónicos. Al bajar, la inspectora me observaba con cara de pocos amigos. No le había gustado mi conducción durante los últimos minutos.

No podía culparla.

—Buenas tardes, ¿en qué les puedo ayudar? —preguntó el chico de la tienda. Un joven de unos veinticinco años, con el pelo revuelto y oscuro, gafas de pasta y una camiseta de regreso al futuro tres.

—Buenas tardes, Jordi —saludó Lara leyendo el nombre que llevaba escrito sobre el pecho en una suerte de plaquita de plástico.

—Hola —dije yo siendo yo.

—Hará un par de días vino una chica para dejar su móvil por una avería, una chica rubia y guapa.

—Sí, sí —dijo el chico sin dejar que la inspectora terminara su descripción con cara de tonto.

—Necesitaríamos saber quién tuvo acceso a lo que había en su interior.

Una sonrisita que asomaba por la comisura de unos labios cubiertos de saliva evidenció que él sí que había visto lo que había en su interior.

—Solo el técnico, aquí nos importa mucho la protección de datos, y más si son imágenes privadas.

Ya…

Yo estaba convencido de ello.

—No lo dudo, ¿podríamos hablar con él?

—Sí, aunque ¿tienen una orden? —dijo como una broma sin gracia.

—No, pero puedo conseguirla si es necesario —contestó la inspectora Larson sacando su placa y colocándola frente a las gafas del tal Jordi.

—Rediós, disculpe, agente, era broma. Pasen por aquí.

Sin cerrar la puerta de la tienda, el chico nos llevó hacia el taller de atrás, repleto de móviles y tablets a medio montar. Sobre todo, pantallas había a decenas repartidas por las mesas.

Lo que no había era nadie más.

—Les presento al técnico —dijo señalándose a sí mismo con los dos pulgares y una sonrisa socarrona en el careto—. ¿Qué necesitáis?

El muy idiota había pasado al tuteo.

—Lo que te he dicho antes, Jordi, necesito saber quién más pudo ver lo que había en ese móvil. Puedo entender que era algo bastante bueno y que, claro, quisieras compartirlo con algún amigo, para echar unas risas.

¡Qué hija de puta, cómo se lo estaba camelando!

Pero, ¿y esa voz?

La inspectora era toda una actriz.

—No, no, qué va, yo nunca…

—Si no pasa nada…

—Las tengo por aquí —zanjó él, cambiando de tercio mientras tecleaba en su ordenador.

En el único que no parecía a medio, montar allí dentro, claro.

—Aquí están.

Y sí, ahí estaban.

Las fotografías que habían provocado que dejara una reunión para irme con prisa al cuarto de baño.

Las fotografías que por poco no echan mi relación por el desagüe.

—¿Puedes hacerme una copia? —preguntó la inspectora.

—No pensé que le gustaran esas cosas, inspectora —dije yo, saliéndome totalmente de mi personalidad.

El joven me miró casi por primera vez, como diciendo: ¿Quién es este tío?

Y la inspectora me echó una mirada que me heló la sangre.

—¿Puedes?

—No, el jefe me mataría, para eso sí que hace falta una orden, sino… Madre mía, se me podría caer el pelo.

Ella suspiró cagándose en toda mi familia.

—Bien, entonces, una vez el teléfono llegó aquí, ¿salió en algún momento?, ¿Las fotos están en alguna nube?, ¿Alguien tuvo acceso a ellas?

—No, no, de verdad que no. Las fotografías solo se ven cuando se hace una copia de seguridad para que no pierda el contenido y es cierto que ahí se ve todo, incluso lo borrado, pero después se vuelve a meter una vez formateado y se guarda durante un par de semanas por así acaso, pero nunca sale de ahí —dijo señalando la pantalla del ordenador.

—Está bien —dijo ella con una cara que decía que no había nada que estuviera bien.

—¿Tenéis cámaras de seguridad? —pregunté yo de súbito.

—Sí, claro, hay ahí, ahí y… —dijo hasta percatarse de por dónde podían ir los tiros—. Pero no, no, no puedo daros eso yo…

—Mira, Jordi, o nos das las grabaciones de seguridad de todas las cámaras del día en el que vino Cristina, o pongo a trescientas personas a poner reseñas de una estrella a esta tienda con tu nombre, Jordi.

—No puedes hacer eso…

—El de la tienda me miraba con cara de pervertido. El tal Jordi se metía la mano por dentro del bolsillo y parecía que se estaba …

—Pero eso es mentira, ¿Que clase de policía eres tú?

—Yo no soy policía.

—Él no es policía —remató Lara Larson.

—Soy empresario.

—Es un pedazo de hijo de puta que está buscando a alguien al que le jodió la vida, que ahora se quiere vengar. ¿Quieres unirse al club?

Vale, igual eso, tampoco hacía falta, sin embargo, funcionó.

Una vez nos había proporcionado las grabaciones y estábamos a punto de salir del taller, se me iluminó la bombilla

—Espera un momento, Jordi.

—¿Qué pasa ahora?

—Déjame entrar en tu ordenador.

Sin rechistar más de lo estrictamente necesario, Jordi me permitió entrar en su ordenador para buscar si había información que hubiera salido de alguna manera. Puerto USB, correo electrónico, Telegram, WhatsApp.

Pero nada…

La historia de las imágenes se quedaba en ese ordenador hasta regresar a su lugar de origen.

El teléfono de Cristina.

Estábamos exactamente igual que antes.

Y ahora tenía hambre, mucha hambre.

Sin darme ni cuenta, con todo lo que había pasado, no había comido nada en todo el puto día.

32

Nos despedimos de Jordi, que nos dijo adiós con una sonrisa más falsa que una promesa electoral, y salimos a la calle.

La tienda se encontraba junto a la Avenida de Blasco Ibáñez, zona universitaria por excelencia de la capital levantina.

Yo ya no podía ni pensar. Quería comer algo como fuera, y además por esa zona estaba todo lleno de locales de comida basura.

—Bueno, cuando mires las cámaras, me dices si sacas algo —dije pasando al tuteo.

¿Si lo hacía ese pajero, no lo iba a hacer yo?

Faltaría más.

—Veo que te quieres deshacer de mí, y yo que te iba a decir de comer algo…

Sí, por Dios, comida.

La necesitaba para pensar.

Empezaba a no ser yo y tenía que ser capaz de reaccionar.

De hecho, mi falta de alimento me había hecho no darme cuenta de que lo que quería esa mujer eran mis malditas huellas dactilares para cotejarlas con las encontradas junto a la sangre de Antonio.

—Me parece bien —accedí como un idiota.

Y eso hicimos, entramos en el primer local de comida basura que encontramos y pedimos lo más grasiento de la carta.

No era yo alguien de privarme comida. De hecho, no había ido al gimnasio en toda mi vida.

No estaba gordo, la verdad sea dicha, pero tampoco nadie me llamaría delgado.

Aunque, al mismo tiempo, no era de comer mal ni demasiada cantidad.

Simplemente, comía lo que necesitaba para subsistir.

Aunque nadie, viendo cómo devoraba el pollo frito que había elegido la inspectora por mí, lo habría dicho jamás.

Ella, con un chorretón de salsa barbacoa recorriendo su barbilla, me miró, me sonrió y soltó una carcajada.

Pero, ¿qué demonios estaba haciendo yo allí?

No sé quién era ese zoquete que estaba comiendo pollo frito con esa mujer, pero no era yo.

No podía ser.

Tenía que poner las cartas encima de la mesa y controlar la situación.

—Antes de llevar a revisar las grabaciones, creo que iré a hablar con la viuda del hombre que te amenazó. Quiero saber cómo estaba la situación desde que… bueno… desde que…

—Desde que lo dejamos en la calle.

—Sí, eso.

—Óscar, puede tratar de blanquear lo que hace, pero yo tengo muy claro quién y qué soy, no tienes por qué andarte con sutilezas conmigo. No me gusta la hipocresía.

—Bueno, dentro de tu pasmosa falta de escrúpulos, eso te honra —contestó ella antes de limpiarse la barbilla de pollo.

—Bien, ahora que ya sabemos cómo somos, podemos hablar con tranquilidad, ¿cuándo vas a pedirme las huellas y qué me vas a ofrecer a cambio? Porque si no es bueno, ya puedes ir pidiendo una orden.

Era evidente que la había cogido por sorpresa. Eso sí que no se lo había visto venir.

—Mira, eso sí que no me lo había visto venir, así que le gusta escuchar tras las puertas, eh, señor Ayala.

—Si no quiere que la escuchen, no hable en casas ajenas, inspectora Larson.

—*Touche*. Pues parece que nos encontramos en un *impás*, ¿qué es lo que quieres?

No me lo pensé ni por un momento.

—Ir contigo a hablar con la viuda de ese hombre.

—No, de eso ni hablar, no puedes estar presente después de todo lo ocurrido.

—Pues, suerte con las huellas —contesté, tan pancho.

—Bueno, realmente yo no las quiero —dijo entonces ella justo antes de meterse una patata en la boca.

—Pero, tu compañero…

—Él sí, pero yo estoy segura de que no fuiste tú. No tendría ningún sentido que nos llamaras en primer lugar ni que nos enseñaras ese vídeo. Si no llega a ser por eso, jamás te habrían relacionado con la muerte del señor Molina. La única posibilidad sería que fueras un completo idiota, y tú tienes muchas cosas, pero no eres un completo idiota.

—Bueno, todo eso es cierto, pero aun así, tu compañero sí que las quiere.

—Pero él no soy yo.

—Entonces, ¿qué hago aquí contigo? La única razón para que me pasees como a miss Daisy por la ciudad es porque quieres algo de mí.

—Quiero averiguar quién ha entrado en tu casa y por qué. Con Antonio muerto, todo se me hace demasiado raro.

Eso era cierto. Con ese hombre muerto y, además de una manera evidentemente no natural, mi entendimiento sobre los últimos días pasaba a ser nulo.

—Y, ¿crees que yo puedo ayudarte?

—La verdad es que no lo sé, pero bueno, hagamos una cosa. Vamos a ver a la viuda, pero tú no dices una sola palabra. Y luego me das tus huellas, así mi compañero me dejará trabajar tranquilamente mientras él se estampa contra una pared.

Durante un momento dudé. Si era una forma de conseguir mis huellas sin que siquiera pareciera que la quisiera, la verdad es que era buena.

Pero bueno, yo conseguía lo que quería y sabía que las huellas no eran mías. Hasta tenía que darlas igualmente para que las descartaran en mi propio piso.

—Hecho.

—Maravilloso, pues ahora vamos a comisaría a que te tomen las huellas y nos vamos a ver a la viuda de Molina. Voy a llamar a Sánchez.

Dicho esto, sacó su móvil y, con el dedo sobre sus labios, fue diciendo:

—Sí, vamos ahora a comisaría… sí, ha sido fácil —dijo sonriendo—. No, no me ha pedido nada. Simplemente, le he dicho que nos hacían falta para investigar su piso y descartar huellas. Claro… ¿Cómo no se te había ocurrido?

Ella había pensado exactamente lo mismo que yo, pero ¿entonces?, ¿Para qué todo ese teatro?, ¿Por qué razón había accedido a que la acompañara a ver a esa mujer?

De todas las cosas que podían molestarme en la vida, la que copaba sin duda la cúspide de la montaña, era no comprender algo.

Y de todo lo que estaba pasando, había demasiadas cosas que mi mente no lograba asimilar.

—Muy bien, vamos para allá, adiós, Sánchez.

Y colgó.

—¿Qué?, ¿nos vamos?

—¿De verdad hay que ir a comisaría por lo de las huellas?, ¿no puedes cogerlas aquí de alguna manera y enviarlas?

—Ha visto demasiadas películas, señor Ayala, lo primero es firmar una autorización, y después, se tiene que hacer en un laboratorio para que la fiabilidad sea la correcta. Pero no sufra, que será rápido. Y, mientras tanto, yo llamaré a la viuda para que nos reciba.

33

Más o menos una semana después de acudir a la consulta de la doctora Sorní, el hombre vestido con un traje de precio medio de Zara, apellidado Molina y llamado Antonio, llegó a la que sería su primera terapia en grupo.

Y ahí estaba él, sentado en un círculo junto a otras seis personas, entre ellas, la doctora Sorní.

Y fueron hablando una por una.

Un hombre adicto a la cocaína narró cómo comenzó con su adicción cuando todavía era menor de edad y salía de fiesta con sus amigos de toda la vida.

Una mujer adicta al sexo, que explicaba cómo utilizaba el sexo como una manera de aprobación debido a un padre ausente y a una madre prostituta.

Un chico joven adicto a las apuestas deportivas, que, como Antonio, había empezado yendo de vez en cuando a un local de apuestas de los que se anunciaban en la tele. Y de ahí a empeñar las joyas de su abuela, había hecho falta solo un poco de mala suerte. Un gol inesperado y un triple en el último segundo de un partido igualado.

Una joven adicta al alcohol.

O, al menos eso fue lo que dijo, pero algo le decía a Antonio que no era del todo cierto.

De hecho, esa era la joven de entre veinte y treinta años que salía de la consulta cuando entró él una semana atrás.

Y un hombre que prefirió no hablar. Era algo común no participar tu primera vez. Aunque, en este caso, Antonio sabía que el motivo era otro.

Ese hombre era quien le siguió cuando salió a bajar la basura.

Y no se había separado de él desde hacía casi dos semanas.

Ese hombre era el investigador que le había puesto Daniel Ayala para asegurarse de que no cumplía con su amenaza.

Y era bueno que estuviera allí.

Sería una voz más que apoyara sus ganas de vivir.

Y provocaría que ese hombre se creyera a salvo.

Cuando le llegó el turno a él, habló acerca de todos los problemas que el juego que le había acarreado. Fue totalmente sincero al respecto.

De cómo había comenzado apostando en algún partido que otro.

Después, con la ruleta con los amigos.

Y finalmente las partidas de póquer online.

Lo que había acabado siendo su perdición.

Donde lo perdió todo.

Todo el dinero que había ahorrado durante años para el futuro de su familia desapareció en un instante.

Lo único que no se permitió perder fue su casa.

Aunque de eso ya se encargó más tarde Daniel Ayala.

Pero ese hombre se lo pagaría.

Lo pagaría muy caro.

34

Después de no menos de dos horas metidos en esa maldita comisaría donde, aparte de que me hicieran firmar autorizaciones por un tubo, me tomaron declaración acerca del suceso en mi casa, finalmente, y casi a las seis de la tarde, al fin tuve un momento para llamar a Cecilia.

Debía hablar con ella antes de que fuéramos a casa de la mujer de Antonio Molina.

—¿Dani? Por Dios bendito, por fin. Te he llamado mil veces.

Daba fe de ello.

—He llamado a tu empresa, a tus amigos…

¿Amigos?

¿Yo?

—Óscar y Luis…

Acabáramos.

—He llamado hasta a tu hermana, que me dio su teléfono en el hospital.

Pero, ¿que has hecho qué, puta loca?

—Lo comprendo, entiendo que estuvieras preocupada —pronunciaron mis labios.

—¿Preocupada? No, no, lo que estaba es de los nervios. No das señales de vida en todo el día y, cuando por fin hablo con Luis, me dice que han entrado en tu casa y te han amenazado. Y tú sin cogerme el teléfono.

Será bocazas.

Se merece otro puñetazo por imbécil.

—No te preocupes, pero he estado con la policía y no he parado en todo el día. No he podido hablar con nadie.

—Vale, pero, tú estás bien, ¿verdad?

Lo único es que tengo una novia que está para que la encierren.

—Sí, yo estoy bien, seguiré todavía con la policía un poco más y luego me iré a casa a descansar.

—Vale, voy a tu casa cuando llegues. Avísame y voy.

Mierda.

—No hace falta, Cecilia, además, mañana madrugaré mucho. Hoy no he podido hacer nada de lo que tenía previsto y la reunión… mejor ni hablamos de ella.

Aunque no podía quitármela de la cabeza.

—Pero yo no me quedo tranquila si no estoy contigo esta noche.

Y por eso vienes a quitarme la tranquilidad a mí…

—Como veas, pero llegaré tarde y me levantaré a las seis de la mañana.

—¿A las seis?, ¿tan pronto? Buff, y tú por la mañana haces mucho ruido…

La oía hasta pensar.

Ahí quería yo llegar.

—Y lo último que quiero es despertarte tan pronto y que no puedas dormir bien.

No vaya a ser que te levantes temprano y hagas algo con tu maldita vida, pensé con malicia.

—Ya… claro…

Igual me había pasado con esa última parte.

No había colado.

—De todas maneras, lo que tú quieras —dije antes de que llegara a decir nada. Si yo insistía en que no viniera, ella insistiría en lo contrario.

—No, da igual, vete a casa a descansar y mañana comemos juntos, vienen mis padres.

Mmm, eso sí que me parecía interesante. O terrorífico, dependiendo de lo que ese hombre pudiera llegar a saber acerca de la fallida operación.

—Bien, hasta mañana, entonces —dije mientras ocurrían dos cosas al mismo tiempo.

Por una parte, la inspectora Larson aparecía por el final del pasillo en compañía del inspector Sánchez.

Y, por el otro, sin que la llamada hubiera concluido, me estaba entrando otra llamada, esta vez de Luis.

—Dime —contesté sin más. A mi alrededor, decenas de agentes caminaban de un lado para otro en el interior de la comisaría. Incluso una suerte de yonqui, escoltado y esposado, pasó mucho más cerca de mí de lo que me habría gustado.

—Llevo toda la tarde hablando con uno de los empresarios que más influencia tiene y he conseguido una segunda reunión. Es muy difícil que la cosa cambie, Dani, pero bueno, nos dan el beneficio de la duda.

—Bien, no necesito más, ¿cuándo?

—Mañana por la mañana, a las nueve, en la oficina.

—Bien, para que no haya forma de que nos la vuelvan a liar, pasa a recoger a Óscar y pasáis los dos a por mí. Iremos todos juntos.

—Buena idea, Dani, nos vemos mañana.

—Sí… Ah, por cierto. No vuelvas a decirle nada a Cristina sobre mí a no ser que yo te lo haya dicho expresamente. Jamás.

Y colgué, dejando que procesara la información.

—Buenas tardes, señor Ayala.

—Sí.

—Me ha comentado mi compañera que ya nos ha facilitado las huellas dactilares. Se lo agradezco mucho, eso facilitará enormemente el trabajo en su casa.

—¿Cuándo vendrán?

—¿Cómo dice?

—Si tienen que descartar mis huellas, también tendrán que sacar las de mi apartamento, si no de qué lo van a descartar.

—Claro, claro, mañana por la mañana.

—Yo a las ocho me iré a una reunión, así que si no vienen por la tarde, o antes de esa hora, no habrá nadie.

—No se preocupe, nos apañaremos.

Era increíble la forma en la que ese gordo cabrón ni siquiera disimulaba lo mucho que se la sudaba. Lo único que quería era comprobar mis huellas con las de la escena del crimen de Antonio Molina.

Comprueba, comprueba, cretino, me dije.

No iba a sacar nada en claro.

—Yo me puedo ocupar de gestionarlo, no se preocupe, señor Ayala.

—Bien —dije, dándome la vuelta y dirigiéndome hacia la puerta de salida.

Cuando salí a la calle, la oscuridad ya era casi total. Era pronto, pero la luz ya era escasa y las farolas iluminaban la ciudad. No deberíamos tardar mucho más en llegar a casa de esa mujer si no queríamos que nos mandase a paseo.

—Es usted un alarde de simpatía —dijo la inspectora cuando se unió a mí en la entrada de la comisaría.

—Diría que solo con los que me caen bien, pero mentiría.

Ella soltó una sutil carcajada.

—Al menos lo sabe, eso es bueno. Vale, yo voy a dar la vuelta y me recoges al otro lado del edificio. Sánchez no debe saber de nuestro acuerdo.

—¿Por qué a veces me tuteas y a veces no? Me vuelves loco —le solté.

—Bueno, esa es la idea. Te espero en dos minutos.

35

—La mujer de Antonio Molina nos espera en veinte minutos en casa de sus padres, por la zona de Aragón. Aunque bueno, igual deberíamos dejar de llamarla la mujer de Molina. Se llama Sofía —dijo la inspectora Larson una vez que se había colocado el casco y posado su precioso trasero sobre el sillín de mi moto.

—Bien por ella.

Ella sonrió ante mi poca simpatía.

Y eso me hizo gracia.

—Te guío.

Asentí con una suerte de gruñido.

Me fue guiando desde la parte de atrás a medias, entre gritos y señas con las manos, hasta que nos adentramos en una pequeña calle por detrás del edificio de Mestalla, el estadio donde juega el Valencia Club de Fútbol.

Yo odio el fútbol, pero en este mundo de testosterona y mamarrachismo muchos negocios se cierran en la zona VIP de los estadios entre cervezas, vinos y copiosa comida.

Y antes de que me juzguéis porque no me gusta el fútbol, debo decir que no me gusta ningún deporte. Ver cómo alguien le pega a una pelota, con la mano, con una raquera o con la cabeza, me produce el mismo interés que una conversación con Cecilia, o una cena con mi hermana y su familia.

Bueno, no.

Eso último sería peor.

Mucho peor.

Pero vamos, que no me gustan los deportes.

Aparcamos la moto junto al portal y, con los cascos en las manos, nos dirigimos al apartamento de los padres de la tal Sofía, viuda de Antonio Molina.

No había estado muy vivo durante las últimas horas, pero ahora era el momento de espabilar. Siempre estaba la posibilidad de que fuera ella la que estuviera cumpliendo la amenaza de su marido y estuviera vengándose tras su muerte.

Y todavía estaba la gran pregunta.

¿Quién lo había matado a él y por qué?

—Buenas tardes, inspectores —saludó una mujer mayor con una sonrisa bondadosa. Tras ella, un par de niños corrían de un lado para otro, algo que me recordó irremediablemente a mis sobrinos.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

Mellizos.

Menuda desgracia.

—Noches —corrigió una voz masculina desde el fondo del pasillo—. Dense prisa, que no son horas.

—Pasen al salón, ahora los acompañará Sofía —añadió la mujer obviando el comentario del que por seguro sería su marido.

Aunque a mí me había gustado. Valoro muy positivamente la gente que dice lo que piensa. Aunque lo que piense no me guste en absoluto.

Nos adentramos en un salón espacioso con una mesa en el centro y dos sillones apuntando hacia una televisión de plasma. No muy grande, todo sea dicho.

—Siéntense, hagan el favor, ¿quieren un café?

—No, gracias.

—No.

—Muy bien, pues ahora enseguida lleg…

—Ya estoy, mamá —dijo una voz entrando por la puerta—. Quédate con los niños, porfa, que están revoltosos.

¿Revoltosos? No, lo que eran insoportables.

—Díganme, ¿en qué puedo ayudarles? Hace meses desde que ocurrió y ya lo he contado diez veces, A la policía, al seguro, bueno, al seguro, se lo habré contado mil veces. Tantos años trabajando mi marido en esa empresa, para que luego no le quieran pagar a su viuda. Bueno, casi ex viuda.

—¿Se habían separado? —preguntó la inspectora Larson como si no conociera la respuesta de antemano.

—Sí, bueno, no, estábamos en ello. Después de perder la casa, la situación se complicó, además, Antonio… bueno, no había cuidado bien del dinero y eso nos preocupaba.

—¿Nos?, ¿En plural?

Entonces bajó el tono de voz.

—A mis padres, realmente. O sea, a mí también, es evidente. Pero mi padre es un hombre que ha trabajado mucho durante toda una vida, y Antonio no es que no trabaje. No me malinterpreten, pero tenía un problema con las apuestas, y eso nos dejó en una situación muy complicada hace un tiempo.

—Comprendo.

—Nos recuperamos como pudimos, de hecho, hacía mucho tiempo que él no se había metido en nada y estábamos relativamente bien, pero cuando pasó lo de la casa no estábamos en una situación como para poder afrontarlo.

—Y se separaron.

Sofía asintió sin decir nada más.

—Aunque todo esto ya lo conté la otra vez, no creo que pueda decir mucho más.

—Bueno, eso no es del todo así, Sofía. Verá, antes de fallecer, su marido realizó una amenaza bastante preocupante al señor Daniel Ayala.

—Sí, lo sé, pero Antonio luego no hizo nada.

—¿Se lo contó él? —preguntó la inspectora con el ceño fruncido.

—No, no, qué va. De hecho, después de enterarnos de que había firmado en mi nombre, no volví a verle más. Y los niños tampoco. La amenaza fue al día siguiente y él no me dijo nada. Fue Pedro, un vecino, me lo contó cuando Antonio murió. Me dijo que la amenaza había sido

muy fuerte y que los había dejado muy sorprendidos. Y claro, luego, cuando apareció toda esa sangre y sus dedos… pensó que podía tener algo que ver.

—Pero no. Claro que no, ese hombre no tenía lo que hay que tener para cumplir con su palabra. Si se dice algo, se cumple, punto —zanjó el que suponía que sería el padre de Sofía, entrando por la puerta como un obús.

—¿Hubiera preferido que cumpliera con su amenaza? —no pude evitar preguntar, lo que me ocasionó una mirada reprobatoria por parte de la inspectora.

—Hubiera preferido que no la hubiera efectuado jamás. Pero si lo dices, lo cumples.

Y a mí es que ese hombre me caía bien. Cuánto más hablaba, más sentido le encontraba a sus argumentos.

—Me suena su cara, ¿nos conocemos? —añadió mirándome fijamente a los ojos.

Mierda.

¿Era posible que ese hombre me hubiera visto antes?

En el momento de la firma estaba solo Antonio.

Y el día en el que hablaron con todos los vecinos el que no estaba era yo.

—Bueno —cortó la inspectora de inmediato—. Me estaba comentando que su vecino Pedro le contó lo de la amenaza.

—Sí, así es, cuando se enteró de la muerte de Toni me llamó para decírmelo. Que estaba preocupado por si se podía haber metido en algún lío. Ya ve, estaba preocupado pero me llama cuando ya está muerto…

—Ya… —dije yo.

Recordaba a ese tal Pedro, el otro hombre que estaba presente cuando Antonio me amenazó.

Un palurdo enfadado.

Un chiguagua ladrador y nada mordedor.

Un perdedor de manual.

—¿Y sabe algo de lo que fue de su marido desde ese día hasta el día de su fallecimiento?

—No mucho, la verdad, como le comentaba, no volví a verlo. Lo que sé es lo que me comentó la policía después. Que había alquilado una habitación, que cobraba el paro, aunque a mí no llegó a decirme que lo habían despedido desde el día en el que fuimos nosotros dos a verle —dijo señalando a su padre, que no paraba de mirarme con el procesador a toda máquina—. No lo sé, desde ese día poco más supe hasta que me dijeron que había muerto. Y todo lo que ocurrió después.

—¿A qué se refiere?

—Antonio había mejorado su seguro de vida antes de morir, pero bueno, realmente lo había hecho antes incluso de que lo despidieran y de la amenaza a ese cabrón.

Y ahí estaba ese cabrón, escuchando todo lo que decían sobre mi persona.

—Como si ya supiera que le iba a pasar algo.

—Eso pensaba el seguro, pero no pudieron probar que se suicidó, así que no tuvieron más opción que pagarnos. Un millón de euros.

Los ojos de la inspectora se abrieron como platos. Eso era mucho dinero para alguien que acababa de perderlo todo y tenía que vivir en casa de sus padres.

—Es mucho dinero.

—Al fin hizo algo bien en su vida, aunque tuviera que morir para ello.

—¡Papá! Por dios bendito ¿cómo puedes decir algo así? —dijo la mujer rompiendo a llorar desconsolada—. Yo lo quería, más que a nada en el mundo. Jamás hubiera cambiado su vida por ese dinero, nunca. De hecho, todavía ni lo he tocado. Me siento sucia solo de pensarlo.

—Eres una blanda, Sofía, y así no se hace nada en esta vida, te lo he dicho mil veces.

—Ya está bien, por favor —contestó su hija sin dejar de llorar.

—Ni ya está bien ni… Un momento… no me jodas, ya sé de qué me suena tu cara —dijo volviendo la mirada hacia mí con una sonrisa—. Qué dijo de puta, los tienes bien puestos, eh, eso te lo reconozco.

Vi el modo en el que la inspectora cerraba los ojos y suspiraba.

Sabía lo que venía a continuación.

Y yo también.

—Mira a quién tenemos aquí, al señor Daniel Ayala, el gran CEO de esa empresa de hijos de puta.

36

Después de asegurarse de que el hombre enviado por Daniel Ayala ya no lo seguía, el hombre vestido con un traje de precio medio de Zara, apellidado Molina y llamado Antonio, comenzó a planificar su plan.

Primero contrató un seguro de vida por un valor mucho mayor, lo puso todo a nombre de sus hijos y de la que era todavía su mujer y falsificó la fecha.

Después, ideó la manera de matar a ese hombre antes de hacer lo que tuviera que hacer.

Primero se lo quitaría a él del medio y se aseguraría de que lo último que escuchara antes de morir fuera su voz.

Debía conocer las razones de su muerte.

Que supiera a ciencia cierta que él, Antonio Molina, era el causante de que esta lo alcanzara de forma prematura y violenta.

Que había cumplido por completo su amenaza.

Que la avaricia era un pecado que venía a por él vestido con el cuerpo de Antonio.

La viva imagen del fantasma de sus pecados.

Se acercaría a ese hombre cuando volviera de camino a casa, se lo cargaría, lo enterraría en un bosque lejano y se iría directo a la habitación que tenía alquilada para acostarse a dormir.

Cuando dieran con el cuerpo, él ya no estaría en el mundo de los vivos.

Debía ser todo rápido y preciso.

Y lo más importante de todo era su propia muerte.

Que el mundo supiera que él había matado a ese malnacido no le preocupaba. Lo único que le quitaba el sueño era que los desgraciados del seguro no trataran de no pagar a su familia.

Así que debía asegurarse de que moría de la mejor manera posible.

Se lanzaría con el coche por un barranco asegurándose de que dejaba huellas de frenazos en la carretera.

No les daría nada a lo que pudieran acogerse esos cabrones.

De esa manera, aparte del seguro de vida recientemente contratado, tendría el seguro de vida de su hipoteca y, además, le pagarían un tercero por su seguro de vida adjunto al coche.

Dinero más que suficiente para que tuvieran una vida holgada.

Salió de casa con todo lo necesario hacia el apartamento que ese desgraciado tenía en el barrio de Ruzafa. Se puso los guantes nada más entrar al coche y se lanzó a la ciudad.

Llevaba un pasamontañas guardado en una mochila, junto a cuchillos, una mordaza y un paquete de bridas.

El kit para asesinos en prácticas.

Ya era de noche y se había asegurado de que Daniel Ayala llegaba siempre a la misma hora de trabajar.

Solo en el caso de que fuera a casa de su novia, Cecilia, podía variar algo, pero estaba de viaje, así que nada podía fallar.

Daniel llegó en un taxi que lo dejó en su portal. Pagó el trayecto con la tarjeta de empresa y se propuso a entrar en el edificio.

Entonces era cuando el hombre vestido con un traje de precio medio de Zara, apellidado Molina y llamado Antonio, debía aproximarse y asaltarle por la espalda.

Darle un golpe y meterlo de cabeza en el coche, antes de salir cagando leches.

Sin embargo, cuando ya había cogido aire y, con el corazón tronando en el interior de su pecho, una llamada de teléfono provocó que todo cambiara.

Al menos por el momento.

37

No sabía en qué momento me había parecido una buena idea estar presente en esa conversación, pero en ese instante, habría pagado lo que fuera por estar en cualquier otra parte.

—¿Qué es quién? —preguntó Sofía levantándose de sofá y convirtiendo toda su tristeza en furia—. ¿Cómo tienes la cara de venir aquí, a mi casa?

Nada más decir esas palabras, el llanto se apoderó de nuevo de Sofía. Hasta el punto de que su madre entró también en el salón y me fulminó con la mirada.

—Eres un hijo de puta, aunque muy listo, eso te lo reconozco —añadió el padre en muy mal momento—. Si llega a ser por mí, no nos la juegas, pero mi yerno no daba para más.

Tras la gran aportación de una eminencia de la psicología, su hija se desplomó perdiendo todas las fuerzas que le quedaban.

—Venga, por Dios, si ya está muerto, esto no cambia nada.

—¡Fernando! ¡Ya está bien! —exclamó entonces su mujer, la única que lo silenció al instante.

—Vale, vale.

Y vino a por mí.

—Bueno, tú, ¿cómo tienes los huevos de venir aquí?, ¿eh? ¿Qué más quieres?, ¿Quieres mi casa?, ¿Eh?, ¿Te la envuelvo en regalo?

No sabía qué podía contestar, porque si lo hacía por seguro empeoraría la situación.

—¿No dices nada?, ¿Necesitas a tus dos perros para que te hagan el trabajo sucio? Sí, sé que mandas a esos dos para las cosas difíciles mientras tú te sientas en tu despacho mirando al mar, desgraciado. Te he investigado, por eso supe que no había ningún problema en el edificio, pero ¿qué tal vais con la venta a la hotelera? ¿Regular, no?

Esa última frase fue algo que no fui capaz de obviar.

—¿Qué sabes tú de eso? —pregunté, levantándome y colocándome frente a ese hombre.

—Pues todo lo que quieras. Cuando me enteré de que era todo mentira, les llamé yo personalmente para que supieran la clase de gente con la que estaban tratando. Y ahora os habéis comido todo el edificio por hijos de puta.

El odio y la inquina se apoderaban de mí. Habría saltado sobre ese vejestorio si no fuera, porque me habría dado una buena paliza.

—Será mejor que nos vayamos. Gracias por habernos atendido —dijo la inspectora dirigiéndose hacia Sofía, aunque la mujer hizo caso omiso a sus palabras. Continuaba sollozando junto a su madre.

—Pues sí, será mejor, sí —zanjó el hombre—. Pero esto no va a quedar así, agente, has traído al hombre que les jodió la vida, a mi hija y a su marido a su casa a hacerle preguntas

personales. Eso incumple una cantidad de normas que se te va a caer el pelo, bonita. Te voy a poner una denuncia que te vas a cagar.

—Haga lo que tenga que hacer, está en todo su derecho. Este hombre ha recibido amenazas durante los últimos días y la primera persona en la que se pensó fue en su marido debido a su amenaza. Pero es cierto que no debía haber estado presente.

—Mi marido ya no puede haberle hecho nada… porque está muerto —zanjó evidenciando lo evidente.

Dejando a la familia atrás, nos dirigimos a la puerta lo más rápido posible y salimos a la calle.

—¡Joder!, ¿no podías haberte quedado callado? Me has jodido, pero bien, como ese capullo me denuncie, me joden viva, hostia Dani —me soltó la inspectora como si fuéramos amigos de toda la vida.

Habíamos hecho un trato y a veces las acciones conllevan consecuencias.

Y riesgos.

—Y no hemos sacado nada.

—No, además, no hemos sacado nada. Me voy a mi puta casa, a ver qué coño pasa mañana.

Se me pasó por la cabeza la idea de preguntarle si quería que la llevara, pero daba por hecho que la respuesta sería un no, y además, estábamos muy cerca de casa de Cristina y me apetecía mucho verla.

Necesitaba un polvo como el comer. Estar junto a esa mujer todo el día me había puesto a cien.

Y puesto a no poder desfogarme con ella, Cristina era una opción más que apetecible.

—Bien.

—¿Bien?, ¿En serio?, ¿bien? —. Macho, pareces un puto robot. Mañana mandaré a alguien por la tarde a que recoja las huellas de tu apartamento, intenta no tocar nada de baño ni del salón.

Dicho esto, se alejó hacia la oscuridad de la noche.

Todavía observando su silueta en la distancia, cogí mi teléfono y llamé a Cristina.

—¿Dani?, ¿Habéis podido ver esas fotos?, ¿Sabéis algo nuevo?

—No quiero hablar de eso ahora.

—Vale, vale, ¿por qué me llamas, entonces?

—¿Estás ocupada?

—No, estoy en casa.

—Perfecto, nos vemos en cinco minutos.

38

Tras una noche de sexo y desenfreno en la que no había podido quitarme de la cabeza la imagen de esa inspectora en ningún momento, me desperté sobre la enorme cama de matrimonio de Cristina y permanecí unos minutos mirando hacia la nada.

Era increíble la noche que había pasado con esa mujer.

Mejor de lo que recordaba haber tenido nunca con ella, la verdad.

¿Sería por el hecho de haberle puesto la cara de la inspectora Larson durante todo el polvazo?

Incluso le di la vuelta un par de veces para que fuera más sencilla la recreación de mi imaginación.

Todavía era capaz de oler su perfume recostado sobre las sábanas.

Ojeé mi reloj.

No eran ni las siete y media de la mañana, pero tenía que ducharme e irme a mi casa para que Luis pudiera recogerme de camino a la reunión con los inversores.

Por algún motivo, esa mañana me sentía mejor y más preparado para afrontar el problema.

Sí, sin duda alguna me sentía con la capacidad de darle la vuelta a la situación con los inversores.

Si tenía que mentir, mentiría.

Si tenía que mejorar la oferta, eso es precisamente lo que haría.

Pero haría que esos desgraciados firmaran.

Fuera como fuera.

—Hola, cielo —me saludó Cristina, todavía medio dormida—. ¿Qué hora es?

—Pronto —contesté—. Sigue durmiendo.

Me levanté, me di una ducha para quitarme el olor de Cristina. —No sabía cuándo vería a Cecilia pero era mejor prevenir que curar— y me fui a casa en moto.

Me cambié de ropa y esperé a que llegara Luis, que no tardó en hacerlo. De hecho, ya estaba con Óscar en el coche cuando bajé y me senté en el asiento de detrás.

—Buenos días, Dani.

—Ey.

Saludaron los dos nada más entrar.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Óscar con un café sobre las manos—. ¿Quieres uno? —me dijo ofreciéndome otro a mí.

—Lo sabré cuando lo sepa —dije cogiendo el recipiente de café con leche para llevar y llevándomelo a la boca.

No estaba malo del todo para lo que uno se encuentra en Valencia.

En eso envidiaba a los que vivían en Madrid, donde casi cada café que tomabas sabía de puta madre.

Hasta en el antro donde pensarías que venderían tus órganos en el mercado negro, el café era excelente.

En cambio, en Valencia casi todo era meado de gato y te enviaba directo al baño como una suerte de lavativa.

Desde mi barrio, hasta el centro, donde habíamos quedado con los inversores, no había más que unas pocas calles, de hecho, normalmente no cogía la moto cuando utilizábamos esas instalaciones. Pero me tomaba muy en serio que esta vez nada pudiera fallar.

No iba a permitir que fuera quien fuera el que me quería joder, pudiera hacer nada esta vez. Y el primer paso era asegurarme de que los tres llegábamos al mismo tiempo.

—Bien, voy a ofrecerles la seguridad que tanto quieren, aceptaré por escrito que asumimos riesgo económico en esta operación.

Ambos se dieron la vuelta y me miraron anonadados.

—¿Perdón?

—Pero eso…

—Lo sé. Momentos desesperados, medidas desesperadas. Si perdemos esta operación, no conseguiremos la liquidez para aportar nuestra parte en la compra de la parcela para la urbanización que quiero construir con el padre de Cecilia. Y esa sí que es la operación que llevamos preparando años. No la podemos joder ahora.

—Pero para firmar eso nos pedirán un aval bancario. No los vale con una sociedad secundaria que firme los acuerdos. Vamos a tener que hacerlo con la principal y poner sobre la mesa la línea de crédito.

—Lo sé. Tú hazlo.

Óscar se volvió hacia delante con el rostro pálido. Ya no le apetecía hacer bromitas sobre tonterías como había hecho en presencia de los dos inspectores.

En cambio, Luis parecía más relajado.

Claro, esto facilitaba enormemente su trabajo con los inversores.

¿Cómo no iba a estarlo?

—Con esa oferta la cosa cambiará bastante.

—Coño, pues claro. Estamos compartiendo el puto riesgo. Si sale mal, nos vamos a la mierda.

—Sí, pero si sale bien, podremos hacer lo de la urbanización, Óscar. Y ahí sí que nos coronamos. ¿No lo ves?

—Claro que lo veo, pero el riesgo es demasiado grande si además tenemos que tirar de crédito. ¡Cómo se nota que no eres tú el que tiene que conseguir el dinero!

—Igual que se nota que no eres tú el que tiene que convencer a los inversores, no te jode.

Mientras esos dos idiotas discutían por chorradas, pasamos junto al guardia de seguridad del edificio y nos adentramos en el aparcamiento del que disponía el bufete de abogados.

Iba a decir algo como:

«Bien, no digáis una palabra, dejadme hablar a mí»

Cuando un olor entró por la ventana y, antes de llegar a darme cuenta, caí desmayado sobre la ventanilla.

Desperté sobresaltado, sin saber con seguridad cuánto tiempo había pasado.

La luz del aparcamiento estaba completamente a oscuras, por lo que había pasado el suficiente como para que el detector de movimiento se desactivara tras nuestra llegada. O sea que, como mínimo, habían pasado unos cuantos minutos.

—¿Qué coño ha pasado?, ¿Por qué no me habéis despertado? —pregunté hacia los asientos de delante.

Podía ver la silueta de esos dos idiotas delante de mí sin decir una palabra.

—¡Os estoy hablando a vosotros, capullos! —exclamé moviendo el cuerpo hacia delante y tocando el hombro de Óscar.

La sombra de mi socio se fue hacia delante y su cabeza se estampó contra el salpicadero.

¿Pero qué coño?

Me había manchado la mano con algo, pero no podía ver qué era lo que podía ser.

—¿Óscar?, Luis, ¿has visto eso? ¿Luis?

Pero la sombra de Luis tampoco contestó.

La oscuridad me estaba poniendo de los nervios y que esos dos no dijeran ni una sola palabra no ayudaba a mi raciocinio.

Probé a encender las luces de arriba del coche, sin resultado.

Saqué mi móvil y encendí la linterna.

Apunté para delante, hacia las sombras de mis socios.

Y el corazón, por poco, no se me sale del pecho.

Ambos estaban muertos.

39

La mirada de Luis apuntaba hacia el techo, mientras que Óscar había caído contra el salpicadero y ahí permanecía, estático y completamente cubierto de sangre.

Miré mis manos para percatarme de que también estaban totalmente recubiertas de rojo y, al tirar mi cuerpo hacia detrás, mi piel rozó lo que me pareció el frío de un metal.

Volví la vista y apunté con el haz de luz de mi linterna para dar con un enorme cuchillo junto a mí, evidentemente cubierto de sangre hasta el mango.

No podía ser.

Era imposible.

¿Qué era lo que estaba pasando?

¿Había hecho yo eso?

Evidentemente no.

Pero alguien había querido que lo pareciera y lo había hecho jodidamente bien.

Mis huellas estaban por todas partes.

Tanto en el cuchillo como por cada maldita parte del coche. Y si no lo estaban antes, ahora también lo estarían sobre Óscar.

—¡Mierda, mierda, mierda! —no pude evitar soltar, como un idiota. Como si decir esas palabras fuera a solucionar el problema.

Tenía que pensar y concentrarme.

Buscar y encontrar una solución.

Me limpié las manos con los asientos del coche de Luis y abrí la puerta de detrás. El corazón me latía con una fuerza que parecía que se fuera salir. Y al mismo tiempo advertía un nudo enorme en el estómago y un fuerte dolor en las sienes. Sentía que me podría desmayar de un momento a otro debido a la ansiedad.

Había logrado controlar mi estado durante mis últimos días pese a la muerte de mi padre, la aparición de las fotografías, el problema con los inversores y la amenaza en mi casa, pero ahora todo eso estaba volviendo a mí de golpe y no me sentía con fuerzas como para soportarlo.

Mis dos socios, lo más parecido que alguien como yo, podían llamar amigos. Incluso la familia que uno escoge durante una vida, estaban muertos frente a mis ojos.

Mi cuerpo me pedía una tregua que yo no estaba dispuesto a darle. Y esa división de opiniones fue lo que provocó que colapsara por completo y que mis piernas cedieran a la gravedad.

No sabía qué hacer.

Arrastré las manos por el sucio suelo del aparcamiento sin luz ni esperanza. Observaba las sombras de Luis y Óscar todavía en el interior del coche.

Todo mi futuro acababa de desvanecerse ante mí. Ya no habría operación con inversores.

Ni urbanizaciones.

Ya no sería un hombre todavía más rico y poderoso.

Ahora me esperaba el martirio.

A no ser que fuera capaz de cambiar mi suerte.

Alcé la vista y la dirigí hacia mis antiguos socios. Los tres habíamos firmado un acuerdo privado para que, en caso de morir, los otros dos heredaran las participaciones de todas las sociedades. Por un lado, eso me convertía en alguien todavía más sospechoso, pero, por el otro lado, también en alguien con más recursos.

Y alguien rico es alguien con posibilidades.

Debía contratar al mejor bufete de abogados criminalista y aguardar sus instrucciones.

Pero antes debía largarme de allí al instante y desaparecer en algún lugar en el que no dieran conmigo, al menos durante las próximas horas.

Si dejaba el coche en ese aparcamiento mi tiempo sería muy limitado. No tardarían más que unas horas en dar con ellos y estaría jodido al instante. Sería mucho más inteligente llevarlos a un lugar seguro hasta tener un plan cerrado que seguir cuando dieran conmigo.

Me levanté algo más tranquilo, aunque mi estómago quisiera hacerme creer lo contrario, y abrí la puerta del conductor.

Si hasta ahora había hecho cosas que me habían resultado difíciles, puedo asegurar que mover el cadáver de mi socio hasta el maletero se llevaba la palma.

Bueno, hasta que me tocó hacer lo propio con el cuerpo de Óscar, que fue exactamente igual de jodido.

De hecho lo fue todavía más porque, después del cuerpo escombro de nuestro director comercial, el peso del director financiero, tonificado a base de horas de gimnasio, se me resistió una barbaridad.

Sus kilos de músculo, junto al cansancio de haber llevado ya a Luis, me pasaron factura. Arrastraba el cuerpo tratando de no manchar demasiado el suelo, aunque tampoco es que fuera capaz de verlo debido a la oscuridad.

Y no me planteaba la opción de dar la luz en ese momento.

Lo último que necesitaba era que un vecino curioso o un trabajador tardío pasara por ahí en busca de su coche.

Cuando hube dejado a Óscar también en el maletero, me dejé caer hacia detrás y apoyé las manos sobre el suelo, agotado. La cabeza seguía tratando de procesar toda la información.

Si había situaciones que me podía haber llegado a imaginar, esta no estaba entre ellas.

Para mí era evidente que quien me hubiera amenazado y jodido la operación no iba a cesar en su ataque, pero que asesinara a mis socios y me incriminara a mí en el crimen, me parecía demasiado retorcido.

Tenía que salir de allí lo antes posible y meter el coche en algún sitio donde pudiera regresar después.

Todavía estaba en el suelo, agachado y sin moverme, cuando la luz del apartamento me cegó.

Era una luz tenue y anaranjada que en ese momento me pareció como si me apuntaran con una linterna a los ojos.

Miré en todas direcciones en busca de la procedencia de la persona que había pulsado el interruptor. O quién hubiera pasado junto a los detectores de movimiento junto a las puertas.

Al principio no vi ni escuché nada. Era posible que hubiera caminado en la otra dirección, o que de alguna manera hubiera sido yo mismo el que activara el detector.

Todavía mi cerebro no le había enviado la orden de movimiento al resto de mi cuerpo, cuando dos voces en plena conversación aparecieron a mi derecha.

Iban directamente hacia mí.

Me levanté de golpe y me senté en el asiento del conductor, agachando la cabeza y rezando a un dios en el que no creía para que pasaran de largo.

—No quisiera ser yo quien hubiera quedado con esos hombres en la planta siete, llevaban un cabreo del demonio por haberlos dejado tirados —decía una de las voces mientras se aproximaba.

—Pues sí, la verdad es que yo solo he pasado un momento por ahí y estaba a punto de arder Troya.

Desde que había encontrado a mis dos socios muertos y mis manos cubiertas de su sangre, el problema con los inversores había pasado a un segundo lugar.

Por lo que fuera.

Pero escuchar esas palabras me provocó un nuevo nudo en la garganta.

—Un momento, Marta —dijo una de las dos voces. La que parecía ser de hombre—. ¿Qué es eso?

La voz parecía cada vez más cerca, no podía verlos desde mi posición, pero habría apostado mi casa a que se estaba agachando y pasando la mano por el suelo manchado de…

—Es sangre, joder, está todo lleno de sangre. Enciende la luz de la linterna de tu móvil.

Entonces la luz se incrementó en mi dirección.

Mal asunto.

Mi única opción era que no me vieran lo suficientemente bien como para reconocerme en una rueda de reconocimiento.

—Si joder, es sangre, y hay mucha.

—José, va hacia el coche, la sangre llega hasta la puerta del copiloto.

—No, la sangre sale de la puerta del copiloto y llega hasta el maletero.

—Joder, José, vámonos de aquí y llamamos a la policía.

Sí, sí, haz eso. Hazle caso a Marta, capullo, me dije a mí mismo al borde del colapso.

—Espera un momento, voy a echar un vistazo.

Mierda, ese imbécil me iba a pillar de pleno.

Ni me lo pensé.

Antes de que el careto del tal José apareciera por la ventana, di el contacto al coche, metí primera, y aceleré a toda marcha hacia delante.

Y sí, no os voy a mentir, ni miré ni me importó si me llevaba a algunos de esos dos memos por delante.

Tampoco es que quisiera hacerles nada, pero en ese momento mis prioridades eran otras.

Vi por la ventanilla cómo el hombre saltaba hacia su derecha y caía de costado.

Se pondría bien.

Y, al pasar, escuché el grito ahogado de la chica en el otro lado.

No sentí ningún golpe y, cuando encarrilé la rampa, todavía la oía gritando, desesperada.

La muy exagerada.

Me gustaría verla en mi situación…

Con el marrón que yo tenía encima y ella berreando como una loca por un sustito de nada.

Dejé atrás a esos dos y, cuando la puerta del aparcamiento me permitió el paso, me lancé hacia la noche.

40

Debía encontrar un lugar donde dejar el coche abandonado y a salvo de miradas indiscretas hasta que fuera capaz de ordenar mis ideas y trazar un plan de acción.

Yo no había hecho nada.

O al menos estaba bastante seguro de ello.

Pero también estaba convencido de que nadie me creería.

Quien había matado a mis dos socios se había ocupado de ello.

¿Podría tratarse de Antonio Molina?, ¿ese cabrón habría fingido su muerte para cobrar el seguro de vida y después cazarme como a un cervatillo?

Cada vez me convencía más esa posibilidad.

Traté de recordar las palabras de ese hombre.

«Tu familia morirá, tus amigos morirán y, solo cuando ya no tengas nada y estés en la más absoluta miseria, solo entonces será cuando acabe con tu sufrimiento y nos iremos juntos de la mano camino al infierno.»

«Tu familia morirá»

Mi padre había sido el primero en morir, fuera cosa de Antonio o no.

«Tus amigos morirán»

Los tenía junto a mí, en el maletero del coche de Luis, mientras me alejaba del lugar del crimen.

«Solo cuando ya no tengas nada y estés en la más absoluta miseria, solo entonces será cuando acabe con tu sufrimiento y nos iremos juntos de la mano camino al infierno»

Había jodido mi operación, puesto las fotografías de Cristina a la vista de Cecilia y me había culpado de la muerte de Luis y Óscar.

Así que lo estaba haciendo rematadamente bien, el muy cabrón.

Con las manos todavía ensangrentadas, busqué mi teléfono móvil en el bolsillo del pantalón. Lo había puesto en modo silencio, nada más quedar con Óscar y Luis. No quería que nadie me jodiera la operación.

Tenía varias llamadas.

Una era de Cristina, tres de Cecilia, una de Luis, y otra de un número desconocido.

La de Cristina era algo habitual.

Las tres de Cecilia me parecían hasta pocas.

La de Luis sería de antes de que nos encontráramos para que bajara de mi apartamento.

Y la del número desconocido…

Pues evidentemente no tenía ni idea.

Pero tampoco era el momento de averiguarlo.

Tiré el teléfono al asiento del copiloto y continué enfocado en la carretera y en el destino al que debía dirigirme.

Un destino que desconocía por completo.

Mi casa estaba totalmente descartada.

La casa de Cristina también. Su apartamento estaba a nombre de la empresa y, además, la inspectora Larson había estado allí tan solo un día antes.

Debía encontrar un lugar donde…

Ya lo tenía.

El edificio en el que vivía ese hombre, la casa de Antonio Molina.

Todavía no la habíamos vendido después de que el desgraciado de su suegro nos vendiera a la compañía hotelera. Algunos de los pisos sí que estaban ocupados pero eran una minoría y el aparcamiento tenía dos plantas y podía esconderlo en lo más profundo de la segunda.

Mi cuerpo me pedía acelerar el coche al máximo para llegar lo antes posible, pero era consciente de que hacerlo sería una estupidez. Lo último que necesitaba en ese momento era atraer la mirada de nadie. Y menos de un agente de la ley que pasara por ahí.

Con calma forzada conduje la distancia que separaba la oficina del edificio que habíamos comprado por un precio ridículo.

Aunque, si mis suposiciones resultaban ser ciertas, el precio emocional a pagar no dejaba de aumentar a cada maldito segundo.

Cuando llegué frente a la puerta del aparcamiento, me di cuenta de una verdad tan evidente como lógica.

No tenía llaves del edificio.

Y aunque las tuviera, ¿cómo iba a salir de allí sin el coche y lleno de sangre?

Tampoco tenía las llaves de ninguna de las casas…

Rebusqué entre las cosas de Luis. Si alguien tenía alguna de esas llaves para hablar con las inmobiliarias a las que habíamos ofrecido la venta de los pisos, ese era Luis.

Desesperado, levanté todas sus cosas, abrí la guantera, miré en su maletín, que estaba en la parte trasera del coche.

Y bingo.

Di con un enorme manojo de llaves. Solo me quedaba probar y rezar.

Salí cuando no miraba nadie.

Aunque no es que hubiera mucha gente.

Y me dirigí hacia la puerta. Habría no menos de veinte llaves en ese manojo.

Algo que era una buena y mala noticia al mismo tiempo.

Mala porque eran muchas llaves que probar.

Y buena, porque la única razón de que Luis tuviera tantas llaves juntas, era porque se tratara del único edificio de viviendas que teníamos en propiedad.

Blanco y en botella.

Entonces una finalmente abrió la puerta del portal.

Podría probar suerte con el aparcamiento o hacerlo desde el interior, que sabía a ciencia cierta que tenía un botón.

Aunque eso implicara dejar el coche solo en la calle durante ese tiempo frente a la verja.

No había solución buena.

Pulsé el ascensor y, con la misma llave con la que había abierto el portal, presioné el aparcamiento.

Al llegar, corrí y pulsé para que se abriera la verja.

El coche seguía allí y no había nadie alrededor.

Me monté de nuevo y conduje hasta las plazas más alejadas al fondo de la segunda planta. Me bajé, subí a los pisos, y fui probando con las llaves que tenía desde la última planta.

Prefería estar lo más lejos posible de nadie.

Era un edificio antiguo, aunque bueno, todos los de la zona lo eran. Sin embargo, su estado era realmente bueno. La compañía hotelera había tenido buen ojo con él, aunque al final se echaran atrás por unos principios que fingían tener.

O sea, más bien, por un tema de miedo mediático. Entré en uno de los apartamentos de la última planta. Estaba totalmente vacío.

Pero lo único que necesitaba era limpiarme tanto yo como la ropa que llevaba puesta para poder salir de ahí en algún momento del día siguiente.

Sin quitarme la ropa, me metí en la una ducha que, por suerte, todavía seguía teniendo agua, pero el rojo se mantenía tan potente y visible como antes.

Necesita jabón y lejía.

Y ropa.

Si solo lo limpiaba con agua, podría pasarme semanas frotando como un idiota.

Tenía que llamar a alguien.

¿Pero a quién?

¿En quién podía confiar para que viniera a ayudarme?

41

En otras circunstancias, Luis y Óscar habrían sido los elegidos más evidentes para ello, pero claro…

Eso no iba a ser posible.

Lo único que se me ocurría era que alguien pudiera acudir sin saber realmente el motivo. La opción de Cecilia la descarté de inmediato.

Haría demasiadas preguntas.

Mi hermana tampoco era la mejor de las opciones.

Si le pedía ayuda no me la quitaría de encima para los restos.

Y pedir ayuda a alguno de los trabajadores de la empresa resultaría tan extraño que lo comentaría sin parar el resto de su vida.

No…

Solo me quedaba una opción.

—Hola, cielo, esta mañana te has ido muy pronto, ¿ya quieres repetir? —preguntó haciendo referencia al escarceo sexual que habíamos tenido la noche anterior.

—Cristina, escúchame atentamente.

—Mmm, vale.

—Necesito que me traigas ropa. Exactamente, la misma que llevaba esta mañana.

Yo tenía una segunda muda de toda mi ropa para que cuando iba a ver a Cristina pudiera salir con la misma ropa que había entrado pero sin olor a sexo, perfume y sudor.

—Eso, jabón y champú. Te mando la dirección por WhatsApp, luego elimina la conversación.

—Vale —contestó esta vez con muy poca seguridad—. ¿Pasa algo?

Si es que no daba para más.

Le llamaba para decirle que me trajera ropa y jabones y me preguntaba si pasaba algo.

Pues claro que sí.

Estúpida.

—No, tú haz lo que te he pedido.

—Vale, vale, qué humos, de verdad, ¿para cuándo lo necesitas? Es que yo ahora estoy…

—Para hace dos horas.

Y colgué.

No se atrevería a no aparecer cagando leches.

Refunfuñaría, se quejaría, pero vendría.

Mientras tanto, lo único que podía hacer era mirar al infinito y esperar a que llegara.

Entonces recordé las llamadas que había recibido. Algunas eran de Cecilia, otras de Óscar y una de un número desconocido.

Debía llamar, tanto a Cecilia como a ese número.

Debía parecer que todo estaba bien. Siempre pillan a los malos por cagadas por esas.

Me proponía a llamar a Cecilia con muchas más pereza que miedo cuando el teléfono sonó de nuevo.

Era el mismo número de hacía un rato.

Contesté.

—¿Sí?

—¿Dani? —preguntó una voz de mujer.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

—Soy Lara.

¿Lara?

¿Qué Lara?

¿La inspectora Larson?

—Te llamo desde mi teléfono personal. No quiero que nadie se entere de esta llamada. Tengo que contarte algo. Cuando he ido esta mañana a comisaría, me he comido la bronca del siglo por haberte llevado a ver a la familia de Molina. De hecho, me han suspendido un par de días.

—Lo lamento.

No sé por qué dije tamaña idiotez, pero bueno.

—Gracias. Pero antes de ir a buscarte para cagarme en tus muertos, he escuchado que ya habían cotejado tus huellas con las encontradas en el escenario del crimen de Molina, y que coinciden al cien por cien. Tus huellas estaban por toda la habitación.

Me desplomé.

Aunque tampoco podía sorprenderme.

Después de todo lo que me estaba pasando, era algo que podía creerme sin ningún tipo de problema.

Si quien me quería joder era capaz de matar a dos personas y tratar de culparme, por supuesto que podía dejar mis huellas en otro crimen.

Faltaría más.

—Veo que no te sorprende —dijo ella, sorprendida.

—Con todo lo que está pasando ya no me sorprende nada.

—Ya…

—¿Por qué me llamas, Lara? —pregunté yo sentándome en el suelo con la espalda contra la pared—. ¿Por qué me avisas de esto?

—Porque no creo que hayas sido tú, Dani. He investigado el caso y es muy raro que solo encontraran dos dedos y un montón de sangre, pero el cuerpo no pareciera por ningún lado. Y justo aparecen tus huellas después de que se haya hecho un seguro de vida por un millón de euros poco tiempo antes. Es muy sospechoso.

—¿Crees que ese cabrón se suicidó y me culpó a mí? Porque esa sangre era suya, ¿no?

—Creo que sigue con vida. Estuvo el tiempo suficiente como para haberse ido sacando sangre cada día y que pareciera que la cantidad era incompatible con la vida. Entonces, se arrancó dos dedos y los dejó junto a la sangre y tus huellas, que no tengo ni idea de donde pudo conseguir.

—Joder… —farfullé.

—Sánchez ha pedido una orden de detención contra ti, Dani, no tardarán en concedérsela, visto lo visto.

—No estoy en mi casa.

—Lo sé, yo estoy aquí.

—¿En mi casa?

—Sí, pero haces bien en no estar aquí, aunque deja que te ayude, tampoco me echarán de menos estando suspendida.

¿Era una buena idea?

¿Podía tratarse de una trampa?

Tampoco importaba.

Llegado a este punto no había mucho que pudiera hacer yo solo. Y eso sin que todavía hubieran encontrado a mis dos socios en el aparcamiento.

Estaba de mierda hasta el cuello y era probable que mi única opción de salir bien parado fuera una inspectora pelirroja con un culo de infarto.

—Estoy en el antiguo edificio de Antonio Molina, en uno de los apartamentos de la última planta.

—Voy para allá —dijo antes de cortar la llamada.

En poco tiempo sabría si era una trampa, o si esa mujer realmente venía a ayudarme.

Todavía estaba centrado en mis pensamientos cuando me llegó un mensaje.

«Estoy aquí bajo»

Cristina había llegado con mi ropa.

Me había olvidado de ella por completo.

42

Después de coger la ropa y el jabón sin dar muchas más explicaciones que un «gracias, te debo una», regresé a la carrera al apartamento.

Debía ducharme y cambiarme la muda antes de que llegara la inspectora.

Una cosa era que esa mujer confiara en mí respecto al asesinato de Antonio Molina, y otra muy distinta era que lo siguiera haciendo con los cadáveres todavía calientes de mis socios en el aparcamiento.

Me lavé como si no hubiera un mañana.

El agua que caía de mi cuerpo era rosada y manchaba toda la bañera de sangre. Olvidé pedirle una esponja a Cristina y ahora ya era demasiado tarde para hacerlo, así que froté como pude. Con los dedos, las uñas, los brazos, hasta que al menos la parte visible de mi cuerpo estaba limpia como una patena.

Salí de la ducha, me puse la misma ropa que llevaba antes pero limpia y seca y me senté sobre el suelo a esperar a que llegara la inspectora.

O a que vinieran a detenerme.

En mi mente las posibilidades estaban en un cincuenta, cincuenta.

Entonces el timbre de bajo sonó y abrí sin dilación.

Al menos parecía que iba ella sola.

Veríamos.

—Hola, Dani —me saludó nada más entrar por la puerta y adentrarse en el salón—. ¿Cómo estás?

¿Cómo demonios se contestaba a eso?

Me buscaban por el asesinato de un hombre al que no he matado y eso sin contar con que mis dos socios estaban a unos cuantos metros de distancia perforados con un cuchillo, que, por cierto, estaba repleto de mis huellas.

—Estoy bien.

—Por lo que yo sé, Sánchez todavía no tiene la orden de arresto, pero no tardará en que se la concedan. Primero empezará por tu casa, la oficina y la casa de tus familiares, pero no tardará en venir aquí. A fin y al cabo este edificio está a nombre de la empresa.

—Lo sé.

—Por cierto, ¿por qué estás aquí? Todavía no te había dicho que te buscaban, pensaba que tenías una reunión.

—Y la tenía, pero finalmente no acudimos.

La mujer cruzó los brazos por encima del tronco.

—¿Y eso?

Estuve a punto de mentir, pero lo descarté. Estando en el punto en el que estaba, ya no podía ir mucho peor.

Así que dije:

—Porque es realmente difícil convencer a nadie de que somos gente de fiar con mis dos socios muertos y yo cubierto con su sangre —contesté del tirón. No tenía sentido andarme con rodeos.

Los ojos de la inspectora se abrieron como platos. Dio un paso hacia detrás e incluso se llevó la mano a una pistola que parecía no llevar.

—¿Cómo?

—Cuando llegamos al aparcamiento del centro, sentí un olor que me hizo perder el conocimiento y, al despertar, estaban los dos muertos y yo tenía un cuchillo entre las manos.

Su rostro mostraba que no sabía qué debía creer.

—Daniel, esto es muy raro.

—No es más raro que mis huellas en la escena del crimen de Antonio.

—Supuesta escena del crimen —me corrigió ella.

—Ahí voy —dije acercándome un poco a ella—. Ese hombre dijo que mi familia moriría, y mi padre murió. Dijo que mis amigos morirían, y ahora Luis y Óscar…

Por primera vez desde que había encontrado a esos dos muertos frente a mis ojos, me rompí. La ansiedad se apoderó de mi cuerpo y no pude evitar desplomarme. Como si me hubiera bajado de una montaña rusa después de haber estado dando vueltas sin parar durante horas.

—¡Dani! —gritó la inspectora, aunque yo ya no la escuchaba. Había caído al suelo como un saco de arena.

Durante unos minutos no tengo ni idea de lo que pasó, aunque por lo que me contó la inspectora y podía llegar a suponer, no paró de moverme y mojarme para que recuperara la consciencia.

Cuando lo hice, que de eso sí que me acuerdo, aunque preferiría no hacerlo, comencé a llorar desconsolado. Atragantándome con mis propios llantos sin ser capaz de hablar.

Ella me abrazó y trató de mejorar mi ánimo con palabras agradables pero vacías.

—¿Dani, estás bien?

Y dale con la preguntita, pero, ¿no veía que no?

—Sí, contesté al tiempo, tratando de levantar mi cuerpo del suelo y de limpiarme los mocos con la manga de la camisa. Al hacerlo, se levantó y una parte cubierta de tela quedó a la intemperie.

Una parte de mi cuerpo que todavía tenía el rosado tono de la sangre lavada con jabón.

Ella la miró, y luego me miró a mí mordiéndose el labio.

—Eso es…

—Sí —contesté de inmediato, bajando la mirada.

—¿Dónde están? —preguntó ella con la mirada fija en mí.

Tardé un par de segundos en contestar, pero ¿qué importaba ya?

—En el garaje, dentro del coche.

—Vale, vamos a verlos y quiero que me lo cuentes todo, paso a paso todo lo que ha ocurrido.

Y eso hice.

Bajamos a la segunda planta del aparcamiento y nos acercamos al coche de Luis.

Durante el camino le fui narrando todo lo sucedido.

Que Luis vino a por mí a mi casa.

Que decidimos ir juntos para que esta vez no pudiera fallar nada.

Algo que, mirando hacia atrás, había resultado un plan tirando a una puta mierda.

Que habíamos entrado en el garaje que alquilábamos de vez en cuando a la firma de abogados y que, nada más aparcar, me desmayé y me levanté cubierto de sangre y el cuchillo entre mis manos en completa oscuridad.

Y ellos dos ya estaban muertos.

—No existe un jurado sobre la faz de la tierra que vaya a creerse nada de eso, Dani. Antonio Molina era un hombre desesperado y enfadado, pero no era el maldito James Bond, ¿cómo crees que pueda haber fingido su muerte y luego llevar a cabo un plan de ese calibre?

—No tengo ni idea, la idea de que no está muerto es tuya —contesté yo ya en el ascensor de camino al garaje del edificio.

—Lo sé, pero esto ya se escapa de toda lógica. O hay algo de ese hombre que no sabemos o tiene ayuda de alguien.

—¿Ayuda?, pero ¿de quién?

—No lo sé, Dani, pero esto…

Con las palabras de la inspectora todavía sobre los labios, llegamos al coche y abrí el maletero. Y durante unos treinta segundos, nos quedamos observando los cadáveres ya fríos de mis socios.

43

—Tienen que hacerles la autopsia, es posible que haya huellas o algo.

—Sí, mis huellas —contesté yo sin apartar la vista de los ojos sin vida de Luis, que me miraban desde el inframundo.

—Me refiero a más huellas, o pelos, o algo. Es muy difícil no dejar nada de nada cuando haces algo así, y menos con el tiempo tan justo. Según me has contado, habría sido cosa de unos pocos minutos.

—Como mucho. Aunque es más una sensación que otra cosa, cuando desperté mi última prioridad era mirar el reloj.

Ella no apartaba la vista de mis socios con el cerebro en aparente pleno funcionamiento.

—Volvamos arriba, hay mucho en lo que debemos de pensar. Y tenemos que hacerlo antes de que te encuentren.

Asentí, ya dejándome llevar por esa mujer, que parecía haber cogido el timón de la situación.

—¿Has comido algo? —preguntó Lara nada más llegar al apartamento y dejado su chaqueta sobre la encimera.

—No, ni lo había pensado, la verdad.

—Es normal, pero no puedes estar sin comer nada —dijo mientras echaba un ojo al cuarto de baño.

—Aquí no hay nada, pero puedo pedir algo.

—Mejor lo hago yo, tu teléfono estará intervenido muy pronto. Si no lo está ya —contestó ella, caminando hacia el cuarto de baño y cerrando la puerta. Parecía que no quería ver lo que había en su interior. La sangre que manchaba los azulejos y la otrora blanca bañera.

Podía llegar a comprenderlo.

La inspectora pidió algo de comida china por una aplicación de pedidos a domicilio que no nombraré y salió ella a recoger el pedido. Nos colocamos en pie uno frente al otro en un banco que había en el centro de la cocina como una suerte de mesa, y fuimos abriendo los paquetes de comida sin dejar de comentar la situación.

Debíamos de recopilar toda la información disponible.

Paso por paso todo lo que había ocurrido desde la muerte de mi padre.

Si no dábamos con algo que hubiéramos dado por alto, todo se iría a la mierda muy pronto.

Me arremangué la camisa para no mancharme la ropa de tallarines y comencé a comer sin hambre. Ella, con la boca llena y la mirada sobre la sangre de mis brazos, continuaba hablando.

—Antonio te amenaza y luego finge su muerte, dejando tus huellas junto a su sangre y dos de sus dedos para incriminarte. Cuando eso no funciona, espera a que muera tu padre y eso le da una idea, cumplir paso por paso lo que te dijo aquel día, pero como está «muerto» nadie podría pensar en él como el autor. Entonces entra en tu casa y te deja las fotografías de tu amante para

que las vea tu novia. Luego vuelve a tu casa y te deja una amenaza. Después, manda un mensaje a tus socios para que retrasen la reunión y tú llegues tarde.

—Luego me quita la tarjeta SIM, algo que no sé cuando ocurre porque os llamé desde ese teléfono.

Ella asiente mientras se mete en la boca un trozo de pollo al limón.

—Y después de eso, mata a tus dos socios y te deja con el arma homicida y huellas por todas partes.

—Es un buen resumen, pero no tenemos pruebas de nada.

—No, no las tenemos —dijo ella con la mirada perdida, como pensando o tratando de contener algún tipo de emoción.

—Realmente no tenemos nada —zanjé yo, desolado—. Debería buscar un abogado y seguir sus instrucciones.

—Si haces eso no sales en veinte años —contestó ella de inmediato—. Está todo en tu contra, Dani. Antonio te amenazó y ahora está muerto, o al menos todos creen que lo está. Y después mueren tus socios, y casualmente tenéis firmado un contrato que hace que sus acciones y participaciones de las empresas pasen a ti. Ni el mejor abogado del mundo puede salvarte de esta.

Yo lo sabía, pero me estaba cansando de luchar.

Yo era un luchador, o lo había sido toda mi vida.

Muy alejado de los lujos de la gente como Cecilia, acostumbrada a la opulencia y a tenerlo todo sin el menor esfuerzo.

Yo lo había conseguido todo a base de resiliencia, trabajo y hostias.

A mí o quién hubiera hecho falta.

Era un cabrón, sí, pero me había hecho a mí mismo.

Sin embargo, en ese momento no encontraba ni los restos de ese hombre.

Me estaba trasformando de poderoso león a un indefenso gatito en cuestión de horas.

Entonces mi teléfono reclamó mi atención.

Era Cecilia.

¿Cómo no?

Seguramente ya la habrían llamado de la policía y, aunque no fuera el caso, si mi teléfono estaba pinchado podrían dar conmigo en cuestión de minutos.

—¿Tienes el teléfono encendido? Pueden localizarte, idiota, apágalo ahora mismo.

Mierda.

¿Cómo no había caído en eso? No hacía falta que me llamaran, solo con que estuviera encendido sería más que suficiente.

—Joder —farfullé colgando la llamada y disponiéndome a apagar el teléfono.

Sin embargo, justo antes de llegar a apagarlo, me fijé en algo en lo que no había caído antes.

Cuando llegué al edificio en el que me encontraba y miré el teléfono tenía varias llamadas perdidas.

Algunas eran de Cecilia, otra pertenecía al número que poco después descubriría que pertenecía a la inspectora Lara Larson y otra más de Luis.

Esa llamada di por sentado que era de minutos antes de vernos para avisarme de que ya me estaba esperando.

Sin embargo, la hora no coincidía.

Era imposible porque, en el momento de la llamada, Luis y Óscar ya estaban muertos y yo cubierto con su sangre.

La llamada, si mis cálculos eran correctos, se había producido justo después del asesinato y antes de que yo despertara junto a sus cadáveres en completa oscuridad.

Y eso únicamente podía significar que la llamada la había efectuado el asesino.

44

El hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana llevaba siguiendo el nombre que tenía en su lista desde el momento en el que salió del apartamento donde habían escrito la palabra «muerto» sobre el cristal del baño.

Era increíble que de verdad fuera cierto.

Que de verdad los creadores de «La Experiencia» lo estuvieran considerando en serio.

No podía creérselo.

Pero era cierto.

Y no debía juzgar.

Debía recopilar la información necesaria para que se pudiera decidir si se elegía o no ese nombre como participante.

Tanto Daniel Ayala como Lara Larson estaban en el interior de ese edificio.

Había llegado él primero y dejado los cadáveres de sus amigos en el coche dentro del garaje. Después había subido a uno de los apartamentos y esperado a que le trajeran ropa para ducharse y cambiarse.

Y, finalmente y por lo que él había llegado a averiguar sin que le vieran, había llegado Larson y ambos habían regresado al garaje para ver a los fiambres.

Entonces el hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana recibió una llamada que no esperaba.

Uno de los creadores de «La Experiencia» le llamaba en persona.

—Mr. Tercero —saludó el hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana una vez había cogido la llamada.

—Mr. Decimosexto —saludó Mr. tercero.

Sabía su nombre.

El hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana al que llamaban Mr. Decimosexto en la organización de «La Experiencia» no se lo podía creer.

—Este fin de semana hay programadas dos jornadas. La primera ya está completa y se está preparando la captación para su inicio.

Mr. Decimosexto no dijo nada, simplemente aguardó a que Mr. Tercero dijera lo que tenía que decir.

—Una vez decida que el nombre que tiene apuntado debe entrar en la lista, necesito que acuda a ayudar a una captación que se ha de llevar a cabo en su ciudad. Dos equipos ya están de camino liderados por Mr. Doceavo, únase a él. El nombre, la dirección y el proceso de captación le acaban de llegar a su App de «La Experiencia»

—Muy bien, así lo haré —contestó Mr. Decimosexto. Sabía que a Mr. Tercero no le gustaba andarse con rodeos.

—Bien, aguardo su informe respecto al nombre que ya sabe.

—Sí, señor, no tardaré.

De hecho, lo haría de inmediato.

Acababa de percatarse de que no había nada que decidir.

Mr. Tercero no había dicho: «Una vez decida si tiene que entrar en la lista»

No, señor.

Lo que había dicho era «una vez decida que tiene que entrar en la lista»

Y ese matiz era muy importante, más aún después de que le hubiera llamado directamente por primera vez desde que llevaba en la organización de «La Experiencia»

Por alguna razón, Mr. Tercero quería ese nombre incluido en la lista.

Y no iba a ser él quien se opusiera a sus deseos.

Una vez decidido, puso el nombre en la lista y envió el veredicto.

Hecho esto, entró en la información que tenía en la App acerca de la captación que debían realizar.

Afueras de Valencia.

Barrio residencial.

Asesina de mujeres.

Recreación de vehículo en garaje.

Rosa Guerrero Luna.

45

—¡Dani! —insistió la inspectora.

—¿Qué?

—¡Que apagues el maldito teléfono!

—Ah, sí, sí.

Me había quedado embobado al ver la llamada de Luis.

¿Por qué razón me habría llamado el asesino desde su número después de matarlos?

No tenía ningún sentido.

Porque además, el teléfono no estaba entre sus cosas. Ni el de Óscar ni el de Luis, entonces, ¿para qué hacer esa llamada?

—¿Dani, estás bien? —preguntó la inspectora una vez había apagado el teléfono y quedado mirando la nada.

—Tengo una llamada de Luis que se hizo después de que lo hubieran asesinado.

Ella se me quedó mirando, planteando opciones en su cabeza.

—¿Estás seguro?

—Completamente, la reunión a la que no acudíamos era a las nueve de la mañana, la llamada fue a menos diez. En ese momento ya estábamos en el aparcamiento y a punto de entrar. Fue ahí cuando perdí el conocimiento y me los encontré muertos. No miré la hora después, pero a menos diez estoy seguro de que ya estaban muertos.

La inspectora se pasó la mano por la cara mientras suspiraba.

—Vale, si es así, tiene que haber una razón. Debe ser una pista de algo,

—Sí, pero ¿de qué?

—No lo sé. ¿El teléfono sigue en el coche?

—No, lo comprobé —contesté de inmediato.

—Estaba muy oscuro y acababas de encontrar a tus amigos muertos, ¿estás completamente seguro de que no está en el coche?

Joder, era imposible estar completamente seguro.

—No, completamente seguro, no estoy —contesté, levantándome y caminando por el salón del apartamento.

—Pues, vamos a averiguarlo —zanjó ella después de limpiarse la boca de comida china y dirigirse hacia la puerta.

Una vez nos encontrábamos de nuevo junto al coche, mi corazón comenzó a aumentar en fuerza y ritmo. Tenía miedo de que me diera un nuevo ataque de ansiedad y cayera sobre el suelo hecho un ovillo, sin fuerzas ni de moverme. Al mismo tiempo, sentía que mi estómago me pedía paso. La comida china no aguantaría en su interior demasiado tiempo si no nos íbamos de allí lo antes posible.

—Mira tú —fue todo lo que fui capaz de decir antes de darme la vuelta con la mano sobre la boca, impidiendo la salida de la emesis.

Ella no contestó, simplemente se acercó al coche, que yo había abierto con el mando un segundo antes de darme la vuelta, blanco como un fantasma.

No quería ni mirar, permanecí unos minutos, que se me hicieron eternos mientras ella rebuscaba por el interior del vehículo.

—¡Aquí está! —dijo al fin—. Estaba bajo la alfombrilla del conductor.

Pues ahí estaba bien, pensé. Si el asesino quería que lo encontrara, me lo había puesto difícil, el muy cabrón.

—Vale, vayámonos de aquí.

Cerré el coche y, de camino de vuelta al apartamento, comencé a sentirme algo mejor. Lo último que necesitaba en ese momento era ver de nuevo los cuerpos de mis socios. Y mucho menos el olor que desprenderían cuando comenzaran a pudrirse de a poco.

—¡Joder! —exclamó la inspectora Larson nada más salir del ascensor—. Tiene contraseña. ¿Tú sabes el código?

—Pues no, evidentemente no me sé el número de su puto móvil. Tampoco me sé el del banco, por si te lo estabas preguntando.

—Ey, te relajas, eh —contestó de inmediato ella—. Si me vuelves a hablar así, me piro y te las apañas, tú solito, ¿ha quedado claro?

Asentí.

—¿Que si ha quedado claro? —insistió ella. No le valía con mi movimiento de cabeza.

—Sí, sí —pronuncié en voz alta.

—Bien, pues solo podemos probar suerte o… también tiene la opción de huella dactilar.

La miré, siendo consciente de por dónde iba.

—No, no, no puedo hacer eso.

—Mira, Dani, yo estoy haciendo todo lo que puedo por ti, pero no voy a poner mis huellas sobre tu amigo, lo siento. Eso es una raya que no puedo cruzar. O sacamos el código en los intentos que tenemos, o esa es la única posibilidad de ver qué es lo que hay dentro.

Sabía que era cierto, pero no me veía con las fuerzas necesarias para hacer lo que sabía que tenía que hacer.

Debía sacar las agallas de donde fuera necesario.

Yo era esa clase de persona, por el amor de Dios.

¡Vamos, Dani!, me dije como un desquiciado.

¡Échale huevos, joder!

Y eso hice.

Le cogí el teléfono de las manos y me adentré en el ascensor.

Al acercarme al coche, sentí cómo mi corazón me pedía auxilio de nuevo. Como un cachorrito ahogándose en el mar en plena tormenta.

Pero no debía hacerle caso.

Tenía que dejar que el puñetero perro se ahogara en las profundidades del océano.

Abrí el coche con el mando y me dirigí al maletero con la mirada de la inspectora sobre mi cogote.

¡Vamos allá!

Al abrir el maletero, los rostros de mis socios aparecieron de nuevo. Del mismo modo que hacía un rato cuando había estado en ese mismo lugar junto a la inspectora Larson.

Aunque claro, ¿por qué demonios no iban a estar? No creo que se fueran a dar una vuelta o a tomar un café.

Mi cerebro ya no procesaba de la manera correcta.

Estaba muy lejos de mi pleno rendimiento.

Cogí aire con la nariz y lo fui soltando por la boca mientras cogía el dedo de Luis y lo colocaba sobre el sensor del móvil. En cuanto este se encendió y dio paso a su sistema operativo, cerré el maletero y me di la vuelta casi sin respiración.

—Toma —farfullé hacia la inspectora ofreciéndole el teléfono. Ella se acercó y lo tomó entre sus manos—. Mira antes de que se bloquee de nuevo.

Ella permaneció tecleando durante unos segundos que se me antojaron eternos. Si se bloqueaba de nuevo, no sería capaz de…

—¿Qué haces?

—Quitar la contraseña, así no se volverá a bloquear —contestó ella como si fuera algo evidente.

Y tal vez lo fuera.

Era una muy buena idea, y ni siquiera se me había pasado por la maldita mente.

¿Qué me estaba pasando?

—Vamos arriba, estás blanco.

Nos ha jodido que estaba blanco. Lo raro era que siguiera respirando tal y como me encontraba en ese momento.

Al llegar, nos sentamos en el suelo y comenzamos a cotillear el teléfono de Luis.

No había llamadas extrañas, salvo la que me había hecho a mí a las nueve menos diez de la mañana.

No había mensajes de WhatsApp.

Ni correos.

Ni notificaciones de Telegram.

Ni nada de nada.

Hasta que entramos en imágenes.

Y ahí es cuando la situación cambió por completo.

46

—¿Qué coño es esto? —preguntó la inspectora Lara Larson mirando la pantalla del móvil de Luis.

Había fotografías mías con el cuchillo en la mano cubierto de sangre. Sabía que era yo por la ropa pero no se me veía el rostro. Ni siquiera podía saber si era yo dormido o si alguien se había puesto mi ropa y se había hecho la foto para incriminarme.

Luego había fotografías de Óscar y Luis, ya muertos.

Y por último, y esto era lo más raro de todo, aparecía el salón de una casa. Un sofá, con una mesa y la ventana, se veía al fondo de la imagen.

—¿Reconoces este sitio? —me preguntó la inspectora mostrándome la imagen.

—No —negué haciendo lo propio con un gesto con la cabeza—. No tengo ni idea.

La inspectora comenzó a caminar por el salón de la deshabitada casa donde nos alojábamos con el móvil alzado frente a sus ojos. Se detuvo junto a la cocina y miró hacia la ventana del fondo.

—Imagínate este salón con esos muebles —me dijo sin apartar la vista del teléfono.

Yo me acerqué y observé la comparación que ella tenía en su cabeza. En la imagen se podía ver un sofá donde, en la imagen que tenía ante mí, no había nada. Lo mismo con la alfombra y con la mesa de madera.

Sin embargo, si observabas con detenimiento, te percatabas de que los espacios eran muy similares y, que, sobre todo, era evidente que la ventana era exactamente la misma.

—Es esta casa —dijo la inspectora bajando el teléfono y mirándome a los ojos—. ¿Por qué tenía Luis una imagen de esta casa antes de que se vendiera?

—No es esta casa, Lara, pero creo que ya sé de quién es.

Entonces ella abrió mucho los ojos.

—¡Es la de Antonio Molina!, Joder, claro, si es que era evidente.

—Eso creo. Nunca he ido a su casa pero otra cosa no tendría sentido. Yo vine a este apartamento porque estaba en el último piso y me creía más a salvo, pero podría haber ido a cualquiera. Este apartamento no tiene ningún significado para nadie. El único que lo tiene es el de ese hombre.

—¿Eso es que tienes todas las llaves? —preguntó entonces ella, algo emocionada.

—Sí, las tengo.

—Pues vamos piso por piso. Empecemos por el de enfrente.

Y eso hicimos. Cogimos el manojo de llaves de Luis y salimos al pasillo.

Al entrar al apartamento de enfrente, nos encontramos con uno exactamente igual al que veníamos, solo que al revés.

—Este no puede ser —dije nada más entrar.

—Bueno, es evidente que no están los muebles, pero no tienen por qué estar. ¿o crees que ha recreado cómo estaba su casa para hacer esto?

—No lo sé, pero no me refiero a eso. Mira la fotografía, la ventana está a la derecha, igual que el apartamento del que venimos. Sin embargo, este…

—Está a la izquierda.

—Eso es. Hay dos apartamentos por piso, pero solo pueden ser los pares.

—Bueno, entonces acabamos de descartar a la mitad, eso facilitará las cosas.

Asentí.

Salimos del apartamento y comenzamos a bajar las escaleras. Todavía teníamos unos cuantos en los que buscar.

En los primeros cuatro que vimos no había nada. Por si acaso, rebuscamos por todo el apartamento. La cocina, las habitaciones, los baños, los armarios.

Tampoco sabíamos qué era lo que estábamos buscando. A fin de cuentas, no esperábamos encontrar lo que había en la fotografía tal y como estaba. Simplemente, pensábamos que era una pista para encontrar el apartamento de Antonio Molina.

Lo normal era que todas sus cosas se las hubiera llevado cuando se mudaron meses atrás. Así que teníamos que mirar por todas partes a ver si encontrábamos lo que fuera que ese hombre quisiera que encontráramos.

Al llegar al tercer piso y abrir la puerta del apartamento, un olor fétido, horripilante, nauseabundo, y todas las palabras que ejemplifiquen el mayor horror asumible en cuanto al sentido del olfato, nos golpeó con una fuerza desgarradora.

Tanto la inspectora como yo mismo, cerramos la puerta de golpe al percibirlo, por acto reflejo.

Ya tendríamos tiempo para entrar.

Pero en un primer momento, el instinto nos forzó a tratar de evitar ese tormento.

—Señor Ayala —me dijo la inspectora pelirroja con cara de circunstancia—. Algo me dice que hemos encontrado la casa de Antonio Molina.

47

—¿No me digas? —contesté irónicamente todavía sin abrir nuevamente la puerta.

Desde el otro lado, el olor era patente, pero no tenía nada que ver lo que se sentía al poner un pie en el interior del apartamento.

Era como si la muerte se adentrara por mis fosas nasales y se instalara en mi cerebro.

—Sí, yo diría que sí —insistió antes de preguntar—. ¿Estás listo para entrar?

—¿Importaría si te dijera que no? —pregunté a modo de respuesta.

—No, la verdad es que no.

—Pues estoy listo.

Dicho esto, colocamos nuestras manos sobre nuestras propias bocas y nos adentramos en la casa.

El olor era horrible. Los ojos me lloraban y ni siquiera era capaz de ver la procedencia de la hediondez. Por el momento era un apartamento igual que todos los que habíamos visto hasta ahora.

Con una sola diferencia.

La casa estaba amueblada de la misma manera que en las fotografías. El sofá, la alfombra, incluso la mesa de madera junto a la ventana. Estaba ataviada con cortinas, lámparas en lugar de simples bombillas, y estanterías con libros.

—¿Qué es todo esto?

—Es tal cual la fotografía —me contestó la inspectora sin quitarse la mano de la boca—. Un momento. Ahora vengo —dijo antes de salir corriendo y dejarme a mí solo en ese lugar tan horripilante.

No me dio tiempo a decir una palabra, cuando ella ya había desaparecido por la puerta.

La muy…

Aunque no tardó en regresar con un frasquito de colonia. Puso un poco en una servilleta y me la dio para taparme la boca.

No era ni mucho menos suficiente como para no notar el olor, pero funcionar, funcionaba.

—De nada —me soltó la inspectora a un agradecimiento no formulado.

—Gracias —dije entonces—. Hay que buscar por toda la casa.

—Sí —asintió la inspectora, poco convencida.

Caminamos por el apartamento. Registramos los baños y la cocina.

Luego pasamos a la habitación de los niños.

Nada.

Y finalmente, y sin ningún tipo de ganas de hacerlo, pasamos a la habitación de matrimonio.

El lugar del que sin lugar a dudas procedía el hediondo olor.

Si teníamos miedo a no encontrar lo que ese hombre había dejado para mí, ese temor desapareció nada más abrir la puerta que daba al dormitorio.

El regalo que el muy cabrón me había dejado envuelto en papel de regalo era más que evidente.

—¡Por Dios bendito! —soltó la inspectora sin llegar a dar un paso en el interior de la habitación.

Yo no dije ni una palabra. Pero en el interior de mis pensamientos esa imagen se quedó grabada.

Un cuerpo inerte postrado sobre la cama, totalmente calcinado desde lo que parecían ser semanas.

La carne putrefacta, casi ceniza.

Un rostro totalmente desfigurado por las llamas.

Sin ropa. Sin ojos, sin piel.

Sin nada.

—Parece que hemos encontrado a Antonio —dijo la pelirroja mujer entrando en la habitación.

—¿Crees que se suicidó después de todo? —pregunte yo, sorprendido.

—Estás viendo lo mismo que yo, ¿no?

—Pero entonces, ¿quién me está haciendo todo esto? Creo que lo que está ahí no es Antonio Molina, que ese hombre ha matado a alguien más y ha cambiado su cuerpo. Solo sigue con su juego. El mismo desde que me amenazó.

Junto al cadáver parecía haber una fotografía boca abajo. Ella se acercó y leyó lo que había escrito.

—Hola inspectora Larson, bienvenida. Te presento a Antonio —leyó la mujer con voz temblorosa—. Fue un placer conocerte en mi apartamiento cuando llamé a la policía. En ese momento, cuando fingí que alguien entraba en mi piso y me amenazaba, no sabía lo divertido que podría llegar a ser todo esto. Muchas gracias por tu ayuda, sin ella, jamás existirían tantas evidencias de que hay alguien más está detrás de todo esto. Ahora existe una duda razonable. Porque claro, que me ayude toda una inspectora de policía es la mejor baza que podía tener para quitar de en medio a mis socios y quedarme con todas sus acciones. Y si encima podía quitarme de encima al memo de Antonio Molina, pues mejor que mejor.

Yo no podía hacer otra cosa que escuchar lo que esa mujer estaba leyendo.

—Ese hombre no solo me amenazó, sino que quiso matarme, pero bueno, yo me adelanté. Y después de ello, solo tenía que esperar para seguir con mi plan y utilizar su amenaza a mi favor. Muchas gracias por todo, inspectora. Firmado, Daniel Ayala.

Cuando la mujer dejó de leer tenía el rostro carcomido por el terror.

—Tú, has sido tú todo este tiempo, maldito hijo de puta —me dijo con rabia infinita.

48

—¿Qué? No, no, claro que no —Me defendí como pude.

—¿Y ahora qué?, ¿vas a matarme a mí también?, ¿Entonces cuál será tu baza para librarte de todo esto, maldito pirado?

Pero, ¿qué era lo que estaba diciendo?

Nada tenía ningún sentido.

Era absurdo.

Después de todas esas pruebas que me señalaban directamente, ella había confiado en mí.

Y ahora todo había cambiado por una carta.

—No voy a dejar que te salgas con la tuya —dijo entonces ella sacando una pistola del bolso —. No te muevas, voy a llamar a Sánchez.

—No, espera, no lo hagas.

—No te muevas, Daniel, me has engañado durante mucho tiempo, demasiado, pero ahora ya no —dijo mientras tecleaba en su teléfono con una sola mano.

—¿Pero no ves que esto no tiene sentido? por Dios, Lara, no he sido yo, joder.

—No te creo, Daniel, todo lo que dice esa carta tiene sentido. Ese hombre te atacó y tú lo mataste. Y has usado esa amenaza para quedarte de en medio a tus socios. Eres un maldito monstruo.

—No, Lara, yo…

Y entonces caí en la cuenta.

No era que no confiara en mí.

Lo había tenido delante desde hacía horas sin darme cuenta de nada.

Había estado tan empeñado en buscar a Antonio Molina que había dejado de pensar en más posibilidades.

—Espera un momento, inspectora, ¿cómo sabías que cuando mis socios murieran sus acciones pasarían a mí?

—¿De qué hablas? Acabas de escribirlo tú en tu carta, maldito pirado.

—Eres muy lista pero no tanto como tú te crees —espeté recuperando la seguridad que me caracterizaba—. Me nombraste lo de las acciones hace horas, nada más vernos. En ese momento no caí en la cuenta, pero es imposible que lo supieras sin que me hubieras investigado en profundidad. Algo que no podrías haber hecho sin una orden ni un motivo. A no ser… que tú seas quien esté detrás de todo esto.

La mujer sonrió sin diversión alguna. Puso los ojos en blanco y bajó la pistola.

—Joder, Dani, con lo bien que iba todo, tío. Acabas de joderme por completo la grabación —dijo señalando hacia un lado, donde una cámara de seguridad apuntaba discretamente hacia nosotros—. Lo tenía todo. La carta, las pruebas, las huellas, la grabación en la que tú me

atacabas y yo tenía que dispararte. Y encima lo habrías grabado tú mismo. Podría matarte y que encima quedaras como el malo malísimo. Bueno, tendré que cambiar ligeramente los planes. Supongo que el efecto estará comenzando a funcionar. No me queda otra que quitar la cámara y que el resto de pruebas funcionen por sí mismas. Sí, creo que será suficiente, aunque claro… el drama no será igual.

—¿Efecto?, ¿qué efecto? —pregunté, asustado.

Sus palabras me golpeaban como un obús.

Sentía que el corazón me iba a estallar de puro terror.

—¿Todavía no lo sientes, Dani? Prueba a mover tus manos. El perfume tenía una fragancia maravillosa.

Sentía las manos agarrotadas y, al tratar de moverlas, me fue imposible.

—Creo que mi plan acaba incluso de mejorar, me ahorro una herida de bala —dijo la mujer acercándose a mí. Y cuando traté de moverme, me fue imposible.

—Es veneno paralizante, te deja inmóvil pero totalmente consciente de lo que ocurre a tu alrededor. Voy a esperar a que tu cuerpo haga su trabajo y se deshaga del veneno, y justo en el último momento pero teniéndote a mi completa merced, voy a pegarte un tiro en un punto muy concreto de tu cuerpo y, después, asustada, manchada de sangre y arrepentida de haber ayudado a un asesino, llamaré a la policía para pedir ayuda.

Sus palabras ejemplificaban lo equivocado que había estado durante todo este tiempo.

Antonio no había hecho nada.

No había cumplido su amenaza.

Si no que esta mujer, a la que ni siquiera conocía, había urgido todo un plan desde el principio.

Traté de hablar pero las palabras se quedaron en mi boca. Mi lengua no respondía y solo solté un ligero aullido apenas audible.

—Que, ¿por qué?, preguntas, ¿no?. Pues, a ver cómo te lo explico… lo cierto es que tenemos tiempo. Al menos un rato. Al haberme jodido lo de la cámara, esto va a ser un poco coñazo. El plan era dispararte y que tú me «dispararas a mí», por eso no podría llamar a la policía hasta que se pasara el efecto y mientras tú sufrirías de lo lindo. De esta forma tu sufrimiento no va a ser el mismo, pero oye, me ahorro, pegarme un tiro, así que ni tan mal. Bueno, ¿por dónde iba? Sí, que la razón principal y la que a ti te interesa, es que lo he hecho porque puedo. Si Toni lo hubiera intentado por su cuenta como pretendía hacer antes de que yo interviniera, seguramente le habría salido mal. Es lo que tiene no dedicarte a hacer este tipo de cosas, ¿sabes? Si no sabes hacerlo, no lo hagas y dedícate a lo tuyo. En su caso era vender seguros, y en el mío, pues bueno… es esto. Puede que en otro momento pueda contarte más sobre mí, pero por ahora lo que te interesa es que todo es culpa de nuestra psicóloga en común. Fue ella la que me habló de él. Ella sabe cómo soy y juntas enfocamos mi «problema» en gente como tú y en ayudar a personas como Toni, así que sí, para lo que a ti te concierne, la culpa es de mi psicóloga.

Una vez me dijo toda esa información, se sentó en el suelo y se puso a meditar. La muy pirada.

Mientras tanto, yo lloraba desconsolado en mi interior.

Porque claro, por fuera, no era capaz de mover ni un solo músculo.

Me sentía como una mosca que había caído en la tela de una enorme araña.

Y ahora ya solo me quedaba esperar a que le entrara hambre y me devorase sin piedad alguna.

49

Cuando el hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana, ahora conocido como Mr. Decimosexto, llegó a la dirección que le había enviado Mr. Tercero, Mr. Duodécimo ya le estaba esperando junto con dos equipos de cuatro.

Mr. Vigesimosegundo.

Miss Decimoséptima.

Miss Trigesimotercera.

Y Mr. Vigesimotercero.

En el primer equipo.

Y Mr. Decimoctavo.

Miss Trigesimocuarta.

Mr. Vigesimocuarto.

Y Vigesimoséptimo.

En el segundo equipo.

—La candidata acaba de llegar, está con su marido y sus hijos en el interior de la casa. Esperaremos a que mañana por la mañana él se marche y ella lleva a los niños al colegio para hacer la captación.

—Muy bien, Mr. Duodécimo, así se hará —dijo Mr. Decimosexto.

Y eso hicieron.

Al día siguiente, mientras el nombre que tenía apuntado y que había enviado como siguiente participante de la próxima «Experiencia», salía del apartamento de Antonio Molina, Rosa Guerrero salía de su residencia de camino al colegio. Entonces, uno de los equipos salió tras ella para asegurarse de su recorrido, mientras el segundo preparaba la captación.

Una vez la mujer había regresado y entrado de nuevo en su casa, ambos equipos se prepararon para lo que venía a continuación.

Insertaron el gas por debajo de la persiana del garaje hasta asegurarse de que la mujer estaba inconsciente. Entonces fue cuando entraron y se la llevaron en el interior de un enorme paquete muy disimulado con el logo de Correos y los colores pertinentes.

Dejaron todo como estaba y se lanzaron a la carretera, no muy lejos de allí mismo, donde se encontraba la sede principal de «La Experiencia»

No era la única.

Pero sí la primera en ver la luz.

Allí despertaría en el interior de un coche igual que el suyo propio y viviría la peor experiencia de su vida.

En ese momento, Mr. Decimosexto estaba convencido de que esa mujer no pasaría ni de la primera prueba.

En eso se equivocó.

50

Al cabo de unos minutos que se me hicieron eternos, esa mujer dejó de meditar y llamó a alguien desde un segundo teléfono. Uno diferente al que yo había visto.

—Sí, ha salido casi todo bien, pero bueno, no tienes de qué preocuparte. Sí, te dije que no te llamaría hasta que estuviera todo hecho. Y por eso te llamo ahora. ¿Tú qué tal por ahí? Ya pronto podrás salir y perderte por el mundo, no te preocupes. ¿Quieres hablar con él?, muy bien.

—Hola Ayala —dijo una voz masculina desde el otro lado del teléfono después de que la inspectora me hubiera colocado el teléfono sobre mi oreja—. ¿Te acuerdas de mí?

No contesté, como era evidente.

Era incapaz de mover siquiera la lengua.

Sin embargo, mi cerebro funcionaba a las mil maravillas.

Y sí, por supuesto, que recordaba esa voz.

—Igual te suena más si te digo estás palabras. Voy a matarte a ti a todos tus seres queridos y después no iremos de la mano camino al infierno. Te estarás diciendo que sí, que realmente yo no he cumplido con la primera parte. Y tendrías toda la razón, lo ha hecho Lara por mí, algo que le agradezco enormemente. Porque de esta manera no tengo que irme al infierno contigo, puedes irte tú solito. Allí ya te están esperando tus amigos. Pero nada, solo quería despedirme, Y ahora, pásame con Lara.

La mujer, que había escuchado toda la conversación, apartó el teléfono de mi oreja y dijo:

—Dime, sí, no te preocupes. Y ahora me toca despedirme de ti, Toni. Ha sido todo un placer haberte conocido, disfruta de tu nueva vida.

Una vez colgó el teléfono, lo guardó en un bolsillo y se me quedó mirando.

—Ha llegado la hora, Dani, espero que estés preparado.

Dicho esto, se acercó y comenzó a tocarme en el cuello y la espalda.

Estaba buscando algo.

—Vale, el punto está aquí.

Dio dos pasos atrás, levantó su arma hacia mí y apretó el gatillo.

El dolor resultó insoportable.

No quería morir, pero sobre todas las cosas, no quería hacerlo sin conocer el plan de esa mujer.

Me había dicho muchas cosas pero todavía había muchas más que desconocía.

Mi cuerpo cedió y caí al suelo, envuelto en sangre.

—Vale, perfecto, el lugar exacto que estaba buscando. Es importante que sepas lo que va a pasar, Dani. A ver, lo que he hecho es dispararte en un punto que provocará que no puedas hablar, pero que sí puedas sentir y escuchar todo lo que hay a tu alrededor. Y no, tampoco podrás mover las manos para escribir. Puedes intentar decirle algo a alguien con los ojos pero lo veo

complicado. De todas formas, tampoco durarás mucho tiempo. Lo justo para que pueda contarte mis problemas. Eso me gusta, ¿sabes? Contar mis problemas. Es algo que siempre me ha costado mucho, pero desde que mi psicóloga me lo recomendó, es algo que trato de hacer todo lo que puedo. Pero claro, mis problemas no son los típicos que le cuentas a un amigo en un bar, entiéndeme. Así que me los tengo que guardar para mí, para la psicóloga, para mi querido mayordomo, Nicholas, y para gente como tú.

¿Mayordomo?

¿Esa puta pirada tenía mayordomo?

—Estoy seguro de que te estarás haciendo muchas preguntas acerca de lo del mayordomo. No te lo reprocho. A ver, mi apellido es nórdico, pero no solo es así, sino que además provengo de una de las familias más ricas de Suecia, aunque allí se dice Larsson. Nicholas decidió cambiarlo cuando vinimos a vivir aquí huyendo de nuestra historia. Porque sí, Dani, mi familia tiene una historia, y es que, además de todo ese dinero heredado durante generaciones. Con tierras, empresas, edificios, mi padre tenía un pequeño secreto y es que le gustaba matar gente. ¿Cómo te has quedado? El mayor asesino en serie de la historia de Escandinavia. Y bueno, con el tiempo nos dimos cuenta de que era más que probable que yo pudiera seguir sus pasos. Y claro, Nicholas, que más que un mayordomo es un padre para mí, decidió buscar la manera de ayudarme. Pero claro, ¿cómo se ayuda a alguien como yo? Yo no entiendo los sentimientos, no soy capaz de comprenderlos. ¿Te imaginas? Es algo muy extraño, bueno, para mí no, claro, para mí es lo normal. Pero para alguien como tú es como…

Hizo como si le explotara la cabeza.

—Algo inimaginable, pero bueno. También tiene su lado bueno. Dicen que estar triste o preocupado o tener miedo, es una putada. Así que de eso que me libro. Pero, por otro lado, mi instinto me pide que busque sangre. No es el hecho de matar como tal lo que a mí me gusta. El segar una vida. En mi caso, es la sangre lo que me vuelve loca. Ni te imaginas lo mal que lo he pasado cuando llevabas las manos manchadas de sangre. Por Dios, lo que me ha costado no follarte hasta dejarte seco en ese momento. Pero no, no te merecías ese premio. Así que tenía que contenerme y lo he hecho. Nicholas estará orgulloso de mi autocontrol. Pero no es solo eso, qué va. Ten en cuenta que no controlo los sentimientos. Que no los entiendo. Entonces claro, en el momento en el que decidimos enfocar mis… problemas, en gente mala, lo primero para alguien como yo era entender qué era alguien malo. ¿Sabes? Uff, que tarde es, ya seguimos en otro momento.

Dicho esto, se levantó, se arrodilló junto a mí, y se puso a llorar, desesperada.

Esa mujer estaba de la puta olla.

Me había contado su puñetera vida

Y yo, mientras tanto, había vuelto a sentir mi cuerpo para volver a perderlo.

Esa hija de puta me había destrozado.

Ella, junto al malnacido de Antonio Molina, me lo habían quitado todo.

No habían pasado más que unos minutos cuando la puerta se abrió de golpe y entró el inspector Sánchez, seguido de media decena de sus hombres.

—Era él, Sánchez, era él todo el tiempo —dijo esa mujer entre sollozos—. No he podido hacer nada, ha intentado matarme, pero sigue con vida, le he tomado el pulso.

Él la miró con cierta condescendencia. Si es que te lo dije, parecían decir sus ojos.

—Vale, Lara, no te preocupes. ¡Que entren los sanitarios, ya! —dijo hacia uno de sus hombres.

El inspector le puso una manta sobre los hombros y se acercó a mirarme. Te he pillado, parecía decir esta vez su mirada.

Y yo solo quería decirle que no.

Pues era esa mujer la que estaba de la olla.

Puede que yo fuera un cabrón, pero que no era en absoluto comparable al monstruo que tenía por compañera.

51

El hombre vestido con un traje de precio medio de Zara, apellidado Molina y llamado Antonio, estaba a punto de abalanzarse sobre Daniel Ayala, el empresario que lo había dejado sin nada.

Sin casa.

Sin dinero.

Sin mujer.

Sin trabajo.

Sin familia.

Cuando, ya llegando hasta donde este se encontraba, recibió una llamada que no se esperaba.

—Hola, Antonio, soy Lara —dijo una voz desde el otro lado de la línea.

Antonio no pudo evitar preguntarse por qué demonios había contestado a un teléfono desconocido.

Al mismo tiempo que no podía evitar cuestionarse para qué podía estar llamándole esa mujer a la que únicamente había visto durante su terapia en grupo.

Y, sobre todas las cosas.

¿De dónde había sacado su teléfono?

La única posibilidad pasaba porque se lo hubiera proporcionado la doctora Sorní, pero ¿por qué lo haría?

—Hola, ahora me pillas muy mal, Lara —contestó Antonio observando cómo Daniel abría el portal de su casa dispuesto a entrar sin reparos.

—Espera, Toni. Deja que se vaya.

Antonio se detuvo en seco con la respiración agitada.

Sin comprender.

No podía ser.

Había planeado sus movimientos sin que nadie supiera nada al respecto.

Era imposible.

—Pero, no te preocupes, Toni, que voy a ayudarte a acabar con ese desgraciado. Déjalo en mis manos. Cada palabra que le dijiste, cada maldición, cada pensamiento, va a sufrirlo en sus carnes. Y, antes de mandarlo al otro mundo, sabrá que eres tú, Antonio Molina, quien lo envía directo al infierno.

52

Y ahí seguía yo, como una suerte de árbol, esperando a que me cortaran y me convirtieran en serrín. Mientras tanto, esa mujer les narraba una versión enfermiza de lo sucedido.

Que había acudido a ayudarme porque realmente confiaba en mi palabra.

Que yo había estado jugando con ella todo el tiempo hasta llegar hasta la casa de Antonio y ella había leído mi carta. Entonces es cuando ella, que llevaba un arma escondida que yo desconocía, había aprovechado para dispararme. Y que poco después habían llegado ellos, siguiendo el móvil de Luis, porque alguien había avisado de su desaparición anónimamente.

Tócate los huevos, la película que se había montado ella sola.

Bueno, no, sola no, que lo había hecho con el desgraciado de Antonio Molina, ahora desaparecido y con una familia rica.

Al final había resultado ser el mayor beneficiado de todo esto.

—Monleón, Ibáñez, acompañen a la inspectora Larson a que la miren, por favor.

Los dos inspectores se miraron e hicieron lo que había dicho Sánchez mientras un par de sanitarios ya entraban por la puerta y me atendían diciendo palabras que yo no entendía. Tampoco importaba, ya os había dicho antes de empezar que esta es la historia de mi muerte, así que ya os sabéis el final.

Lo que importa ahora es lo que ocurrió con la inspectora Larson.

Y antes de que nadie me diga que cómo puedo saberlo si yo no estaba presente, que tenga en cuenta que les está contando la historia un hombre muerto, así que no me toquéis los cojones.

Leed y callad.

Por mi parte, lo único importante era que tenía mucho miedo. Estaba increíblemente acojonado.

Y frío. Sentía mucho frío.

Y mientras a mí me trasladaban al hospital La Fe de Valencia, acompañado de dos coches patrulla y ocho policías, entre ellos, el inspector Sánchez, Lara Larson se iba a comisaría en otro de los coches, junto a los inspectores Monleón e Ibáñez. Al legar al coche, su sorpresa fue la de encontrar a una mujer de unas setenta primaveras sentada en el asiento de atrás.

—¿Cómo estás, bonita? —preguntó la mujer con la voz de la abuela de Caperucita. Con sus gafitas, su moño de peluquería y su vestido de florecitas azul celeste.

Ella contestó que bien, sofocada, porque claro, menudo susto. Mientras tanto, avanzaron de camino a la comisaría para que ella pudiera prestar declaración. Algo como lo que había pasado necesitaba de ello y de un informe a la altura.

Aunque claro, por otro lado, yo no tenía duda alguna de que lo tenía todo atado y bien atado.

Lara, fingiendo una desazón sin parangón, tenía totalmente a su merced a los dos inspectores. Menos mal que estaba presente la señora Monleón, alguien que tenía un don especial para las

investigaciones y que ya tenía puesto un ojo sobre Larson desde hacía unos meses, cuando llegó trasladada desde otra comisaría.

No había sido policía en su momento, en su época eso era algo inaudito. Sin embargo, tanto con su difunto marido, como en la actualidad con su hijo, siempre había prestado un servicio impagable.

Hasta el punto de que todos los delitos resueltos por Francisco Monleón —al que ella llamaba cariñosamente Paquito— y su compañero Alfredo Ibáñez —un ludópata empedernido— habían pasado por sus manos.

Y todo esto era información de la cual Lara era desconocedora.

—Ha sido aterrador —murmuraba ella para sus compañeros, ante sus miradas de comprensión y pena y un ligero ensalzamiento de la ceja de su señora madre.

Sospechaba.

Algo no le cuadraba.

Ella había escuchado atentamente las palabras de Sánchez y, por lo tanto, leído el informe.

Y había algo decididamente extraño en todo lo que había ocurrido.

El cadáver de Antonio Molina no aparecía, pero sí su sangre y solo un par de dedos.

Después entraban en mi casa y me amenazan de la misma manera que había hecho él.

Bueno, todo lo que me había preguntado, yo lo había hecho ella. Solo que a ella se le daba mucho mejor que a mí.

Y no se creía que yo hubiera dejado esa carta allí para que la encontrara.

Con lo poco que había investigado sobre mí, sabía que yo era un cabrón sin escrúpulos, pero era más práctico que otra cosa.

No era alguien teatral como para hacer eso de lo que se me acusaba.

¡Qué mujer más lista!

Ojalá la hubiera llegado a conocer.

Mientras tanto, yo iba de camino al hospital más allá que acá.

Al llegar, me operaron de urgencia y me llevaron a una habitación vigilada por dos agentes las veinticuatro horas del día, a la espera de llevarme a prisión provisional.

Lugar al que evidentemente nunca llegué a ir.

53

Lara Larson contestó a las preguntas que le efectuaron sus compañeros sin un ápice de duda. Como haría una gran estudiante de último curso frente al examen de selectividad.

Lo tenía todo claro y preciso.

Demasiado, para el sentido arácnido de la señora Irene Monleón, viuda de Manolo Zumbado, en paz descanse.

Ella escuchaba atentamente a las palabras de la inspectora y hacía sus anotaciones mentales.

De todas maneras, y no siendo ella investigadora de la policía, no dijo una sola palabra. Una vez Lara terminó de narrar lo acontecido, marchó a casa. Debía presentar un informe de toda la investigación al día siguiente. Lo cotejarían con el que presentara el inspector Sánchez.

—Muchas gracias, chicos —dijo la inspectora Larson hacia sus dos compañeros antes de levantarse de su asiento.

—Descansa, nos vemos mañana —dijo el inspector Monleón sin quitarle su cara de embobao de encima a la pelirroja

—Buen trabajo —añadió su compañero, que no se había enterado de la misa la media, con la mente puesta en el partido de turno en el que podría apostar su sueldo de funcionario.

—Adiós, bonita —se despidió Irene Monleón cuando la vio pasar por su lado antes de abandonar la sala de comisaría y dirigirse al ascensor.

La investigaría en profundidad, decidió la mujer.

Pero antes tenía cosas más apremiantes que hacer.

Cuando Lara salió a la calle seguía aparentemente rota, la muy mentirosa. Se despidió de sus compañeros y se dirigió a coger un taxi que la llevara hasta su coche, que todavía seguía en el edificio de Antonio Molina. Cuando finamente llegó a su coche, se fue directamente a una casa unifamiliar que tenía a las afueras de Valencia. Un adosado en una urbanización junto a una enorme masía con enormes muros que evitaban que se pudiera observar el interior.

Solo se veía a un hombre mayor que entraba y salía de vez en cuando en un antiguo Mercedes y algunos vehículos de alta gama con las ventanas tintadas. Sobre todo motos. Sin embargo, los resientes de la urbanización anexa desconocían quién era el propietario.

Entró en el garaje con su Opel Astra de segunda mano, subió a la primera planta, se dio una ducha y, vestida con ropa deportiva y una toalla en la cabeza, colocó el dedo índice sobre un punto estratégico de un cuadro de un gato que miraba por una ventana.

En ese mismo momento, todo el pasillo que iba desde el cuarto de baño a la habitación, se abrió de par en par y permitió la vista de una escalera que se dirigía hacia la oscuridad. Mientras se secaba el pelo, descendía escalón tras escalón con decenas de luces que se prendían a su paso y le permitían la vista del final.

Esa mujer parecía el mismísimo Batman en su Batcueva.

Cuando llegó hasta bajo, le estaba esperando un *quad* para recorrer los casi mil metros que separaban su adosado de la enorme masía que tenía en propiedad y que ocultaba de la vista del mundo.

Detuvo el vehículo junto a un ascensor y se dirigió hacia su residencia.

—Buenas tardes, señorita Larsson —saludó Nicholas, nada más llegar.

—Hola, Nicholas —saludó ella caminando hacia las enormes escaleras que daban a las habitaciones.

La inmensa residencia estaba decorada de una manera clásica pero elegante, muy alejada de mis gustos minimalistas. Pero debo decir, qué bonita era.

Aunque mientras esa mujer entraba en una habitación anexa a la suya y se agachaba en el centro de esta, a la espera de que sus amigos gatunos se la unieran, yo salía de quirófano todavía con vida, pero con un futuro muy negro por delante.

Después de todo lo que había pasado, lo que me esperaba no iba a mejorar.

Lo había perdido todo.

Y ahora me quedaba perder lo único que todavía tenía.

La vida.

—Lo llevamos a la UCI —dijo una doctora a la que no se le veían más que los ojos tal y como iba vestida.

Y eso hicieron, me llevaron a una habitación individual con dos agentes en la puerta a la espera de que mi destino viniera a por mí.

Y mientras tanto, una gata blanca con una mancha en el ojo derecho y un ronroneo que volvería loco a cualquier amante de los gatos, se acercaba a la inspectora Larson y se restregaba cara con cara.

—Hola Betty, ¿cómo te has portado?

Ella no contestó, evidentemente, porque claro, era un gato.

—La señorita Beticia la ha echado de menos, señorita Larsson —dijo Nicholas desde detrás de la puerta.

A Lara le gustaban los gatos, le ayudaban a entender los sentimientos. O al menos, a ser capaz de distinguirlos. En cambio, con los perros todo era demasiado sencillo y simple. No le parecían nada reales.

Era todo muy forzado.

Sin embargo, desde que empezó a trabajar con los gatos, mejoró muchísimo en su comprensión.

—¿Dónde están Domingo, Lili y Mini? —preguntó hacia la gata, que todavía se restregaba sobre ella.

—La señorita Lilian se fue al mismo tiempo que usted, el señor Domingo está tas su espalda, señorita Larson, y la señora Mini estará comiendo, ella siempre está comiendo.

—Bien, Lili no tardará en volver entonces.

—Eso creo, señorita, ¿cómo ha ido? —preguntó el veterano mayordomo, como si preguntara por una entrevista de trabajo y no por destrozar la vida de un hombre.

La mía, en este caso.

—Ha ido a la perfección —contestó ella de inmediato, dándose la vuelta y acercándose al felino anaranjado que se acercaba con paso firme pero descuidado.

—Lo celebro.

—Y yo —dijo Lara antes de murmurar—. Hola, Domingo.

Dicho esto, se puso a acariciar su pelaje ante la atenta mirada de Betty, que no parecía que le hiciera gracia excesiva.

—Tiene cita con la doctora Sorní mañana por la mañana.

—Sí, Nicholas, lo sé. Los tiempos estaban programados para que nunca pasara de la fecha. Tengo mucho que contarle a esa mujer. Y, aunque me hubiera gustado ver a Toni, era demasiado peligroso. Pero bueno, ya está todo hecho.

—Muy bien, lo celebro. Por cierto, le he preparado su cena favorita. Avíseme cuando desee que se la sirva en el comedor.

—Muy bien, Nicholas, te aviso.

—Ah, señorita Larsson, bienvenida a casa.

54

Al día siguiente, Lara Larson se despertó en una enorme cama de matrimonio en la que cabrían cinco Lara Larson tanto a lo ancho como a lo largo, desayunó un café con tostadas francesas, y, después de despedirse tanto de los felinos como de Nicholas, recorrió el laberinto de vuelta al adosado que tenía para evitar miradas indiscretas.

Una vez allí, se puso la ropa que llevaba de normal cuando estaba fuera de servicio y cogió su Opel Astra.

Quería verme y despedirse de mí antes de hablar con su psicóloga.

Lo que ella no sabía era que antes de su llegada iba a tener una visita muy especial. Después de que me dijeran que Cecilia se negaba a visitarme, porque claro, ¿cómo iban sus padres a permitir que visitara a un asesino? Y de que Cristina me comunicase por la vía rápida que, si no podía pagar su alquiler, no le servía de nada. Mi hermana vino con el idiota de su marido a llorar por mí y mis pecados.

—¿Cómo he podido dejar que te convirtieras en esto? —se preguntaba la muy estúpida a moco tendido cogiéndome la mano.

Si llego a ser capaz de moverme, le estampo el aparato que medía mis contantes vitales en la cabeza.

Pero bueno, por dónde iba.

Después de todo eso, tuve una visita que no esperaba tener. Básicamente, porque ni siquiera sabía quién era.

Una tal Irene Monleón, viuda de Zumbado y madre de uno de los inspectores que estaban presentes durante mi detención.

—Hola, querido —me dijo —. La verdad es que he estado estudiando tu caso y eres todo un delincuente.

Dicho esto, se sentó a mi lado y comenzó a hacer punto de cruz.

¡Punto de cruz!

En pleno siglo veintiuno.

¿Quién demonios era esa mujer?

Yo no podía contestar a sus preguntas. Solo podía escuchar y desear.

Y odiar.

Eso lo hacía y mucho.

Trataba de mirar a la mujer que, con la vista puesta en lo que estaba haciendo, no paraba de hablarme.

—Pero bueno, después de revisar todas las pistas, no creo que seas un asesino. O, al menos, no creo que lo seas de Antonio Molina.

—Pero mamá, ¿quieres dejarlo ya? Lara no es cómo piensas que es, por Dios —dijo el estúpido de su hijo entrando por la puerta.

—¿Cuántas veces me he equivocado, Paquito?

—Bueno…

—Pues eso… tú hazme caso y verás lo rápido que asciendes.

Eso, que le hiciera caso a la única persona que quería buscar la verdad.

Yo estaría jodido, pero podría llegar a compensarme si esa mujer se venía conmigo de la manita.

—Pero…

—Ni peros ni peras. Tenemos un trato.

—Sí, mamá, pero mañana te quedas con los niños.

—Que sí, tú pon la escucha.

—No va a venir.

—Ya verás cómo sí, tú hazle caso a tu madre.

Y por supuesto que tenía razón.

Poco menos de una hora más tarde, la inspectora Larson apareció fingiendo una desazón sin parangón y se adentró en mi habitación.

—Yo no quería esto, ¿por qué me obligaste a dispararte? —preguntó rota de dolor todavía con el inspector Monleón en el interior de la habitación—. ¿Puedes dejarnos a solas, Fran? Por favor.

—Claro, Lara —contestó él, saliendo al pasillo y entrando en la habitación anexa, donde le esperaba su madre terminando de tejer unos calcetines.

—Bueno, ¿por dónde nos quedamos ayer? —preguntó la mujer, perdiendo toda la lástima en el tono de su voz.

Irene sonrió en la habitación de al lado. Sin embargo, la sonrisa duró únicamente un instante, porque pasados un par de segundos, lo siguiente que dijo Lara fue:

—No puedo creer que me obligaras a hacerlo —regresando a una pena desmedida.

Entonces se acercó a mí y me susurró.

—Por poco no la lío, suerte que siempre llevo conmigo un detector de micrófonos. Ahora solo tengo que saber quién desconfía de mí. Pero bueno, Daniel. No hemos podido despedirnos como me hubiera gustado, pero sí que puedo decir que la venganza se ha llevado a cabo. Mi trabajo ha concluido.

Dicho esto y sin decir nada más en voz alta, salió de la habitación y se dirigió al ascensor.

Al otro lado de la pared, madre e hijo compartieron una mirada.

—¿Ves, mamá? Nada.

—No, hijo, eso que acaba de pasar no es nada. De hecho, es mucho peor de lo que me imaginaba.

Todavía no era consciente de cuánto.

55

Con la conciencia tranquila por un trabajo bien hecho —aunque habiéndose quedado con las ganas de un final a su altura— la inspectora Lara Larson se dirigió al ascensor y, justo antes de que este se cerrara, vio salir a la anciana madre de Francisco Monleón.

Un inspector tan limitado como el que más, pero que iba en cabeza en casos resueltos gracias a la ayuda de esa mujer.

Lara la había investigado y trataba de desviar su foco de ella.

Algo que esta vez parecía no haber sido capaz de hacer.

La mirada que le dedicó ejemplificaba sus pensamientos.

Te estaré vigilando, bonita.

Y eso era un problema para Lara, porque claro, llevaba toda una vida enfocada en desviar sus necesidades hacia la maldad.

Y esa mujer era de todo menos eso.

Así que no podía tocarla.

Eso jamás.

Bajo ningún concepto.

Antes aceptaría su destino.

Pero claro, prefería no tener que llegar a ese límite, como era evidente.

Salió del ascensor con un ánimo neutro.

Había estado tras Daniel Ayala —osea yo— un par de meses en los que no había hecho otra cosa.

Casi ni había visto a su psicóloga y seguido el tratamiento. Era consciente de que no debía dejarlo de lado cuando escogía una nueva víctima.

Pero entre eso y el trabajo de inspectora que le servía como la tapadera perfecta, no le había dado para más.

Pero bueno, ahora Sánchez estaba contento con su caso cerrado, Toni había alcanzado su justa venganza y ella había calmado sus ansias. Aunque había visto muy poca sangre, eso la había dejado a medias.

Necesitaba dar con una nueva víctima lo antes posible. Tenía que revisar su lista de probables o que Nicholas le contara si había dado con algo nuevo durante las últimas semanas.

Desde que no era más que una niña, Lara había tenido que ayudarse de Nicholas para comprender a la gente. Incluso llegaron a practicar con fotografías con rostros humanos sonrientes, tristes, enfadados, para aprenderse de memoria esas reacciones humanas que para el resto de los mortales eran tan evidentes.

Pero la peor parte para ella era medir el castigo.

Porque claro, matar a alguien está mal.

Aparcar en un vado está mal.

Para cualquier persona es evidente que hay diferencias entre ambas cosas, pero claro, si te aprendes la maldad de memoria es muy difícil de distinguir.

Así que decidir un castigo acorde al delito era algo que le costó años.

Y todavía seguía siendo su punto débil.

De hecho, por suerte para mí y mi disfrute personal, había gente que estaba de acuerdo con ello.

Y pensaban que mi castigo no iba acorde al delito cometido.

Y yo no podía estar más de acuerdo.

Con una ligera desgana pero con las pilas puestas y sus necesidades intactas, Lara Larson acudió a la visita de su psicóloga en un bonito edificio bastante céntrico de la ciudad.

El recepcionista, un joven no muy atractivo y con algo de sobrepeso, la hizo pasar a la sala de espera.

Estaba sola.

—Buenos días, Lara —saludó la doctora Sorní desde un sillón junto a una enorme ventana que daba a la calle que llevaba su mismo nombre.

—Hola, doctora —saludó Lara tomando asiento frente a ella.

Una frente a la otra junto a la ventana.

—Bien, hacía que no nos veíamos, casi dos meses. Cuéntame avances.

Y eso hizo.

Le contó paso por paso cómo me había destrozado la vida.

La muy…

Cómo conoció a Antonio por vía de la misma psicóloga, cómo decidió ayudarle y cuáles fueron los pasos uno por uno para joderme bien jodido.

Casi todo yo ya lo sabía. O, al menos, me hacía una idea.

Lo único que desconocía era que mi padre sí que había muerto de manera natural y había sido el desencadenante perfecto.

Eso me quitó un peso de encima.

Habría seguido su plan de todos modos, pero sin esa parte que había encajado a la perfección.

Maldita psicópata.

Y entonces es cuando llegó la parte que yo quería escuchar.

Estaba preocupada por la señora Irene Monleón.

Lara sabía que esa mujer sospechaba de ella y que si seguía con su estilo de vida, podía ponerse en claro peligro.

Pero, por otro lado, tampoco podía vivir de otra manera.

Si fumar es difícil de dejar, la sensación de matar…

La necesidad de sangre que vivía con Lara desde tiempos inmemoriales era muy superior a sus fuerzas.

No podía hacerlo tan fácilmente y no existía ningún parche contra eso.

Así que tendría que volver a desaparecer.

Cambiarse de ciudad y esperar al menos un tiempo.

—Seguiremos las consultas por videollamadas. No las dejes, eh, Lara, que ya sabemos lo que ocurre.

—Sí, sí.

—Y ahora, descansar y, si necesitas libertarte…

Dijo libertarte, la muy pirada, ¿dónde le habían dado la carrera?, ¿En la feria?

—Pues hazlo, pero busca un trabajo de bajo riesgo. Nadie demasiado importante. Trata de que esa mujer no esté pendiente de ti.

Así que, bueno, ya tenía trabajo que hacer.

Salió de la consulta y, nada más llegó a casa, comenzó a consultar toda la información de la que disponía.

Que era una barbaridad.

Si yo ya sabía que el dinero podía comprar casi de todo, eso me sorprendió hasta a mí.

Toda la información que la policía tenía, y mucha que no podría ni imaginar.

Y se decidió.

Ya tenía una nueva víctima que añadir a su lista.

Rosa Guerrero Luna.

56

Por lo visto, y por la información que Lara tenía acerca de ella en su impresionante base de datos, esa mujer había matado a una decena de mujeres en los últimos años.

Más o menos una cada dos o tres meses.

Tampoco podía más porque, claro, era una ama de casa con dos hijos pequeños.

Carlos, de casi doce años.

Y Laura, de ocho.

Pero que, cuando se estresaba, en lugar de ir a hacer yoga o de follarse al monitor de pádel, pues ella se cargaba a señoras y coleccionaba sus cabezas en tarros.

Las cosas que tiene estar como una puta regadera.

Así que, tras pasar un par de horas de leer y releer, finalmente se decidió por esa mujer.

Le cortaría la cabeza en el mismo lugar donde ella lo hacía con sus víctimas.

Era un plan relativamente sencillo.

La policía no sospechaba de ella.

Toda la información de la que disponía provenía de una profunda investigación de Nicholas.

Porque qué gran aliado era ese hombre.

Lo quería con locura.

Y él aguantaba sus locuras.

Eran la pareja perfecta.

Así que podía presentarse en su casa con cualquier excusa que, por seguro, ella pensaría en la suerte que había tenido y buscaría convertirla en su presa.

Y ahí estarían, frente a frente, las dos cazadoras.

Pero finalmente sería Lara la vencedora. Porque claro, el hecho de saber lo que ocurre ayuda. Y mucho.

La pobre Rosa no tendría la más mínima posibilidad.

Era cierto que lo que Lara no sabía era lo que esa mujer había pasado durante las últimas horas. En cómo había tenido que enfrentarse a un asesino americano.

Un maldito cocodrilo.

A un pirado que hablaba consigo mismo, cuál Gollum en sus peores momentos.

A un politicucho.

A un asesino de mujeres.

A un violador.

Una fem fatal.

Bueno, a muchas cosas.

Y que eso la había cambiado.

Aunque tampoco importaba, porque nada salió cómo ella había esperado.

Mientras yo trataba de aguantar un poco más en el mundo de los vivos, Lara preparó su actuación y se plantó en la casa de esa mujer.

Eso sería como al día siguiente de que la convirtiera en su objetivo.

Tampoco era capaz de esperar mucho más.

Su necesidad de sangre era cada vez mayor.

Así que el sábado decidió que ya era momento de irse para allá.

Cogió todo lo que necesitaba y, en moto y vestida de cuero, con un casco opaco y guantes negros, se dirigió hacia la casa unifamiliar donde vivía Rosa con su marido Rodri.

Esta se encontraba a las afueras de Valencia, en un barrio de «quiero y no puedo» que se podían permitir con sus sueldos por encima de la media, pero que, en la tesitura de la vivienda, tampoco daba para tanto. Al menos pillaron la hipoteca antes de que el euríbor pegara el petardazo.

Nada más llegar y, mientras se preparaba para su incursión, miró su reloj.

Eran alrededor de las diez de la mañana.

Según los cálculos de Nicholas, no aparecería nadie más hasta el día siguiente.

El marido estaba de viaje de trabajo y los hijos estaban con la abuela.

Perfecto.

Justo lo que la psicóloga le había pedido.

Un trabajo de bajo riesgo.

Sin florituras ni rompecabezas.

Pero con una buena recompensa.

Sin embargo, antes de acercarse hacia la puerta, vio algo que le rompió los moldes.

Es lo que tiene ser precavida.

Porque Lara Larsson puede ser muchas cosas, pero es lista como el demonio.

Yo lo había sentido en mis propias carnes.

De hecho, todavía lo sentía desde la cama de la UCI.

Pero bueno, a lo que iba. Que antes de llamar al timbre, le dio por dar una vuelta por la casa, por si acaso.

Y bien que lo hizo, porque sobre las diez y cuarto de la mañana, una furgoneta de correos apareció por el horizonte directa a la casa de Rosa. Se detuvo frente a ella y se apearon dos hombres con un enorme paquete sobre los hombros.

Lara ya sabía lo que significaba eso.

Lo sabía muy bien.

Y no le gustaba en absoluto.

Lo que era evidente era que «La experiencia» la había elegido como participante.

Lo que no tenía nada claro era si se la estaban llevando o si la traían de vuelta. Aunque sí se daba el segundo caso, era que esa mujer había sobrevivido.

Y eso…

Era imposible…

¿Era posible que hubiera ganado?

Necesitaba averiguarlo cómo fuera.

Así que esperó impaciente a que hicieran su trabajo. A los pocos minutos, ambos hombres de «correos» regresaron con su enorme paquete —no sabía decir si lleno o vacío— y se perdieron

por el barrio residencial de vuelta a la base de «La Experiencia».

Lugar que Lara conocía la mar de bien.

Demasiado para su gusto.

No lo suficiente para el mío.

57

Apenas un día antes, el hombre de chaqueta marrón y pantalón de pana, ahora conocido como Mr. Decimosexto, habría dado por hecho que no volvería a estar en ese lugar.

¿Cómo pensar que esa mujer que parecía tan poca cosa saldría victoriosa?

Las cosas que tenían la vida y «La experiencia»

Mientras el segundo equipo vigilaba desde la distancia, el equipo uno, liderado por Mr. Duodécimo, llegaron al domicilio de Rosa Guerrero para deshacer la extracción realizada apenas unas horas atrás.

Cuando esa mujer no sabía lo que era el terror.

Ni el verdadero peligro.

Ahora lo sabía.

Vamos si lo sabía.

Entraron a la inconsciente mujer y la devolvieron al interior de su coche. A Mr. Decimosexto le habría encantado ver la reacción de esa mujer al despertarse de nuevo allí dentro.

Pero no…

Ese no era su trabajo. Ni veía la experiencia desde el interior ni la reacción de los vencedores tras su vuelta. Él se encargaba de las listas.

De hecho, el simple hecho de estar allí junto a Mr. Duodécimo ya era algo extraordinario, evidentemente relacionado con la inclusión de ese nombre tan concreto y curioso.

Alguien a quien estaban muy cerca de «Captar»

Una vez Rosa Guerrero estaba en el interior del coche y a salvo, el equipo dos salió de la residencia, se metió en la furgoneta de «Correos» y se perdió en la lejanía.

58

Después de ver cómo la furgoneta desaparecía tan rápido cómo había llegado, Lara continuó a la espera unos pocos minutos más.

No quería precipitarse.

Si se la habían llevado, pues bueno, habría perdido una víctima que me obtendría su «relativamente justo» castigo.

Y si la traían de vuelta, todavía estaría dormida un rato más.

Aunque esto último no era una posibilidad real.

Era imposible que esa mujer hubiera sobrevivido entre todos los participantes de una ronda de «La experiencia»

«Malditos», pensó

Fuera como fuera se le habían adelantado.

Del mismo modo que Nicholas, habían seguido su rastro y habían dado con una asesina de mujeres que coleccionaba sus cabezas en tarros.

Todavía anclada en sus cavilaciones, observó cómo un vecino, en compañía de un pequeño perrito, se acercaba al garaje de Rosa y hablaba con alguien del interior.

Pero eso no podía ser…

Eso significaba que…

Lara no era capaz de comprender cómo esa mujer podía haber sobrevivido.

Pero claro, ella no había presenciado por todo lo que había tenido que pasar. La verdad era que, visto lo visto, a mí no me hubiera gustado tener que enfrentarme a ella.

Aunque claro, tampoco querría haberlo hecho con la inspectora Lara Larson.

Porque vaya par de monstruos.

Se acercó con disimulo y trató de escuchar la conversación.

—Estoy bien, Armando, pero una pregunta, ¿qué día es hoy? —preguntó Rosa desde el interior del garaje.

—Pues es sábado, claro. Sábado, día doce —contestó el veterano vecino con la ceja enarcada.

Era una pregunta muy rara.

—Gracias, Armando —dijo mientras accionaba la persiana y esta se abría ante los ojos de Lara, justo al otro lado del jardín.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza? —preguntó el vecino con tono preocupado, nada más ver el rostro de Rosa.

Si él supiera…

Menudo día había tenido esa mujer.

—Me he dado con el marco de la puerta antes, como una tonta —mintió ella al instante.

Pero claro, no le podía decir que un asesino americano había tratado de cargársela con una motosierra.

—Hay que tener más cuidado, mujer, que te podrías haber hecho daño.

De nuevo.

Si él supiera…

—Pues sí, Armando, tienes razón.

—Y más ahora que estás tú sola, eh.

—¡Qué razón tienes! Bueno, te voy a dejar que tengo muchas cosas que hacer, Armando.

—Claro, mujer, buen día.

—Igualmente.

Dicho esto, el hombre continuó con su marcha y ella bajó la persiana del garaje.

Mientras tanto, Lara trataba de pensar con frialdad.

Si Rosa estaba allí era porque, sin duda alguna, había sobrevivido a «La Experiencia» y ella necesitaba descubrir el modo.

Una creciente y nueva simpatía nacía hacia esa mujer. Tenía que tenerlos muy bien puestos para hacer lo que había hecho.

Una pena que tuviera que matarla, se dijo a sí misma.

Conmigo no había tenido tantos reparos.

Una vez la calle había quedado vacía y no había ojos puestos sobre ella, Lara se acercó a la puerta y tocó al timbre con toda la calma del mundo. Al principio nadie abrió.

Era algo normal, en ese momento, Rosa acababa de coger un cuchillo y pretendía hacer lo que llevaba dos días anhelando.

Maldijo a quien fuera que hubiera llamado a la puerta, se quitó la ropa hermética que llevaba puesta. Dejó los guantes sobre una mesa de metal y salió de sótano con una sonrisa sobre el rostro.

«Seguro que es el pesado de Armando», pensó.

Pero estaba equivocada.

—Buenos días —saludó Lara cuando el amable rostro de Rosa asomó por la puerta.

—Hola —contestó Rosa con una sonrisa—. ¿Puedo ayudarla?

Lara había pensado muchas opciones antes de acercarse a la puerta, pero claro, después de enterarse de lo de «La Experiencia» su cabeza había implosionado.

Y bueno, solo había una cosa que sabía que siempre funcionaba.

—Inspectora Larson —dijo Lara mostrando su placa de policía.

Rosa se tensó.

Algo normal, habida cuenta de lo que tenía en el sótano de la residencia, a escasos metros de Lara.

—¿Policía? —preguntó con una sorprendente naturalidad. Esa mujer había nacido para eso.

—Así es, ¿es usted Rosa Guerrero? —preguntó Lara con sus preciosos ojos puestos sobre Rosa.

—Sí, sí, soy yo.

—Vale, muy bien, disculpe, es que habíamos recibido una llamada que decía que había desaparecido y no daban con usted. ¿Puedo pasar? Me gustaría ratificar que está todo bien. Es el protocolo cuando recibimos este tipo de llamada.

Lara se había echado un farol como una catedral, pero claro, teniendo en cuenta que había estado al menos un día fuera, no era tan raro que alguien la hubiera echado de menos.

—Claro, pase, ¿Quiere un café? —preguntó Rosa mientras se preguntaba a sí misma si alguien más sabría de la presencia de esa mujer en su casa.

—Sí, por favor —contestó Lara pasando al interior de la casa. Esperaba que sirviera dos cafés. Era la mejor opción para dejarla fuera de juego.

Prefería no tener que entrar en un enfrentamiento físico.

Yo conocía bien los métodos de esa mujer, que me había dejado fuera de juego con el perfume que había rociado en mi pañuelo para paliar el olor del cuerpo que había colocado estratégicamente para fingir que pertenecía a Antonio Molina.

Que era un cuerpo extraído de la universidad, por cierto.

Todo se podía hacer con los recursos adecuados.

Y esa mujer tenía muchos.

Ambas mujeres pasaron a la cocina y se pudieron frente a una mesita junto a una ventana que daba al jardín trasero.

Con charla banal como melodía, esperaron a que estuviera el café.

Ninguna de las dos quería decir nada trascendental.

No fuera a ser que dijeran algo que no debieran.

Rosa no podía pensar en otra cosa que no fuera en «su amiga», esperándola bajo sus pies.

Y, Lara, en el momento en el que esa mujer se tomara el café y pudieran «hablar tranquilamente» acerca de sus últimas horas.

No sería mucho lo que llegaran a hablar.

59

Más o menos al mismo tiempo en el que Rosa le servía el café a la inspectora Lara Larson, yo me empezaba a encontrar bastante mal.

Bueno, todavía peor, quiero decir.

Mal me encontraba desde que esa pirada me había pegado un tiro y se había asegurado del lugar en el que había impactado esa bala.

O, al menos, donde ella pensaba que había impactado.

—Gracias —contestó Lara antes de que, cuando se daba la vuelta a por el azúcar, volcar un líquido transparente en el café de Rosa Guerrero.

—¿Azúcar?

—Sí, por favor.

Tras dos cucharadas hizo como si se lo llevara a la boca pero únicamente rozó los labios con la taza.

Más valía prevenir que curar.

Distinto fue el caso de Rosa Guerrero, que, ingenuamente, no se había planteado la posibilidad de que una agente de la ley fuera a envenenarla.

Infeliz.

Lara sonreía en su interior viendo cómo esa mujer saboreaba el gusto de café con narcótico. El mismo que me había dejado a mí completamente fuera de juego y a su merced.

La inspectora no podía esperar a empezar con el interrogatorio, mientras que Rosa no pensaba en otra cosa que no fuera en lo que haría con «su amiga», que la esperaba en el sótano, a escasos metros de distancia de donde ellas dos hablaban.

—¿Entonces, ha estado aquí todo el día?

—Sí, mi marido está fuera toda la semana y los niños están con mi madre, así que tenía un par de días para mí sola. Es posible que por eso no me haya dado cuenta si me han llamado. O si ha venido y llamado al timbre.

—Claro, es posible, sí —contestó la inspectora dejando la taza de café sobre la mesa que había entre ellas—. Aunque también es posible que no estuviera en casa y que por eso no lo escuchara. Quien llamó comentó que una furgoneta estuvo aparcada en la parte de atrás durante un par de horas. ¿Vio usted a alguien?

Rosa, sin apartar la vista de la inspectora Larson ni dejar de sorber su café, se mantuvo un par de segundos en tenso silencio, procesando.

—No recuerdo ver a nadie, pero claro, es cierto que estuve mucho tiempo en el sótano, y ahí no se escucha demasiado bien.

—Comprendo, ¿podríamos probar? Puedo bajar yo y que usted se quede aquí arriba a ver si se escucha algo —propuso la inspectora como quien no quiere la cosa.

—O, al revés, bajo yo y usted me dice si se oye, o me grita usted y le digo si yo oigo desde abajo —contestó Rosa tratando de echar balones fuera.

—También valdría, claro. Aunque preferiría no molestar con los gritos a la mujer que tiene encerrada ahí abajo esperando a que le corten la cabeza. Creo que sería muy poco elegante. Además, usted debería descansar, debo suponer que lleva un día muy largo enfrentándose a peligro tras peligro y sobreviviendo a decenas de amenazas. Mejor ya bajo yo.

Habría pagado lo que no tengo por ver la cara de esa mujer en ese momento.

Las dos tomando el café tranquilamente y le suelta esa bomba tal cual.

Sin anestesia.

Si es que la inspectora era una mujer de armas tomar.

Si no, que me lo digan a mí.

—¿Cómo? —balbuceó Rosa Guerrero, totalmente desubicada.

Se había pasado las últimas veinticuatro horas enfrentándose a un cocodrilo, a una bomba, a un pederasta, a un colgao, a un asesino americano y no hacía ni una hora desde que había regresado a su casa y se encontraba con eso.

—Lo que oye, que mejor bajo yo. Usted necesita descansar.

Rosa no sabía ni qué pensar.

¿Sería esa mujer miembro de «La Experiencia»?

Si ese era el caso.

¿Qué quería de ella?

Había sobrevivido.

Le había costado muy caro pero había salido victoriosa por encima de todos los demás.

¿Qué más podían querer de ella?

¿Solo la habían dejado salir y devuelto a su casa para luego quitárselo todo?

Una simple sensación de seguridad antes de la inevitable muerte.

—¿Quién eres?

—No, la pregunta, Rosa, es: ¿quién eres tú?

—No sé qué…

—Sé que eres una asesina en serie, que cortas la cabeza de mujeres y las coleccionas en tarros. Y que, ahora mismo, tienes a una mujer encerrada en el sótano. Nicholas, mi mayordomo, me ha preparado un dossier muy extenso sobre ti. Lo que no sé es cómo has sobrevivido a «La experiencia». Te había elegido como una presa fácil. Sin riesgo, pero que hayas salido vencedora no tiene ningún sentido para mí.

Entonces, Rosa trató de levantarse y de coger un cuchillo del primer cajón de la encimera, pero sus extremidades le fallaron por completo y no llegó a dar dos pasos.

Se quedó como me había pasado a mí unos días antes. Completamente a su merced.

Ahora esa mujer podría hacer con ella lo que deseara.

O eso pensaba, porque nada más se levantó y se acercó hacia ella con cientos de preguntas en la punta de la lengua, un olor conocido se adentró en la cocina.

Lara se quedó petrificada.

Eso solo podría significar…

Nada bueno.

Se dio la vuelta a la carrera y corrió hacia la salida sin respirar. Sabía que esa era la única posibilidad de salir con vida. Con la mano sobre la nariz y la boca, se encontró con una puerta cerrada que le impedía el paso.

De vuelta a la cocina y con los pulmones vacíos de aire, se encontró con Rosa, totalmente inconsciente sobre las baldosas. Cogió una silla y la lanzó contra un cristal que se rompió en el acto, partiéndose en cientos de trozos.

Si iban a ir a por ella, no la cogerían tan fácilmente.

Dos rostros se asomaron desde el exterior, vestidos de negro.

Ya no podía más,

Se ahogaba.

Por mucho que la ventana estuviera rota, habría demasiado gas en el interior de la casa.

Estaba perdida y ella lo sabía.

Despegó sus manos de su rostro para soltar.

—Sois unos hijos de puta, ¿de verdad queréis matarme con mi propia creación? Os voy a matar, os voy a matar a todos, malnacidos.

Y calló inconsciente sobre el suelo.

60

Al mismo tiempo en el que Lara Larson, anteriormente conocida como Miss Segunda, caía dormida sobre la cocina de Rosa Guerrero, mi cuerpo me avisaba de que no me quedaba mucho tiempo.

De hecho, de un momento a otro el dolor desapareció por completo.

Como si nunca hubiera estado ahí.

La situación llegaba a ser hasta cómica porque, de pronto, no solo no estaba muerto, sino que me despertaba dentro de mi cama, sudado, nervioso, alerta.

¿Había sido un sueño?

No lo creía.

Sobre todo porque al tocarme el costado había una herida cerrada hacía poco.

No.

Esa mujer me había disparado después de engañarme, joderme la vida y de drogarme.

Sin embargo, su disparo había sido menos certero de lo que ella había esperado.

Hasta el punto de que «La Experiencia» en un alarde de originalidad, me había salvado el pellejo y elegido como participante para que volviera a verme las caras con esa mujer.

Querían todo un espectáculo para la muerte de una de los suyos.

Miss Segunda moriría ante los ojos de todos.

Serviría de ejemplo perfecto de lo que no debía hacerse.

Y ahora dirás.

Pero, cabrón, me dijiste antes de empezar que esta no era de esas historias en las que anunciaban una muerte y luego no era cierta.

En parte sí, es cierto.

Y en parte no lo es.

Es cierto que te dije nada más empezar que esta era la historia de mi muerte.

La agonía de una muerte anunciada.

Y bueno…

Por ahora, tienes la agonía.

Ahora, solo te falta la muerte.

Pero no te preocupes, que esta historia todavía no ha terminado.

De hecho, amigo mío.

Solo acaba de empezar.

TU OPINIÓN ES MUY IMPORTANTE PARA MÍ

Y para finalizar y, ahora que ya has llegado al final de **«La agonía de una muerte anunciada »** me gustaría hacerte una pregunta.

¿Te ha gustado?

Tanto si la respuesta es un sí como si es un no como una casa, dímelo.

Conocer tu opinión me ayudará tanto a mejorar en el futuro como a que nuevos lectores conozcan mis novelas.

Puedes dejar una review escaneando el código QR.



¿QUIERES SABER MÁS SOBRE EL MUNDO DE LA EXPERIENCIA?

Escanea el QR para estar al tanto de todo.

Habrá avances, tráiler, fotografías, descripciones de personajes, preguntas sobre nuevos libros, cosas curiosas y, por supuesto, contacto directo conmigo.

También tendrás la posibilidad de darme tu opinión sobre todo lo que quieras, en un principio relacionado con los libros, no me cuentes si te gusta más el azul glauco que el imperial.

Básicamente porque no tendré ni idea de la diferencia.

Y cuando digo que puedes darme tu opinión lo digo totalmente en serio.

Pues es que me ha parecido una pu… mier…

Pues me lo cuentas.

Que te ha gustado…

Pues también.

Igual que si me quieres contar cómo me has conocido, desde donde me lees, o si te gusta la tortilla de patata con cebolla o no tienes ni puñetera idea de la vida. Vamos, que menos lo del azul lo que te rote.

Así que lo dicho, escanea el QR y nos vemos al otro lado.



Y AHORA QUE YA TE HAS LEÍDO «LA AGONÍA DE UNA MUERTE ANUNCIADA»

¿QUÉ?

¿Confías ciegamente en tus amigos?

¿Serías capaz de poner tu vida en sus manos?

Solo vuelven cuatro de ellos.

Una investigación que pondrá sobre la mesa los secretos de todo un grupo de amigos.

¿Alguno de ellos tenía razones para quitarlo de en medio?

Un misterio.

Y todo un grupo de sospechosos.

“Asesinato al amanecer”es la intrigante tercera parte de la saga de «**LA EXPERIENCIA**».

Regresa al mundo de **“LA EXPERIENCIA**”y descubre todos sus secretos.

Continúa la saga de “La experiencia**”** con “Asesinato al amanecer”escaneando el código QR.



ASESINATO AL AMANECER

LA EXPERIENCIA III

ASESINATO AL AMANECER

NUNCA TE FÍES DE TUS AMIGOS



ENRIQUE ANDÚJAR

UN AVANCE DE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE LA NOVELA

1

El Juicio

Mientras caminaba hacia la sala del juzgado, no podía evitar ordenar y fechar en mi cabeza todos los acontecimientos que me habían llevado hasta ese momento.

El instante en el que mi mente fue capaz de procesar los datos que tenía ante mis narices y que habían pasado desapercibidos hasta el día del entierro de Beatriz Montalbán, quien había sido acusada de matar a su futuro marido de un disparo en el pecho.

Todo parecía a primera vista bien planeado; sin embargo, siempre existe algún cabo que, incluso atado, se puede desatar para descubrir las intenciones que se ocultan bajo la superficie.

El olor de un perfume distinto.

Una conversación extraña o una sorprendente infidelidad son capaces de ofrecerte un prisma que te amplíe la realidad de lo que eres capaz de observar.

La puerta del juzgado se abrió ante mí y, al entrar, todas las miradas se volvieron y me observaron atentamente. Era capaz de leer el asombro y la expectación en los rostros de los presentes ante lo que estaban a punto de presenciar.

Los inspectores al cargo del caso, el forense, los familiares y, por supuesto, sus amigos. Aunque claro, para tener unos amigos como algunos de ellos no hacía falta tener enemigos.

Mi paso era lento, pero decidido, mientras paseaba la mirada entre los presentes y ojeaba al acusado sentado frente al juez con aparente tranquilidad.

Es una situación extraña cuando se declara en un caso de asesinato. Porque en tus manos está, tanto el futuro de una persona, como la justicia para con otra.

Si eres capaz de demostrar la culpabilidad de alguien que realmente lo es, el éxito es rotundo; sin embargo, en el caso de errar, es un jarro de agua fría sobre tu cabeza, y a mis años eso se lleva realmente mal.

El pelo se moja y para que seque…

Aunque claro, sin duda alguna la peor de las posibilidades pasa porque por tu culpa lleguen a encerrar a un inocente. Así que justo por esa razón, y mientras caminaba hacia el estrado, repetía en mi cabeza una y otra vez todos los antecedentes que nos habían llevado hasta aquí.

Y para ayudarme a tal ardua tarea, he decidido hacerlo desde el final hacia el principio.

Porque sí, porque a mí me da la gana.

En primer lugar, planteo el desenlace al que he llegado y vuelvo poco a poco para reconstruir los pasos y convencerme de que no he errado con mis conclusiones.

Y, sin duda alguna, eso ocurrió cuando volvía del entierro de Beatriz Montalbán y me crucé con sus supuestos «Amigos»

2

Media hora después del entierro de Beatriz Montalbán

Mi mirada se perdía entre el agua de la lluvia mientras mi cerebro no dejaba de cavilar. Los cálculos parecían sencillos e inevitablemente me conducían a una conclusión fácil y evidente. Exactamente al mismo resultado al que habían llegado tanto los dos inspectores al cargo del caso como el médico forense que había realizado la autopsia.

Beatriz Montalbán se había suicidado.

Era fácil.

Limpio y consecuente.

Sin embargo, erróneo.

Lo que desconocía en ese momento era la razón que me empujaba hacia ese pensamiento, porque pocas eran las evidencias dirigidas hacia dicha conclusión.

Iba sentada sobre el asiento trasero del Toyota del inspector Francisco Zumbado San Martín, al que en comisaría llamaban Fran. Sus amigos se habían decantado por Paco, sus hijos, papá, y yo, su anciana madre, sentada tras su asiento, apodaba, Paquito.

Francisco había decidido ocultar su primer apellido. Porque claro, apellidarse Zumbado cuando eres inspector de homicidios atrae las burlas peor intencionadas, así que se quedó con el mío.

Monleón.

De Irene San Martín Monleón, el nombre de una.

Yo era natural de un pueblo del interior, muy rústico él.

Y bonito, eh. Eso sí.

Pero pequeño como él solo y aburrido como un adelantamiento de camiones. Sin embargo, llevaba afincada en Valencia desde que mi difunto esposo, en paz descanse, fue ubicado en la capital levantina en la brigada de homicidios de la policía nacional.

Manolo no era un hombre muy brillante, para qué nos vamos a engañar, pero me dio amor, cariño y dos preciosos hijos de los que uno incluso siguió sus pasos como agente de la ley.

Y por vía de estos últimos, cinco maravillosos nietos.

Pero además de todas esas cosas, Manolo me dio algo que nunca habría esperado y era que al ser este policía de homicidios y por mucho que fuera ilegal e inmoral y muchas más cosas que acaban en al, me hizo partícipe de todas sus investigaciones.

Y lo bien que le vino.

Porque durante muchos años nadie fue capaz de comprender cómo era posible que Manolo no fuera capaz de hacer la O con un canuto durante toda una jornada laboral y, sin embargo, se

iba a casa y al día siguiente volvía con una increíble teoría que en muchas ocasiones resultaba ser cierta. En ese momento nunca llegué a plantearme la posibilidad de tratar de convertirme en agente de policía.

Eran otros tiempos.

Sin embargo, esa afición fue algo que nos unió.

Una afición que, con los años, trasladé a mi hijo Paquito, quien, por mucho que lo intentaba, no era capaz de mantener a su madre alejada de todos los fregaos.

Incluso su compañero, el inspector Ibáñez, hacía la vista gorda a cambio de una buena tanda de croquetas. Porque claro, muchos dicen que el secreto pasa por hacerlas con amor, pero de eso nada, el truco es completamente culinario.

Si se le pone gelatina a la besamel, esta se vuelve mucho más maleable en frío y quedan con una forma estupenda, pero con el calor se derrite y en la boca es gloria divina.

Pero de esto ni mu que es secreto de abuela.

Si quieres, tú puedes seguir con lo del amor a ver qué tal quedan…

Pero bueno, a lo que estamos. Mi mente volvía una y otra vez a los acontecimientos que me habían llevado hasta ese cementerio aquel lluvioso día, y únicamente era capaz de pensar una y otra vez en que todo había resultado demasiado fácil. Y por mucho que mi hijo se empeñara en lo contrario, yo sabía que había gato encerrado, aunque no pudiera saber dónde estaba el maldito gato.

Paquito insistía y se regodeaba de haber cerrado un caso de asesinato a una velocidad insospechada.

Insospechada para él, quiero decir.

Sobre todo teniendo en cuenta que tenía otro abierto sobre el escritorio, pero yo estaba cada vez más convencida de que debería de seguir abierto.

Por otro lado, estaba la muerte del empresario Ernesto Villoldo durante una cena de negocios. En dicha reunión, su padre estaba a punto de cerrar la fusión de su empresa de energías renovables con una de la competencia para formar así la compañía más grande del país. Una que fuera capaz de competir en el extranjero contra las grandes potencias norteamericanas. No había ni una sola prueba real ni móvil para el crimen para ninguno de los posibles sospechosos. Y, aunque Paquito estaba convencido de que el asesino se encontraba entre los comensales, únicamente estaba en lo cierto a medias.

Yo creía conocer lo ocurrido desde hacía días, pero es labor de madre, conocer a sus hijos y saber que la verdad era algo que no iba a ser capaz de aceptar, así que, mientras no encerrara a alguien inocente y, sabiendo de antemano que no había nadie a quien culpar, prefería alejarme un ápice y observar. Y de esa forma también podría centrarme en el otro caso que rondaba mi mente.

La muerte de Beatriz Montalbán.

La ventana estaba completamente empapada y repleta del vaho que exhalábamos los ocupantes del coche. Pasaba mi mano sobre la ventana para observar las vistas cuando di con un grupo de caminantes que se alejaban del cementerio.

Todos iban vestidos de negro y llevaban grandes paraguas que los protegían del clima. Y todos ellos paseaban cabizbajos con la mirada seria y humedecida y el corazón encogido.

Todos.

Todos menos uno.

Alguien de entre esos caminantes era más de lo que parecía ser, aunque todavía no fuera capaz de discernir quién.

Y sobre todo desconocía el por qué.

Muchos de ellos habían sido sospechosos tanto de la muerte de Beatriz como del asesinato que mi hijo había deducido que ella había cometido, pero yo dudaba que una mujer como ella fuera capaz de ese tipo de asesinato.

No de matar, en absoluto.

Hacía muchos años que era consciente de que cualquiera es capaz de hacerlo en la debida circunstancia, lo que me chirriaba era el modo. Había muchas formas en las que podría haber muerto que no me habrían hecho dudar, pero la manera en la que ocurrió me hizo plantearme que ella podía no ser la asesina. ¿Podía equivocarme? Sin duda. ¿Era el caso?

En absoluto.

El Toyota de Paquito torció una curva y perdí de vista al grupito. Alfredo Ibáñez, el compañero de mi hijo se volvió de su asiento y me dedicó una gran sonrisa.

Yo ya sabía lo que quería.

Bajé la mano hacia mis pies y saqué una bolsa térmica repleta de croquetas de jamón, pollo, bacalao y carrillada al vino tinto. Alfredo tomó la bolsa y volvió la vista al frente sin decir nada.

El intercambio había concluido.

—¿Hoy te quedas con los niños? —me preguntó Paquito con la mirada en el espejo retrovisor—. Hemos quedado Laura y yo con unos amigos para cenar algo. No llegaremos tarde.

La pregunta de Paquito me traspasó como un ente, porque mis pensamientos estaban en otro lugar. Mis recuerdos viajaron a media hora atrás, cuando mi olfato me susurró que algo no iba bien y mis instintos hicieron saltar la voz de alarma.

—¿Mamá? —preguntó de nuevo el pesado de mi hijo con el ceño fruncido.

—Tenemos que ir a mi casa —dije suavemente.

Sabía que si me mostraba demasiado emocionada, mis sentimientos jugarían en mi contra.

—¿Qué tenemos que qué?

—¿Por qué?

Preguntaron los dos al unísono.

—Porque creo que ya sé quién mató a Beatriz Montalbán —dije con la voz de la sabiduría.

A lo que el atontao de mi hijo contestó.

—Pero mamá, si Beatriz se suicidó. No hay ninguna prueba que indique lo contrario.

—Sin embargo, así fue.

Alfredo y Paquito compartieron una mirada de exasperación y ambos se volvieron hacia mí.

—No vas a parar hasta que vayamos, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? —pregunté a modo de respuesta sin apartar la mirada de mi hijo.

—Vale, pero te quedas con los niños el finde —dijo él antes de frenar en el semáforo mientras pensaba el modo más rápido de llegar—. Si dejo a Laura sin su cena de hoy, te aseguro que me mata si no le doy algo a cambio. Y sabes cómo se pone cuando nos dejas tirados.

—Yo ya tengo mis croquetas —añadió su compañero sonriente y con los hombros en alto—. Así que lo que vosotros digáis.

En ese momento el coche había dado la vuelta a la manzana y dimos de lleno con los tristes caminantes entre los que se encontraba la mente culpable del asesinato. No les perdí de vista hasta que pasamos de largo y enfilamos mi domicilio.

Doce minutos más tarde subíamos en el ascensor directamente a calmar mis dudas.

—¿Qué necesitas saber? —preguntó Alfredo mientras me cedía el paso hacia el pasillo que daba al apartamento.

—El nombre de la colonia del novio —contesté tratando de llegar a mi destino a mi máxima velocidad guiada por la emoción. Una velocidad que, a mis setenta y dos años de vida, alta no era. Eso te lo digo desde ya.

Entré con mi paso corto, caminé hacia una pequeña habitación al final del piso y ojeé el informe que me había dejado sobre la mesa antes de irme.

Allí estaba.

Mis instintos me habían hablado y al fin había sido capaz de escucharlos. Mi mente ya no era la de antes, pero en eso no me había fallado. Volví la vista hacia una pared tapada con un enorme corcho repleto de fotografías. Había dos casos en esa pared. A la derecha se encontraba la fotografía del empresario Ernesto Villoldo.

¡Pobre imbécil!

Pensé.

Y a la izquierda la fotografía de Beatriz Montalbán junto a la de todos los relacionados con el caso. Me aproximé con el dedo índice alzado y señalé una de las fotografías. No me hizo falta decir más. Solo un concepto.

—La colonia. Llevaba esa colonia en el entierro.

—No es suficiente para hacer nada, mamá —contestó Paquito observando la fotografía.

—Lo sé. Pero no es mi trabajo encerrarlos. Ese es el vuestro —contesté con tranquilidad—. El mío es deciros quién ha sido y por qué. Probarlo es cosa vuestra. Y ahora, dadme quince minutos para que fría unas croquetas que os voy a contar una historia y necesitáis tener el estómago lleno.

Cuarenta y dos minutos más tarde nos dirigíamos al domicilio de la persona que yo estaba segura de que había cometido el crimen. Alfredo y Paquito se adelantaron por las escaleras mientras yo esperaba pacientemente el ascensor.

No estaban mis piernas como para subir andando.

Mi hijo tocó a la puerta y le preguntó al hombre que estaba al otro lado si le permitiría oler su colonia. Este dudó un instante y preguntó por una orden judicial, algo de lo que Paquito y Alfredo carecían. Sin embargo, el olor era plenamente revelador, pues el apartamento rezumaba el mismo aroma que, aunque sutil, también existía en la nota de suicidio de Beatriz Montalbán.

Alfredo contestó que no y su respuesta fue la misma.

Que volvieran con una orden de registro.

Entonces ambos se plantearon la mejor manera de conocer la segunda de las cuestiones, pero conociendo de antemano que no iba a ser por las buenas. O al menos no si no lo hacían de frente. En ese momento aparecí yo desde el ascensor con el bastón que había cogido de casa para los días en los que la cadera hacía de las suyas.

Que, aunque escasos, aparecían de vez en cuando.

Por suerte para mí, aquel no era uno de esos días y su utilidad iba a ser ligeramente distinta.

Me aproximé tras la espalda de mi hijo y, con la mirada puesta sobre el hombre que había matado a Beatriz, deslicé el bastón hacia delante y este cayó hacia el suelo muy cerca de la puerta. Una mano se interpuso en su trayectoria y detuvo la caída.

Una mano que, como yo había supuesto, era la izquierda.

—Es usted zurdo —susurró Paquito con los ojos puestos sobre su mano.

—No se preocupe que volveremos con esa orden —añadió Alfredo con tono serio.

—¿Me devuelve el bastón, jovencito? Que los días de lluvia no sabe usted cómo duele —dije con una sonrisa al hombre que parecía completamente descolocado.

Este me devolvió la mirada y pude leer en ella lo que iba a ocurrir a continuación.

Golpeó con la madera la pierna de Alfredo y corrió hacia las escaleras con desesperación.

Paquito reaccionó con preocupación hacia mi persona, sin embargo, yo ya me había apartado a un lado, recuperado mi bastón del suelo y caminado con tranquilidad hacia el ascensor.

—La madre que lo parió —farfulló Alfredo, todavía doliéndose del golpe en la pierna. Paquito le miró y este le hizo un gesto para que persiguiera al sospechoso que cada vez tenía más cara de culpable.

Paquito tomó las escaleras a la carrera mientras yo esperaba el ascensor. Alfredo me miró con una pregunta en la retina.

—¿Habéis hecho lo que os he dicho? —pregunté antes de entrar en el ascensor. A lo que él asintió con la cabeza apoyándose en el pomo de la puerta—. Entonces todo va bien —finiquité ya desde el interior antes de pulsar el botón de la planta baja.

El sospechoso llegó al portal antes de correr hacia la salida en el barrio de Ruzafa de Valencia. La calle daba al edificio del mercado rodeado de callejones estrechos con algunos coches aparcados en los lados. Era martes, aunque en Ruzafa el ambiente permanecía los siete días de la semana y el sospechoso tuvo la necesidad de pasar por varias terrazas con personas que miraban al atraer su atención.

Paquito salió unos segundos después y miró a ambos lados.

El sospechoso estaba a unos treinta metros hacia su izquierda e iba directo a la patrulla que yo había enviado a esa localización.

La madre que la parió, pensó pensando en mí.

¿Cómo demonios lo hace? Se planteó de nuevo mientras salía a toda velocidad.

El sospechoso se dio entonces de bruces con dos agentes armados junto a un coche patrulla que disfrutaban de un café para llevar y una coca cola, respectivamente.

La mujer, al verle, dejó el café sobre el capó y le gritó que se detuviera, pero él hizo caso omiso y corrió hacia el lado contrario. Justo hacia la salida trasera del portal donde residía.

Yo acababa de llegar a la planta baja y caminé hacia la salida de atrás, que daba a una calle estrecha con una minúscula acera. Al escuchar los gritos y los pasos que se aproximaban, alcé el bastón a la altura de la tibia.

El sospechoso mantenía la mirada hacia detrás dónde la pareja de agentes le gritaba que se entregara y no vio el palo de madera que se interponía en su camino.

Trastabilló y fue directo al suelo junto a un contenedor de basura orgánica. El golpe fue más fuerte de lo esperado y me dio un tirón en el hombro, pero bueno, no todo puede salir a la perfección.

Los dos agentes llegaron y se abalanzaron sobre él justo antes de que Paquito alcanzaba el callejón seguido de los dos policías que vigilaban el lado opuesto.

De forma que pasara lo que pasara no tenía más remedio que acabar justo ahí, donde yo había previsto que estuviera.

Paquito negaba con la cabeza mientras sonreía y pensaba. ¿Otra vez mamá? ¿Otra vez? El pobre no se lo podía creer.

—Ale, me voy que me quiero acostar pronto. Mañana he quedado con las chicas para el vermú y necesito estar despejada —dije antes de dar media vuelta y entrar en el portal para salir por el otro lado. En esa dirección era más fácil coger un taxi—. Ah, y ya me avisas cuando llegue el juicio —zanjé mientras me cruzaba con Alfredo que, con la mirada humedecida y la mano en la pierna, al fin había llegado a la planta baja.

Paquito y Alfredo llevaron al detenido a comisaría y pidieron una orden de registro.

Si las pruebas no eran ya lo suficientemente evidentes —que no lo eran— el hecho de agredir a un inspector de policía les brindó una maravillosa oportunidad que el juez no les negó. Como yo ya sospechaba no dieron con ninguna prueba incriminatoria que les llevara a la muerte de Beatriz Montalbán y por ello debo irme más atrás en la historia para comprender los pormenores del caso.

CONTINÚA CON LA LECTURA DE «ASESINATO AL AMANACER»

Escanea en QR y continúa con novela de «Asesinato al amanecer»